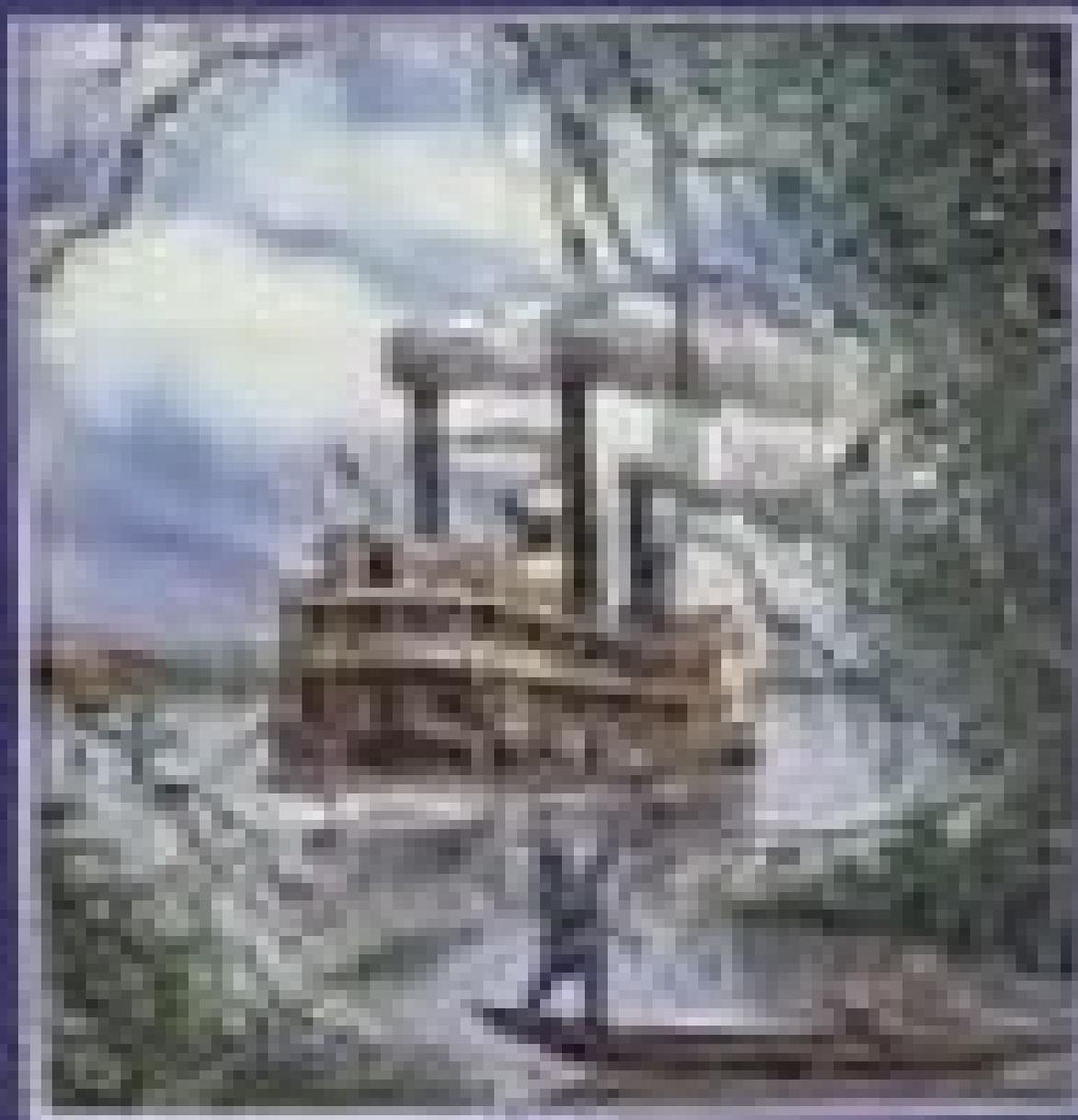


Julio Verne

Norte contra Sur

cap. II



Annotation

La obra tiene lugar durante la guerra civil de Estados Unidos, los estados del norte en contra de los recién formados Estados Confederados, que eran once estados del sur que habían proclamado su independencia, guerra en la cual el principal conflicto eran los tipos de economía, la Industrial-abolicionista por parte de los del norte y la agraria-esclavista por parte de los del sur. James Burbank sufre constantes ataques de parte de sus paisanos, debido a que es fuerte partidario de la antiesclavitud, mismos ataques se incrementan cuando él libera a sus esclavos y por que corre el rumor que su hijo es parte del ejército contrario.

Julio Verne

Norte contra Sur

Volumen I

Table of Contents

[capítulo primero](#)

[capítulo II](#)

[capítulo III](#)

[capítulo IV](#)

[capítulo V](#)

[capítulo VI](#)

[capítulo VII](#)

[capítulo VIII](#)

[capítulo IX](#)

[capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Capítulo XII](#)

[Capítulo XIII](#)

[Capítulo XIV](#)

[Capítulo XV](#)

[Capítulo XVI](#)

Título original: Norte contre Sud (1887)

Traducción: D.F. Soldevilla

isbn: 84-402-0016-1

capítulo primero

A BORDO DEL *STEAMER SHANNON*

Florida, que había sido anexionada a la gran Federación americana en 1819, fue erigida en Estado algunos años más tarde.

Por esta anexión, el territorio de la república tuvo un aumento de 67.000 millas cuadradas; pero el astro floridiano no brilla sino con resplandor secundario en este firmamento de las treinta y siete estrellas que forman el pabellón de los Estados Unidos de América.

En efecto. Florida sólo forma una estrecha y baja lengua de tierra.

Su poca anchura no permite a los ríos que la riegan, exceptuando el San Juan, adquirir gran importancia por su caudal de agua; con un relieve tan poco señalado, las corrientes no encuentran el declive necesario para llegar a ser rápidas. Nada de montañas en su superficie. Apenas algunas líneas de estas «bluffs» o colinas pequeñas, tan numerosas en la región central y septentrional de la Unión. En cuanto a su forma, se la puede comparar con una cola de castor que se sumerge en el Océano, entre el Atlántico, al Este, y el Golfo de México, al Oeste.

Florida no tiene, pues, ningún vecino, a no ser Georgia, cuya frontera, hacia el Norte, confina con la suya. Esta frontera forma el istmo que une la península al continente.

En suma. Florida se presenta como un país aparte, sumamente extraño, con sus habitantes, mitad españoles, mitad americanos, y sus indios, seminolas, bien diferentes de sus congéneres del Far West.

Si es árida, arenosa, casi toda bordada de esas dunas formadas por los amontonamientos sucesivos de arena que el Atlántico forma en el litoral del Sur, en cambio, su fertilidad es maravillosa en la superficie de las llanuras septentrionales. El nombre que lleva está perfectamente justificado. La flora es allí soberbia, poderosa, de una exuberante variedad y riqueza. Esto se debe, sin duda, a que esta porción de territorio está regada por el San Juan. Este río se desenvuelve a sus anchas de Sur a Norte, recorriendo unas doscientas cincuenta millas, de las cuales ciento siete son navegables, hasta el lago del mismo

nombre. La longitud que falta a los ríos transversales, no escasea en éste, gracias a su orientación. Numerosos ríos la enriquecen, mezclándose en el fondo de las múltiples ensenadas que forman sus dos riberas.

El San Juan es, por consiguiente, la gran arteria del país. Este río le vivifica con sus aguas; es la sangre que corre en las venas terrestres.

El día 7 de febrero de 1862, el *steamer Shannon* bajaba por el río San Juan. A las cuatro de la tarde debía hacer escala en la pequeña aldea de Picolata, después de haber tocado en las estaciones superiores del río y los diversos fuertes de los condados de San Juan y de Putnam. Algunas millas más allá iba a entrar en el condado de Duval, que se desenvuelve hasta el condado de Nassau, limitado por el río, del cual ha tomado su nombre.

Picolata, por sí mismo, no tiene una gran importancia; pero sus alrededores son ricos en plantaciones de índigo, de arroz, en campos de algodón y caña de azúcar, y en explotación de madera de ciprés. Con estas condiciones, se comprende que los habitantes sean numerosos en un radio bastante extenso. Por otra parte, su situación supone gran movimiento de mercancías y viajeros. Es el punto de embarque de San Agustín, una de las principales ciudades de Florida Oriental, situada, poco más o menos, a unas doce millas sobre esta parte del litoral oceánico que defiende la larga isla de Anastasia. Un camino casi recto pone en comunicación el caserío y la ciudad.

Aquel día, por los alrededores de la escala de Picolata se hubiera podido contar un número mucho mayor de viajeros que de ordinario. Algunos rápidos carruajes, *stages*, especie de vehículos de ocho asientos tirados por cuatro o seis mulas que galopan como endemoniadas por este camino nivelado, a través del terreno pantanoso, habían traído a dichos viajeros desde San Agustín. Se trataba de no perder el pasaje en el *steamer*, si no querían sufrir un retraso lo menos de cuarenta y ocho horas antes de haber podido llegar a sus ciudades, caseríos, fuertes o aldeas construidas a lo largo del río. En efecto, el Shannon no sirve cotidianamente las dos riberas del San Juan, y en aquella época no había otro que hiciera el servicio de transporte. Importaba, pues, estar en Picolata en el momento que el barco hacía escala; así es que los carruajes habían desembarcado una hora antes su contingente de pasajeros. En este momento se encontraban unos cincuenta sobre el pontón de Picolata, y esperaban, charlando con cierta animación. Se hubiera podido notar que se dividían en dos grupos, poco dispuestos a aproximarse el uno al otro. ¿Era acaso algún grave asunto de interés o alguna competencia política lo que les había llevado a San Agustín? En todo caso, se puede afirmar, sin miedo a equivocarse, que la avenencia no había tenido lugar entre ellos. Como enemigos habían venido, y como enemigos volvían a marcharse. Esto se veía de una manera clarísima en las miradas llenas

de rencor que cambiaban los unos con los otros; en la separación establecida entre los dos grupos, y en algunas palabras malsonantes, cuyo sentido provocador no podía escapar a nadie.

Entretanto, largos y penetrantes silbidos atravesaron el espacio por la parte superior del río. Bien pronto el *Shannon* apareció a la vuelta de un recodo, en la ribera derecha, a una media milla por encima de Picolata. Espesas columnas de humo, escapándose de sus dos chimeneas, coronaban los grandes árboles que el viento del mar agitaba sobre la ribera opuesta. Su masa movable aumentaba a la vista rápidamente. La marea empezaba a retirarse y la corriente de la ola, que había retardado tres o cuatro horas su marcha, le favorecía ahora, arrastrando las aguas del San Juan hacia su embocadura. La campana del *steamer* sonó. Las ruedas, contrabatiendo la superficie líquida, detuvieron el *Shannon*, que fue a posarse frente al pontón, dócil al llamamiento de sus amarras. El embarque se hizo en seguida, con bastante apresuramiento. Uno de los grupos pasó el primero a bordo, sin que el otro tratara de adelantarse. Esto obedecía sin duda a que éste esperaba uno o varios pasajeros que se habían retrasado, y que corrían peligro de perder el vapor. Así es que dos o tres hombres se destacaron del grupo para ir hasta el muelle de Picolata. en el punto en que desemboca el camino de San Agustín. Desde allí miraban en dirección al Este, como dominados por una visible impaciencia.

Y no era sin razón, pues el capitán del *Shannon*, situado sobre el puentecillo, gritaba:

- ¡Al barco, al barco!
- Esperad unos minutos siquiera -respondió uno de los individuos que estaban sobre el pontón.
- No puedo esperar, señores.
- Algunos minutos.
- Ni uno solo.
- Nada más que un instante.
- ¡Imposible! La marea baja y correría riesgo de no hallar bastante agua en la barra de Jacksonville.
- Por otra parte -dijo uno de los viajeros-, no hay razón ninguna para que nos sometamos al capricho de los retrasados.

El que había hecho esta observación era del número de las personas del primer grupo, instalado ya sobre cubierta en la popa del *Shannon*.

- Esta es mi opinión, Mr. Burbank -respondió el capitán-. El servicio ante todo. Vamos, señores, embarcad, o doy orden de soltar las amarras.

Ya los marineros se preparaban a empujar el *steamer* a lo largo del pontón, mientras que los sonoros silbidos del vapor de la máquina se apagaban.

Un grito detuvo la maniobra.

- ¡Ya está aquí Texar, ya está aquí Texar! En efecto, un carruaje que venía a todo galope apareció, dando vuelta por el muelle de Picolata.

Las cuatro mulas que componían el tiro vinieron a pararse precisamente al lado del pontón. Un hombre descendió del carruaje. Aquellos de sus compañeros que habían salido hasta el camino, se reunieron con él corriendo, y todos embarcaron.

- Un instante más, Texar, y no puedes venir con nosotros, lo cual nos hubiera contrariado mucho -dijo uno de ellos.

- Sí; no hubieras podido antes de dos días estar de vuelta... ¿En dónde? Ya lo sabremos cuando quieras decírselo a tus buenos amigos -añadió otro.

- Y si el capitán hubiese escuchado a este imprudente James Burbank -añadió un tercero- el Shannon estaría ya bastante lejos de Picolata.

Texar acababa de entrar en el barco, colocándose hacia proa, acompañado de sus amigos. Se contentó con mirar a James Burbank, del cual se hallaba separado por una breve distancia. No pronunció una palabra, pero la mirada que le lanzó hubiera bastado para comprender que entre aquellos dos hombres existía un odio implacable.

En cuanto a James Burbank, mirando también a Texar frente a frente, le volvió la espalda y fue a sentarse a mayor distancia, donde sus amigos habían tomado sitio.

- No está muy contento Burbank -dijo uno de los compañeros de Texar-. Y se comprende bien; sus mentiras no le han valido nada, y un buen recordatorio ha dado pronto buena cuenta de sus falsos testimonios.

- Pero no de su persona -respondió Texar-; y esta justicia yo me encargo de hacerla.

Entretanto, el *Shannon* había largado sus amarras. La proa, empujada por largos garfios, tomó entonces el curso de la corriente. Después, impelido el buque por sus poderosas ruedas, a las cuales la marea descendente prestaba no escasa ayuda, se deslizó con rapidez entre las dos riberas del San Juan.

Ya se sabe lo que son estos barcos de vapor destinados a hacer servicio en todos los ríos americanos. Verdaderas casas flotantes de varios pisos. Coronados de anchas terrazas, están dominados por las dos chimeneas de las máquinas; y los mástiles del pabellón, que soportan el peso de anchas lonas, sirven de tiendas. Sobre el río Hudson, como sobre el Mississippi, estos buques (*steam-boats*), verdaderos palacios marítimos, podrían contener la población de todo un caserío. Pero no es necesario tanto para atender a las necesidades principales del San Juan y de las ciudades floridianas.

El *Shannon* no era otra cosa que un hotel flotante, bien que en su

disposición interior y exterior fuese, en una escala reducida, semejante a los *Kentucky* y a los *Deán Richmond*.

El tiempo era magnífico. El cielo, muy azul, sólo estaba manchado por ligeras nubes de vapor, blancas nubecillas desparramadas por el horizonte. Bajo esta latitud del 30° paralelo, el mes de febrero es casi tan caluroso en el Nuevo Mundo, como es en el Antiguo en los límites del Sahara. Pero una ligera y agradable brisa de mar suavizaba lo que este clima hubiera podido tener de excesivo. Así es que la mayor parte de los pasajeros del *Shannon* habían permanecido sobre cubierta, a fin de respirar los gratos perfumes que el viento traía de los inmediatos bosques ribereños. Los oblicuos rayos del sol no podían molestarles detrás de los baldaquinos de las tiendas, agitados graciosamente por la rapidez de la marcha del vapor.

Texar y los cinco o seis compañeros que habían embarcado con él, creyeron oportuno bajar a uno de los departamentos del comedor. Allí, bebedores acreditados todos ellos, acostumbrados a los fuertes licores de los establecimientos de bebidas americanos, vaciaban vasos enteros de gin, de *bitter* y de *Bourbon* whisky. Eran, en resumen, gente bastante grosera, de maneras poco distinguidas, de palabras duras, más vestidos de cuero que de paño, habituados a vivir mejor en los bosques que en las ciudades floridianas. Texar parecía tener sobre ellos un derecho de superioridad, debido sin duda a la energía de su carácter, no menos que a la importancia de su situación o de su fortuna. Así, puesto que Texar no hablaba, sus seides permanecían silenciosos, y el tiempo que no empleaban en hablar lo empleaban en beber.

Entretanto, Texar, después de haber recorrido con la vista uno de los numerosos periódicos que yacían amontonados sobre las mesas del comedor, acababa de tirarlo diciendo:

- Ya es viejo esto que traen los periódicos.
- ¡Ya lo creo! -respondió uno de sus compañeros-. ¡Un número que tiene tres días de fecha!
- ¡Y en tres días pueden pasar tantas cosas!
- Sobre todo, desde que las gentes se baten a nuestras puertas -añadió otro.
- ¿En qué estado se halla la guerra? -preguntó Texar.
- En el que nos conviene más particularmente, Texar, en este estado se halla. El Gobierno federal podría, acaso, pensar en preparar una expedición contra Florida; y por consecuencia, es preciso estar prevenidos y esperar quizá para dentro de poco una invasión de nordistas.
- ¿Es cierto eso?
- Yo no sé, pero este rumor ha corrido en Savannah, y se me ha confirmado en San Agustín.

- Bien; que vengan cuando quieran esos federales que tienen la pretensión de someternos -exclamó Texar, acentuando su amenaza con un fuerte puñetazo, cuya violencia hizo saltar los vasos y las botellas sobre la mesa-. ¡Sí, sí, que vengan! Ya verán si los propietarios de esclavos se dejan despojar por esos ruines ladrones abolicionistas.

Esta respuesta de Texar hubiera hecho saber dos cosas a cualquiera que no hubiese estado al corriente de los sucesos de que América era teatro por aquella época. Primero, que la guerra de Secesión, declarada de hecho por el cañonazo disparado desde el fuerte de Sumter el día 11 de abril de 1861, estaba entonces en su período más álgido, puesto que se extendía hasta los últimos límites de los Estados del Sur; segundo, que Texar, partidario de la esclavitud, hacía causa común con la inmensa mayoría de la población de los territorios en que había esclavos.

Precisamente a bordo del *Shannon* se encontraban, enfrente unos de otros, varios representantes de los dos partidos. De una parte, siguiendo los diferentes nombres que les fueron dando durante esta larga lucha, los nordistas, antiesclavistas, abolicionistas o federales; de otra, los sudistas, esclavistas, secesionistas o confederados.

Una hora después Texar y los suyos, más que suficientemente bebidos, se levantaron para subir sobre el puente superior del *Shannon*. Habían ya pasado, por la ribera derecha del río, la ensenada Trent y la ensenada de las Seis Millas, que conducen las aguas del San Juan, la una hasta los límites de un gran vivero de cipreses, y la otra hasta los vastos pantanos de las Doce Millas, cuyo nombre indica su extensión.

El *steamer* navegaba entonces por entre dos orillas bordeadas de árboles magníficos, de tulipanes, magnolias, pinos, cipreses, encinas verdes, yucas y de otro gran número de ellos, de rica vegetación, y cuyos enormes troncos desaparecían bajo el inextricable follaje de las azaleas y serpentáceas. Algunas veces, por las aberturas de las ensenadas por las cuales se alimentan las llanuras pantanosas de los condados de San Juan y de Duval, un fuerte olor de almizcle impregnaba la atmósfera. Este olor no procedía de esos arbustos, cuyas emanaciones son tan penetrantes bajo éste clima, sino de los terribles cocodrilos ocultos entre las altas hierbas, asustados por la ruidosa marcha del *Shannon*. Otras veces eran pájaros de todas especies; picos, garzas reales, buitres, jacamars, pichones de cabeza blanca, orfeos, burlones, y cien ^611^, variados de formas y de plumaje, en tanto que el pajarogato reproducía todos los ruidos del exterior con su voz de ventrílocuo, hasta el grito del gallo, sonoro como la nota de una trompeta, cuyo canto se hacía oír hasta una distancia de treinta y cinco millas.

En el momento en que Texar franqueaba el último escalón de la escotilla para tomar asiento sobre cubierta, una mujer se preparaba a descender al interior del salón. Al verse frente a frente con este hombre, retrocedió. Era una mestiza al servicio de la familia Burbank. Su primer movimiento había sido el de una invencible repulsión al encontrarse de improviso ante aquel enemigo declarado de su señor. Después, sin pararse ante la mirada terrible que le lanzó Texar, se retiró a un lado. Él, alzando los hombros, se volvió hacia sus compañeros.

- Sí, es Zermah -dijo-; es una de las esclavas de este James Burbank, que pretende no ser partidario de la esclavitud.

Zermah no replicó. Cuando la entrada estuvo libre, descendió al gran salón del *Shannon*, sin parecer que concedía la menor importancia a estas palabras.

Texar se dirigió hacia la proa del *steamer*. Allí encendió un cigarro; después, sin ocuparse de sus compañeros, que le habían seguido, se puso a observar la ribera izquierda del San Juan con mucha atención, hacia los límites del condado de Putnam.

Entretanto, en la popa del *Shannon* se hablaba también de las cosas de la guerra.

Después de la partida de Zermah, James Burbank había quedado solo con los dos amigos que le habían acompañado desde San Agustín. Uno de ellos, su cuñado, Mr. Edward Carrol; el otro, un floridiano que vivía en Jacksonville, Mr. Walter Stannard. También ellos hablaban entre sí con cierta animación de la sangrienta lucha, cuyo resultado es una cuestión de vida o de muerte para los Estados Unidos. Pero como podrá verse. James Burbank, para juzgar el resultado de ellas, tomaba un punto de vista muy diferente de Texar.

- Tengo prisa -decía él- para estar de vuelta en Camdless-Bay. Desde hace dos días que hemos salido de allí, puede ser que hayan llegado algunas noticias de la guerra. Tal vez Sherman y Dupont sean ya dueños de Port-Royal y de las islas de Carolina del Sur.

- En todo caso, esto no puede tardar en suceder -respondió Edward Carrol-, y me admiraría mucho que el presidente Lincoln no pensase en llevar la guerra hasta Florida.

- No sería demasiado pronto -replicó James Burbank-. Sí; ya ha llegado el tiempo de imponer las voluntades del Norte a todos estos sudistas de Georgia y de Florida, que se creen demasiado lejanos para ser atacados jamás. Bien veis a qué grado de insolencia puede conducir esto, a gente sin profesión como este Texar, que se siente sostenido por los esclavistas del país, y los excita contra nosotros, gentes del Norte, cuya situación, cada día más difícil, sufre las consecuencias de la guerra.

- Tienes razón. James -replicó Edward Carrol-; importa mucho que Florida

entre lo más pronto posible bajo la autoridad del gobierno federal. Ya me parece que tarda el momento en que un ejército unionista venga a poner la ley, pues de lo contrario, nos veremos obligados a abandonar nuestras plantaciones.

- Esto no puede ser ya más que una cuestión de días, mi querido Burbank -respondió Walter Stannard-. Anteayer, cuando salí de Jacksonville, los espíritus comenzaban a inquietarse por los proyectos que se atribuyen al comodoro Dupont, de franquear los pasos del San Juan. Esto ha proporcionado a las autoridades sudistas un pretexto para amenazar a las gentes que no piensan como sus partidarios. Si resisten en algún punto, una insurrección no tardaría en derribarlos, y esto en provecho de gentes de la peor especie.

- No me admira esto, Stannard -respondió James Burbank-. Así es que ahora debemos esperar muy malos días al solo anuncio de la aproximación del ejército federal. Pero es completamente imposible evitarlo.

- ¿Qué podríamos hacer nosotros en este asunto?

- replicó Walter Stannard-. Si en Jacksonville y en algunos otros puntos de Florida hay varios colonos que piensan como nosotros sobre esta cuestión de la esclavitud, no sé si son lo bastante numerosos para poder oponerse a los excesos de los secesionistas. Nosotros, para nuestra seguridad, no podemos contar más que con la llegada de los federales, y aun así, sería de desear que si su intervención es decisiva, sea lo más rápida posible.

- ¡Sí, que vengan! ¡Que vengan -replicó James Burbank-, y nos libren de estos malditos!

Bien pronto se verá si los hombres del Norte a quienes sus intereses de familia o de fortuna obligaban a vivir en medio de una población de esclavistas, y a conformarse con las costumbres del país, tenían derecho para usar este lenguaje, y si no debían temerlo todo.

Por otra parte, lo que James Burbank y sus amigos pensaban de la guerra, era verdad. El gobierno federal preparaba una expedición contra Florida.

Al tomar esta determinación, no se trataba solamente de apoderarse del Estado o de ocuparlo militarmente, sino también de cerrar todos los pasos a los contrabandistas, cuyo oficio consistía en forzar el bloqueo marítimo, tanto para exportar producciones indígenas como para introducir armas y municiones. Por eso el *Shannon* no se aventuraba a recorrer las costas meridionales de Georgia, que estaban entonces en poder de los generales nordistas. Por prudencia se detenía en la embocadura del San Juan, hacia el norte de la isla Amelia, y en el puerto de Femandina, de donde parte el camino de hierro de Cedar-Keys, que atraviesa oblicuamente la península floridiana para embocar en el golfo de México. Más arriba de la Amelia y del río Saint-Mary el *Shannon* hubiera corrido el peligro de ser capturado por los navíos federales que vigilaban

incesantemente esta parte del litoral.

Por todo esto se comprende que los pasajeros del eran principalmente aquellos floridianos a sus negocios no obligaban a ir más allá de las fronteras de Florida. Todos permanecían en las ciudades, caseríos o aldeas construidos sobre la ribera del San Juan o de sus afluentes, y la mayor parte se quedaban en San Agustín o en Jacksonville. En estas localidades podían desembarcar por medio de pontones colocados en los puntos de escala, o sirviéndose de estacadas de madera colocadas a la moda inglesa, que les evitaban recurrir para su desembarque a las embarcaciones del río. Sin embargo, uno de los pasajeros del *steamer* se disponía a abandonarlo en medio del río. Su proyecto era desembarcar sin esperar a que el *Shannon* se detuviera en una de las escalas reglamentarias y sobre un sitio de la ribera donde no se veía ni una aldea, ni una casa aislada, ni siquiera una cabaña de pescadores. Este pasajero era Texar.

Hacia las seis de la tarde el *Shannon* lanzó tres agudos y penetrantes silbidos; sus ruedas fueron poco a poco deteniéndose y se dejó llevar por la corriente, que es muy moderada en esta parte del río. Se encontraban entonces enfrente de una especie de ensenada, llamada Bahía Negra.

Esta bahía es una profunda excavación hecha en la ribera izquierda, en el fondo de la cual desagua un pequeño río que pasa al pie del fuerte Heilman, casi en los límites de los condados de Putnam y de Duval. Su estrecha abertura desaparecía enteramente bajo una bóveda de espesas ramas, cuyo follaje se entremezcla de un borde al otro como la trama de un tejido muy apretado. Esta sombría laguna es, por decirlo así, desconocida para las gentes del país. Nadie ha intentado jamás penetrar en ella, y nadie sabía tampoco que sirviese de guarida a Texar, ni siquiera suponía que se pudiera penetrar allí. Esto obedece a que la ribera del San Juan, en la abertura de la Bahía Negra, no parece interrumpida por ninguno de sus lados. Así es que, con la noche, que caía rápidamente, era preciso un marinero muy práctico en esta tenebrosa bahía para lanzar por ella una embarcación.

A los primeros silbidos del *Shannon* un grito agudo había respondido inmediatamente por tres veces. El resplandor de un fuego que brillaba entre las altas hierbas de la ribera, parecía tener movimiento. A los pocos instantes, una lancha avanzaba para abordar al *steamer*. No era más que un esquife, especie de pequeña embarcación de corteza de árbol, y que un simple remo basta para guiar y conducir. Bien pronto el esquife se encontró a una distancia de la mitad de un cable del *Shannon*.

Texar avanzó entonces hacia el extremo de la proa, y haciendo con su mano una especie de portavoz:

- ¡Eh! -gritó.

- ¡Eh! -le respondieron.

- ¿Eres tú, Squambo?

- Yo soy, señor.

- Llega.

El esquife llegó al costado del buque.

A la claridad de un farol colgado al extremo de su proa, se pudo ver el hombre que hacía maniobrar la piragua. Era éste un indio, de tez negra, desnudo hasta la cintura; un hombre robusto, a juzgar por el torso, que mostraba a los resplandores del farol.

En ese momento Texar se volvió a sus compañeros y les estrechó la mano, dirigiéndoles un «hasta la vista», muy significativo. Después, no sin haber arrojado una mirada amenazadora hacia James Burbank, bajó la escalera situada en la parte posterior del tambor de las ruedas de babor, y se reunió con el indio Squambo.

Con algunas vueltas de rueda el *steamer* se alejó del esquife, y nadie a bordo pudo suponer que la embarcación de Texar iba a perderse entre el sombrío ramaje de la ribera.

- Un bribón menos a bordo -dijo entonces Edward Carrol-, sin preocuparse de ser oído por los compañeros de Texar.

- Sí -respondió James Burbank-, y al mismo tiempo un peligroso malhechor. En cuanto a mí, no abrigo duda alguna respecto a este punto, bien que el miserable haya podido hasta ahora salir de sus enredos por sus coartadas verdaderamente inexplicables. Pero él acabará por caer en la red.

- En todo caso -dijo Walter Stannard-, hele allí ya entrado en su bahía, y si comete algún crimen esta noche en Jacksonville no se le podrá acusar a él.

- No sé nada de esto -replicó James Burbank-. Si se me dijera que le han visto robar o asesinar a cincuenta millas al norte de Florida no me sorprendería de ello. Es verdad que si consiguiera probar que él no era el autor del crimen tampoco me asombraría, después de lo que ha pasado; pero ya es demasiado ocuparnos de este hombre. ¿Volvéis esta noche a Jacksonville?

- Esta noche mismo.

- ¿Os espera vuestra hija allí?

- Sí, y tengo prisa en reunirme con ella.

- Lo comprendo -replicó James Burbank-. ¿Y cuándo contáis reuniros con nosotros en Camdless-Bay?

- Dentro de algunos días.

- Sí, venid todo lo más pronto posible, querido Stannard. Bien sabéis que nos encontramos en vísperas de acontecimientos muy serios, que pueden agravarse a la aproximación de las tropas federales. Así es que yo me pregunto si

vos y vuestra hija Alicia no estaríais con mayor seguridad en nuestra habitación de Castle-House, que en medio de esta ciudad, donde los sudistas pueden llegar a entregarse a los más grandes excesos.

- ¿Acaso yo no soy del Sur, mi querido Burbank?

- Sin duda alguna, querido Stannard. Pero pensáis y obráis de la misma manera que si fuerais del Norte.

Una hora después el *Shannon*, arrastrado por el reflujo, que se hacía más rápido a cada momento, dejaba atrás el pequeño caserío de Mandarin, que parecía acostado entre la verdura de una ondulante colina; después, cinco o seis millas más abajo, se pasaba cerca de la ribera derecha del río. Allí se abría un muelle de embarque apto para la carga de buques. Seguía un ligero puentecito de madera, sostenido por un pilar esbelto y suspendido en la curva de dos cables de hierro. Era el desembarco de Camdless-Bay, propiedad de James Burbank.

A la extremidad del puente esperaban dos negros provistos de linternas, pues la noche era ya muy sombría.

James Burbank se despidió de Mr. Stannard, y seguido de Edward Carrol, se lanzó al muy frágil puentecillo.

Detrás de él marchaba la mestiza Zermah, que respondió desde lejos a una voz infantil:

- Aquí estoy, Dy, aquí estoy.

- ¿Y padre? -replicó la voz.

- Padre también.

Después las antorchas se alejaron y el *Shannon* volvió a emprender su marcha, cortando oblicuamente hacia la orilla izquierda. Tres millas más abajo de Camdless-Bay, al otro lado del río, se detenía de nuevo en el pontón de Jacksonville, a fin de dejar en tierra el mayor número de sus pasajeros.

Allí Walter Stannard desembarcó al mismo tiempo que tres o cuatro de aquellos compañeros de los cuales se había separado Texar hora y media antes, cuando el esquife había venido a tomarle para conducirlo a la Bahía Negra. No quedó ya entonces más que una media docena de viajeros a bordo del *steamer*; los unos con destino a San Pablo, pequeño caserío situado cerca del faro, que se eleva a la entrada de las bocas del San Juan; los otros con dirección a la isla Talbot, situada en lo más ancho de la abertura de los pasos de este nombre; los últimos, en fin, con destino al puerto de Femandina. El *Shannon* continuó, pues, batiendo las aguas del río, cuya barra pudo franquear sin incidentes. Una hora después había desaparecido dando la vuelta a la bahía Trout, donde el San Juan mezcla sus olas, ya agitadas, a la gran ola del Océano.

capítulo II

CAMDLESS-BAY

Este era el nombre de la plantación que pertenecía a James Burbank. Allí era donde el rico colono permanecía con toda su familia. Este nombre de Camdless venía de una de las ensenadas del San Juan que se abre un poco más arriba de Jacksonville, sobre la ribera opuesta del río. Gracias a esta proximidad, podía comunicarse fácilmente con la ciudad floridiana. Una buena embarcación, un viento del Norte o Sur, aprovechando el flujo para ir, o el reflujo para volver, y no era preciso más de una hora para franquear las tres millas que separan Camdless-Bay de dicha ciudad, capital del condado de Duval.

James Burbank poseía en este sitio una de las más hermosas propiedades del país. Por otra parte, rico por sí mismo y por su familia, su fortuna se completaba todavía con diversos inmuebles, situados en el Estado de Nueva Jersey, próximo al de Nueva York.

Esta plantación, situada en la ribera derecha del San Juan, había sido oportunamente escogida para fundar allí un establecimiento de considerable importancia.

A las felices disposiciones concedidas ya por la naturaleza, parece que no hubiera tenido nada que añadir la mano del hombre.

El terreno se prestaba por sí mismo a todas las necesidades de una vasta explotación.

Así, la plantación de Camdless-Bay, dirigida por un hombre inteligente, activo y en toda la fuerza de la edad, secundado admirablemente por su personal y al cual no faltaban los recursos, era natural que estuviese, y estaba, en buen estado de prosperidad.

Un perímetro de doce millas, una superficie de cuatro mil acres (1); tal era el extenso terreno que ocupaba la plantación. Si existía alguna más grande que ella en los estados del Sur de la Unión, no había otra mejor cuidada y administrada. Casa-habitación, cuadras, establos, alojamientos para los esclavos, edificios para la explotación, almacenes destinados a contener los productos del

suelo; obradores, talleres y fábricas; ferrocarriles convergentes desde la periferia del dominio hasta el pequeño puerto de embarque; caminos para los carros, todo estaba maravillosamente comprendido bajo el punto de vista práctico y de utilidad. Que era un americano del Norte el que había concebido, ordenado y ejecutado todos estos trabajos, se comprendía al primer golpe de vista.

Solamente los establecimientos de primer orden de Virginia o de ambas Carolinas, hubieran podido rivalizar con el dominio de Camdless-Bay. Además, el suelo de la plantación comprendía diferentes clases de terreno; *high-hummoks*, altas tierras, naturalmente apropiadas para el cultivo de los cereales; *low-hummoks*, tierras bajas que convienen más especialmente para el cultivo de los cafetales y del cacao; y *marshs*, especies de sabanas saladas donde prosperan los arrozales y las cañas de azúcar.

Sabido es que los algodones de Georgia y de Florida son muy apreciados en los diversos mercados de Europa y América, gracias a la longitud y a la buena calidad de sus hebras. También los campos de algodoneros, con sus plantas dibujadas en líneas regularmente espaciadas, sus flores amarillas en que se encuentra la palidez de las malvas, producían también uno de los más importantes ingresos de la plantación. En la época de la recolección, estos campos, de una superficie de un acre o acre y medio, se cubrían de chozas, donde se albergaban entonces los esclavos, mujeres y niños, encargados de recoger las cápsulas y sacar de ellas los copos; trabajo muy delicado, pues para ser impecable no deben destruirse ni alterarse las fibras. Después, este algodón secado al sol, purificado en una máquina, por medio de ruedas, dientes y rodillos; comprimido en la prensa hidráulica y colocado en balas o pacas sujetas con círculos de hierro, se almacenaba para la exportación. Los barcos de vela o de vapor podían llegar a tomar el cargamento de estas balas en el puerto mismo de Camdless-Bay.

A la vez que los algodoneros. James Burbank explotaba también vastos campos de cafetales y de cañas de azúcar.

Aquí estaban las reservas, de mil a mil doscientos arbustos, altos de quince a veinte pies, cuyos frutos, gruesos como una cereza pequeña, no había más que extraer y hacer secar al sol. Allí estaban las praderas, que podrían creerse pantanos, erizadas de millares de estas largas cañas, altas de nueve a dieciocho pies, cuyas panojas se balanceaban, siendo objeto de los cuidados más especiales de Camdless-Bay. Esta recolección de caña daba el azúcar, bajo la forma de un licor que la refinería adelantada en los Estados del Sur transformaba en azúcar de primera calidad; después, como productos derivados, los jarabes que sirven para la fabricación de la retafaria o del ron, y el vino de caña, mezcla del licor sacarino con el jugo de ananás y naranjas.

Aunque menos importante si se le compara con el de los algodones, el mencionado cultivo no dejaba de ser muy productivo. Algunos cercados de cacao, campos de maíz, de batatas, de patatas, de trigo de la India, de tabaco, doscientos o trescientos acres en arrozales, daban también pingüe beneficio al establecimiento de James Burbank.

Pero se hacía también otra explotación, que rendía ganancias considerables, por lo menos iguales a las de la industria algodонера. Era el desmonte de los bosques inagotables, de que la plantación estaba cubierta. Sin hablar del producto que daban los árboles de la canela y de la pimienta, de los naranjos, de los limoneros, de los olivos, de las higueras, ni del rendimiento de todos los árboles frutales que se conocen en Europa y muchos otros de América, cuya aclimatación es rápida y fácil en Florida, estos bosques eran objeto de una tala regular y constante. Qué de riquezas en campeche, gazumas u olmos de México, empleados ahora en tantos usos; en baobabs, en madera de coral, con tallos y flores de un rojo sanguíneo, en castaños de flores rojas, en nogales negros, en encinas verdes, en pinos australes, que proveen de admirables muestras de madera para las construcciones y mastelería de los buques; en baquieros, cuyos frutos hace estallar el sol del mediodía, como si fuesen petardos; en pinos quitasoles, en tulipanes, pinos, cedros, y, sobre todo, cipreses, este árbol tan esparcido por toda la península, que forma en ella bosques cuya longitud varía de sesenta a cien millas. También James Burbank había establecido varias sierras mecánicas en distintos puntos de la plantación; grandes presas, construidas en algunos de los ríos tributarios del San Juan, convertían en caída su curso apacible, y estos rápidos daban con exceso la fuerza mecánica que se necesitaba para la construcción de postes, maderos y plantas, de los cuales cien buques hubieran podido llevar cada año cargamentos enteros.

Es preciso citar también vastas y verdes praderas que alimentaban infinidad de caballos, muías y numerosos rebaños, cuyos productos subvenían a todas las necesidades agrícolas.

En cuanto a los volátiles de especies tan vanadas que poblaban el bosque y corrían por los campos y llanuras, se imaginará difícilmente hasta qué punto pululaban en Camdless-Bay, como en toda Florida, por supuesto. Por encima de los bosques se cernían las águilas de cabeza blanca y cuello largo, cuyo agudo grito se parece al ruido de una trompeta cascada, buitres de una ferocidad poco ordinaria, alcaravanes gigantes, de pico puntiagudo como una bayoneta. Sobre la ribera del río, entre las grandes cañas que en ella crecen, bajo el cruzamiento de gigantescos bambúes, vivían entre flores grandes ibis, completamente blancos, que se hubiera creído arrancados de cualquier monolito, pelícanos de talla colosal, millares de vencejos y golondrinas de mar de todas especies; de

cangrejas, vestidas con una hopa y una pelliza verde; de grullas con plumaje de púrpura y plumón oscuro manchado de puntos blanquecinos; de jacamares, especie de martín pescadores, con reflejos dorados; todo un mundo de anfibios, gallinas de agua, patos de la especie de los silvidos, cercetas pardillas, petreles o pájaros nadadores, fárdelas, picotijeras, cuervos de mar, gaviotas, colas de paja, a las cuales un golpe de viento bastaba para arrojar hasta la superficie del San Juan, y algunas veces hasta exocetos, o peces voladores, que son rico bocado para los golosos. A través de las praderas pululaban las agachadizas, becasas, los chorlitos, las picudillas, mamióseas, los calamones, con plumaje a la vez azul, verde, amarillo y blanco, como una paleta volante, los gallos de fresa, las ardillas grises, las perdices o colinsouix, los palomos de cabeza blanca y patas rojas; después y respecto a cuadrúpedos comestibles, había conejos de cola larga, especie intermedia entre el conejo y la liebre de Europa, gamos y ciervos por manadas, en fin, mapaches, tortugas, icneumónidos, y también, por desgracia, muchas serpientes de especie venenosa.

Tales eran los representantes del reino animal en este magnífico dominio de Camdless-Bay, sin contar los negros, varones y hembras, sostenidos para las necesidades de la plantación. ¿Pues qué otra cosa hace de los seres humanos esta monstruosa costumbre de la esclavitud, si no es animales, comprados y vendidos como rebaños o bestias de carga?

¿Cómo James Burbank, partidario de las doctrinas antiesclavistas, un nordista, que no espera más que el triunfo del Norte, no había dado la libertad a los esclavos de su plantación? ¿Dudaría en llevarlo a cabo en el momento que las circunstancias se lo permitieran? No, ciertamente. Y esto no era ya más que cuestión de semanas, de días acaso, puesto que el ejército federal ocupaba ya algunos puntos próximos del Estado limítrofe, y se preparaba a operar en Florida.

Ya, por otra parte, y desde hacía largo tiempo, James Burbank había tomado todas las medidas que podían mejorar sensiblemente la suerte de los esclavos. Eran éstos unos setecientos negros de ambos sexos, limpia y cómodamente alojados en anchas chozas, tratados con cariño, alimentados conveniente* mente, no trabajando más que lo que el límite de sus fuerzas consentía. El capataz general y los subcapataces tenían orden de tratarlos con justicia y suavidad. Así, los diversos servicios se encontraban mejor desempeñados. Rara vez había que castigar a alguno, y desde hacía largo tiempo los castigos corporales estaban abolidos en Camdless-Bay; contraste notable con las costumbres seguidas en las otras plantaciones floridianas, y sistema que no era visto sin disgusto por los vecinos de James Burbank. De esto provenía, como puede comprenderse, que su situación fuera difícil en el país, sobre todo en esta época en que la suerte de las

armas iba a resolver la grave y espinosa cuestión de la esclavitud. El numeroso personal de la plantación estaba albergado en chozas sanas y cómodas. Agrupadas de cincuenta en cincuenta, estas chozas formaban una docena de caseríos llamados barracones, aglomerados a lo largo de las orillas del río. Allí estos negros vivían con sus mujeres y sus hijos. Cada familia se hallaba, en todo cuanto era posible, destinada al mismo servicio de los campos, de los bosques o de las fábricas; de manera que los miembros de ella no tuvieran que dispersarse y estar separados durante el trabajo. A la cabeza de estos diversos grupos, un subcapataz, haciendo las funciones de gerente, por no decir de alcalde, administraba su pequeña colonia, que dependía de la capital del cantón. Esta capital era el dominio privado de Camdless-Bay, encerrado en un perímetro de altas empalizadas, y cuyas estacas gruesas y puntiagudas, muy juntas unas con otras, se ocultaban a medias bajo la verdura de la exuberante vegetación floridiana. Allí se elevaba la habitación particular de la familia de James Burbank.

Mitad casa, mitad castillo, esta habitación había merecido y merecía el nombre de Casíle-House.

Desde hacía largo tiempo, Camdless-Bay pertenecía a los antecesores de James Burbank. En una época en que las devastaciones de los indios eran muy de temer, sus poseedores creyeron debían fortificarla, sobre todo la vivienda principal. No estaba muy lejano el tiempo en que el general Jessup defendía aún Florida contra las invasiones de los indios semínolas. Durante un buen número de años los colonos habían tenido que sufrir horriblemente con los ataques de estos nómadas; no solamente eran despojados por el robo, sino que el asesinato ensangrentaba sus habitaciones, las cuales eran destruidas después por el incendio. No solamente las aldeas, sino las ciudades mismas, estuvieron más de una vez amenazadas por la invasión y el pillaje de los indios. En algún sitio se elevan todavía las ruinas que estos sanguinarios indígenas han dejado tras de su paso. A menos de quince millas de Camdless-Bay, cerca del caserío del Mandarín, se enseña todavía la «Casa de la sangre», en la cual un colono, M. Motte, su mujer y tres hijas jóvenes, habían sufrido el terrible martirio de que les arrancaran la piel del cráneo, siendo después degollados por estos salvajes. Pero la guerra de exterminio entre el hombre blanco y el hombre rojo ha quedado terminada. Los semínolas, vencidos definitivamente, se han visto obligados a refugiarse en puntos lejanos, hacia el oeste del Mississippi. Ya no se oye hablar de ellos, salvo algunas bandas que vagan errantes todavía en la porción pantanosa de la Florida meridional. El país no tiene, por consiguiente, nada que temer de estos feroces indígenas.

Con estos antecedentes, se comprende que las habitaciones de los colonos

hubiesen sido construidas de manera que pudieran resistir un ataque repentino de los indios, y estar en seguridad hasta la llegada de los batallones voluntarios, formados entre los habitantes de las villas y demás poblaciones del contorno. De este modo y con estas condiciones había sido construida en la plantación de Camdless-Bay la habitación de Castle-House.

Castle-House estaba situada sobre una ligera elevación del suelo, en medio del parque reservado, en una superficie de tres acres, que se cerraba a algunos centenares de yardas de la ribera del San Juan. Una corriente de agua, especie de foso bastante profundo, rodeaba este parque, cuya defensa se completaba con una alta y sólida empalizada, sin otro acceso que un puentecillo suspendido sobre este río circular.

Detrás de esta muralla, multitud de magníficos árboles agrupados en racimos cubrían las vertientes del parque, al cual daban hermosura con su vegetación. Una fresca avenida de bambúes, cuyos tallos se cruzaban con nervaduras ojivales, formaba una larga nave, que se extendía desde el desembarcadero del pequeño puerto de Camdless-Bay hasta las primeras praderas de la plantación. En el interior, sobre todo el espacio que quedaba libre entre los grandes árboles, se extendían los verdes céspedes entre anchas avenidas de árboles, bordeadas con barreras blancas que terminaban en una explanada de arena delante de la fachada principal de Castle-House.

Este castillo, bastante bien construido, ofrecía mucha variedad y capricho en el conjunto de su construcción y no menos fantasía en sus detalles; pero para el caso en que los asaltantes hubieran forzado las empalizadas del parque, se hubiera podido, cosa importante sobre toda ponderación, defenderse por sí solo y sostener un sitio de algunas horas. Sus ventanas del piso bajo estaban defendidas por fuertes rejas de hierro; la puerta principal de la fachada anterior tenía la solidez de un rastrillo. En ciertos sitios, a manera de murallas construidas con una especie de piedra marmórea, se alzaban varias garitas con ángulos salientes, que hacían la defensa más fácil, puesto que permitían atacar por el flanco. En suma, con sus aberturas reducidas a lo estrictamente necesario, su torreón central, que le dominaba y sobre el cual se desplegaba el pabellón estrellado de América, sus líneas de almenas de que estaban provistos ciertos muros, la inclinación de éstos sobre su base, sus techos elevados, el espesor de sus paredes, a través de las cuales se cruzaban acá y allá cierto número de cañoneras y troneras, hacían parecer la vivienda más un castillo fuerte que una quinta o casa de recreo.

Pero, como ya se ha dicho, había sido preciso construirla así para la seguridad de los que la habitaban en la época en que se hacían aquellas salvajes incursiones de los indios en el territorio de Florida. Existía además una especie

de túnel subterráneo que, después de pasar bajo la empalizada y el río circular, ponía a Castle-House en comunicación con una pequeña bahía del San Juan, llamada «Bahía Marino». Este túnel serviría para alguna secreta evasión, en caso de necesidad y de grave peligro.

Ciertamente, en los tiempos actuales, los seminolas, rechazados fuera de la península, no eran ya de temer; pero ¿quién sabe lo que podía suceder en el porvenir? Y el peligro que James Burbank no tenía que temer por parte de los indios, ¿no podría temerlo de sus mismos compatriotas? ¿No era nordista aislado en el fondo de los Estados del Sur, expuesto a todos los golpes de una guerra civil, que había sido hasta entonces tan sangrienta y tan fecunda en represalias?

Sin embargo, esta necesidad de atender a la seguridad de Castle-House no había perjudicado a la comodidad en el interior. Las salas eran vastas, los departamentos suntuosamente amueblados. La familia Burbank encontraba allí, en aquella residencia admirable, todas las comodidades, todas las satisfacciones morales que puede dar la fortuna cuando va unida a un verdadero sentido artístico en los que la poseen.

En la parte posterior del edificio, o sea, en el parque reservado, magníficos jardines descendían hasta la empalizada, que desaparecía bajo la verdura exuberante de los arbustos y plantas trepadoras y los sarmientos de granadillas, donde los pájaros moscas revoloteaban a millares. Macizos de naranjos y grandes grupos de olivos, de higueras y granados; pontederias con sus ramos azules; grupos de magnolias, cuyos cálices, del color del marfil antiguo, perfumaban el aire; infinidad de palmeras esbeltas agitaban al aire sus flexibles ramas como abanicos que mueve la brisa; guirnaldas de cobeas con sus matices violáceos; grupos de tupas con rosetas verdes, yucas que emiten ruidos como de sables acerados, rododendros rosas, infinito número de plantas de mirtos y pomelos, o naranjos agrios; en fin, todo cuanto puede producir la flora de una zona que toca en el trópico, estaba reunido en aquellos deliciosos parterres para los goces del olfato y del placer de los ojos.

En el límite del recinto, bajo la bóveda formada por altos cipreses y corpulentos baobabs, estaban situadas las cuadras, las cocheras, las habitaciones para los perros y los lugares destinados a la lechería y a la cría de aves de corral. Gracias al espeso ramaje de estos hermosos árboles, que hacía que el sol no pudiese penetrar jamás allí ni aun en esta latitud, los animales domésticos no tenían nada que temer de los calores del estío. Procedentes de los ríos vecinos, algunos arroyuelos mantenían allí un fresco sano y agradable.

Como se ve, este dominio privado, especial para los dueños de Camdless-Bay, era un refugio maravillosamente emplazado en medio del vasto establecimiento de James Burbank. Ni el estrépito que formaban las fábricas de

algodón, ni los chirridos de las sierras mecánicas, ni los choques del hacha sobre los troncos de los árboles, ni ninguno de estos ruidos que lleva consigo una explotación tan extensa e importante, ninguno llegaba a traspasar la empalizada del recinto. Sólo los mil ejemplares de pájaros de todas clases en que es tan rica la ornitología floridiana, podían traspasarla revoloteando de árbol en árbol. Pero estos cantores alados, cuyo plumaje rivaliza con las brillantes flores de esta zona, no eran menos bien acogidos que los perfumes de que la brisa se impregnaba al acariciar las praderas y los bosques de la vecindad.

Tal era Camdless-Bay, la plantación de James Burbank, una de las más ricas, hermosas e importantes de Florida Oriental.

¡Una verdadera delicia.

capítulo III

EN QUÉ ESTADO SE HALLABA LA GUERRA DE SECESIÓN

Digamos algunas palabras acerca de la guerra de secesión o separatista, a la cual esta historia va íntimamente enlazada en todos sus detalles.

Y antes que todo, hagamos constar y dejemos bien establecido lo siguiente. Así como lo ha dicho el antiguo ayudante de campo del general MacCIellan, en su notabilísima historia de la guerra civil en América, esta guerra no tuvo por causas ni una cuestión de tarifas ni una diferencia real de origen entre Norte y Sur. La raza anglosajona dominaba igualmente sobre todo el territorio de los Estados Unidos; por consiguiente, la cuestión comercial no ha sido jamás puesta en juego en esta terrible lucha librada y sostenida entre hermanos. La esclavitud fue la que, prosperando en una mitad de la república, y abolida en la otra mitad, había llegado, por este solo hecho, a crear dos sociedades hostiles. Esta institución había modificado profundamente las costumbres de la población en que dominaba, dejando no obstante intactas las formas aparentes del Gobierno. Esta es la que fue, no sólo el pretexto y la ocasión, sino la causa íntima del antagonismo que surgió entre las dos partes de la república, y cuya consecuencia inevitable fue la guerra civil entre los Estados del Norte, federales y antiesclavistas, y los del Sur, confederados y esclavistas.

En estos últimos Estados existían tres clases sociales. Abajo, cuatro millones de negros esclavizados, o sea, la tercera parte de la población. Arriba, la casta de los propietarios, relativamente poco instruida, rica, desdeñosa, que se reservaba absolutamente la dirección de los negocios públicos. Entre estas dos clases, hallábase la clase inquieta, perezosa y miserable de los blancos pobres. Éstos, contra todo lo que se esperaba, mostráronse ardientes partidarios de la esclavitud, por temor de ver a la clase de negros liberados elevarse a su nivel.

El Norte debía, pues, encontrar la oposición no solamente de los ricos propietarios, sino también de estos blancos indigentes que, sobre todo en las campiñas, vivían en medio de la población esclava. La lucha, por consiguiente, fue espantosa. Produjo tales disensiones, hasta en el seno mismo de las familias,

que se vio a los hermanos combatir, uno bajo la bandera de los confederados, y otro bajo el pabellón federal..Pero un gran pueblo no debía dudar en destruir la esclavitud hasta en sus raíces. Ya en el último siglo, el ilustre Franklin había pedido, la abolición. En 1807, Jefferson había recomendado al Congreso «que prohibiera un tráfico cuya desaparición pedían de consuno la moralidad, el honor y los más caros intereses del país». El Norte tuvo, por consiguiente, razón en marchar contra el Sur y reducirle. Por otra parte, de esta lucha iba a surgir una unión más íntima y estrecha entre los elementos de la república americana, y el desvanecimiento de esta ilusión tan funesta, tan amenazadora, de que cada ciudadano debía, primero, obediencia a su propio Estado, y después, solamente después, al conjunto de Estados que forman la gran federación americana.

Además, fue precisamente en Florida donde se suscitaron las primeras cuestiones relativas a la esclavitud. A principios de este siglo, un jefe indio mestizo, llamado Oscéola, tenía por mujer una esclava cobriza nacida en los terrenos pantanosos del territorio floridiano conocidos por *Everglades*. Un día, esta mujer volvió a ser presa como esclava y llevada por la fuerza.

Oscéola sublevó a los indios, comenzó la campaña antiesclavista; reducido a prisión, murió en la fortaleza en que le encerraron. Pero la guerra continuó y, dice el historiador Thomas Higginson, «la suma de dinero que se consumió en una lucha semejante fue tres veces más considerable que la que se pagó a España en otra época por la adquisición de Florida».

Tales habían sido los principios de esta guerra separatista; veamos cuál era el estado de las cosas durante el mes de febrero de 1862, época en que James Burbank y su familia iban a sufrir golpes tan terribles, que nos ha parecido oportuno hacer de ellos objeto de esta historia.

El día 16 de octubre de 1859 el heroico capitán John Brown, a la cabeza de un reducido número de esclavos fugitivos se apodera de Harpers Ferry, en el Estado de Virginia. La manumisión de los hombres de color era su deseo. Así la proclamó alta y públicamente. Vencido por las compañías de milicia, y hecho prisionero, después de heroica y prolongada resistencia, fue condenado a muerte y ahorcado en Charlestown el día 2 de diciembre de 1859, con seis de sus compañeros.

El día 20 de diciembre de 1860, un Congreso se reúne en Carolina del Sur y adopta con entusiasmo el decreto de secesión o separatismo. El año siguiente, día 4 de marzo de 1861, Abraham Lincoln es nombrado presidente de la república. Los Estados del Sur miran su elección como una amenaza para la institución de la esclavitud.

En el día 11 de abril del mismo año el fuerte Sumter, uno de los que defienden la rada de Charlestown, cae en poder de los sudistas, mandados por el

general Beauregard; Carolina del Norte, Virginia, Arkansas y Tennessee se adhieren inmediatamente al acto separatista. El Gobierno federal organiza un ejército de 75.000 voluntarios. Primeramente se ocupó de poner a Washington, capital de los Estados Unidos de América, al abrigo de un golpe de mano de los confederados. Se abastecen de víveres y armas los arsenales del Norte, que estaban vacíos, mientras que los del Sur habían sido abundantemente provistos bajo la presidencia de Buchanan. El material de guerra se completa a costa de extraordinarios esfuerzos. Después, Abraham Lincoln declara los puertos del Sur en estado de bloqueo.

Los primeros hechos de armas tienen lugar en Virginia. MacCiegan rechaza a los rebeldes al Oeste. Pero el 21 de julio, en Bull-Run, las tropas federales bajo las órdenes de MacDowell, son derrotadas y huyen hasta Washington. Los sudistas no pueden abrigar temor alguno por Richmond, su capital; pero en cambio los nordistas tienen grandes motivos de alarma por la capital de la república americana.

Algunos meses después, los federales son derrotados otra vez en Ball's Bluff. Pero este desgraciado hecho de armas es recompensado bien pronto por diversas expediciones que hicieron caer en manos de los federales el fuerte Hatteras y Port-Royal-Harbour, posiciones importantes de las cuales los separatistas no volvieron a ser dueños.

Al final de 1861 es nombrado para el mando de las tropas de la Unión el mayor general MacCiegan.

Sin embargo, este año, los corsarios esclavistas han recorrido los mares de ambos mundos, encontrando acogida en los puertos de Francia, de Inglaterra, España y Portugal; falta grave que reconociendo por este hecho los derechos de beligerancia a los esclavistas dio por resultado envalentonarlos en su obstinada opinión y prolongar de este modo la guerra civil.

Después vienen los sucesos marítimos que tuvieron tan gran resonancia. Estos son el *Sumter* y su famoso capitán Semmes; la aparición del *Manassas*, el combate naval librado el día 12 de octubre a la entrada de los Pasos del Mississippi; el apresamiento, el día 9 de noviembre, del *Trent*, navío inglés, a bordo del cual el capitán Wilkes captura a los comisarios confederados; hecho, por cierto, de tal gravedad, que estuvo a punto de producir la guerra entre Inglaterra y los Estados Unidos del Norte.

Durante este tiempo, los abolicionistas y los esclavistas se entregan a sangrientos combates, con alternativas de triunfos y reveses; en el Estado de Missouri, Lyon, uno de los principales generales del Norte, es muerto, lo cual trae consigo la retirada de los federales a Rolla y la marcha de Price con las tropas confederadas hacia el Norte.

Se combate en Frederictown, el día 21 de octubre, en Springfield el 25, y el 27 Fremont, con las tropas federales, ocupa esta ciudad. El día 19 de diciembre, el combate de Belmont, entre Grant y Polk, queda indeciso. En fin, el invierno, tan riguroso en estos países de la América septentrional, pone término a las operaciones.

Durante los primeros meses del año 1862 se llevan a cabo esfuerzos verdaderamente prodigiosos por una y otra parte.

En el Norte, el Congreso vota un proyecto de ley que pone sobre las armas 500.000 voluntarios (al fin de la lucha serán un millón), y aprueba un empréstito de quinientos millones de dólares. Se crean los grandes ejércitos, principalmente el del Estado de Potomac. Los generales son: Banks, Butler, Grant, Sherman, McClellan, Meade, Thomas, Kearney y Halleck, para no citar sino los más célebres. Todas las armas y servicios van a entrar en función. Infantería, caballería, artillería e ingenieros son repartidos en divisiones poco más o menos uniformes e iguales.

El material de guerra se fabrica a toda prisa; constrúyense carabinas Minié y Colt; cañones rayados de los sistemas Parrott y Rodman; cañones de ánima lisa, sistema Dahlgren; cañones obuses, cañones revólveres, obuses Shrapnell, parques de sitio. Se organiza la telegrafía y la aerostación militares, el noticierismo de los grandes periódicos, los transportes, que serán hechos por veinte mil carros, tirados por ochenta y cuatro mil mulas. Se reúnen provisiones de todas clases, bajo la dirección del Comisario federal de guerra. Se construyen nuevos navíos según el modelo del *Manassas*; los rams, del coronel Ellet; los *gunboats*, cañoneros del comodoro Foot, que aparecen por primera vez en una guerra marítima.

En el Sur, el ardor bélico no es menos grande. Hay gran número de fundiciones de cañones en Nueva Orleans, en Memphis y en Tregodar, cerca de Richmond, que fabrican los Parrotts y Rodmans. Pero esto no puede bastar. El Gobierno confederado recurre a Europa. Lieja, Birmingham y otras ciudades que envían cargamentos de armas, piezas de los sistemas Armstrong y Whitworth.

Los buques que logran burlar el bloqueo para buscar a vil precio el algodón en sus puertos, no obtienen esta materia sino a cambio de material de guerra. Después, el ejército se organiza. Sus generales son: Johnston, Lee, Beauregard, Jackson, Critenden, Hoyd y Pillow. Se añaden cuerpos irregulares tales como milicias y guerrillas, a los 400.000 voluntarios enrolados por tres años como máximun, y un año cuando menos, que el Congreso separatista, interesado en abreviar la lucha, concede el día 8 de agosto a su presidente Jefferson Davis.

Sin embargo, estos preparativos no impiden volver a emprender la guerra en la segunda mitad del invierno. De todo el territorio esclavista, el Gobierno

federal no ocupa más que Maryland, Virginia Occidental, Kentucky en parte, casi todo el Missouri y ciertos puntos del litoral.

Las nuevas hostilidades comienzan primeramente en el este de Kentucky. El día 7 de enero, Garfield derrota a los confederados en Middle-Creek, y el día 20 son de nuevo batidos en Logan-Cros, o Mill-Springs. El día 2 de febrero, Grant se embarca con dos divisiones en varios grandes vapores de Tennessee, y va a sostener la flotilla acorazada de Foote. El día 6, el fuerte Henry cae en su poder. De esta manera se rompe un anillo de esta cadena «sobre la cual, dice el historiador de esta guerra civil, se apoyaba todo el sistema de defensa de su adversario Johnston». Cumberland y la capital de Tennessee estaban amenazados muy directamente, y en breve plazo caerían en poder de los ejércitos federales.

Por esta causa Johnston busca el medio de concentrar todas sus fuerzas en el fuerte Donelson, a fin de encontrar un punto de apoyo más seguro para la defensiva.

Durante este tiempo, otra expedición compuesta de un cuerpo de ejército de 16.000 hombres, a las órdenes de Burnside, y una flotilla de veinticuatro vapores armados en pie de guerra, con cincuenta transportes, desciende por el Chesapeake y llega a Hampton-Roads el día 12 de enero.

A pesar de las violentas tempestades, llega a las aguas del Pamlico-Sound el día 24 de enero, para apoderarse de la isla Roanoke, y reducir la costa de Carolina del Norte. Pero la isla está fortificada. El canal, al Oeste, está defendido por una barrera de cascos de buques sumergidos. Baterías y obras de campaña hacen muy difícil el acceso a él. Cinco mil o seis mil hombres, sostenidos por una flotilla de siete cañoneros, están prontos a impedir todo desembarque. Sin embargo, a pesar del valor de sus defensores, en la noche del día 7 al 8 de febrero la isla cae en poder de Burnside, con veinte cañones y más de 2.000 prisioneros. Al día siguiente, las tropas federales se apoderan de Elizabeth-City y de toda la costa del Albemarle-Sound; es decir, de toda la parte norte de este mar interior.

En fin, para acabar de describir la situación hasta el día 6 de febrero es preciso hablar de este general sudista, este antiguo profesor de química, Jackson, el soldado puritano que defiende Virginia. Después del llamamiento de Lee a Richmond, él manda en jefe el ejército confederado. Deja a Winchester el día 1 de enero, y con sus 10.000 hombres atraviesa las montañas Allegheny para tomar Bath, sobre el ferrocarril de Ohio; pero vencido por el clima, molesto por las tempestades de nieve, se ve obligado a volver a Winchester sin haber logrado el objeto de su expedición.

Y ahora veamos lo que había ocurrido en lo que concierne más especialmente a las costas del Sur desde Carolina a Florida.

Durante la segunda mitad del año 1861, el Norte poseía buques bastante rápidos para llevar a cabo cumplidamente la vigilancia de sus mares, aun cuando no hubiese podido apoderarse del famoso *Sumter*, hasta que en enero de 1862 vino a Gibraltar a reconocer las aguas europeas.

El *Jefferson Davis*, queriendo escapar a la persecución de los federales, se refugia en San Agustín, puerto de la península de Florida, y naufraga en el momento en que se aproxima al puerto. Casi al mismo tiempo uno de los buques empleados como cruceros en Florida, el *Anderson*, captura al corsario *Beauregard*. Pero nuevos buques son armados en Inglaterra para servir de corsarios. Entonces una proclama de Abraham Lincoln extiende el bloqueo a las costas de Virginia y de Carolina del Norte, aunque sea un bloqueo ficticio, un bloqueo sobre el mapa, puesto que comprende nada menos que 4.500 kilómetros de costa. Para llevarlo a cabo, no se tienen más que dos escuadras; una para el bloqueo del Atlántico, otra para el golfo de México.

El día 12 de octubre intentan los confederados por vez primera hacer levantar el bloqueo de las bocas del Mississippi con el *Manassas*, primer buque de guerra blindado durante esta lucha, sostenido por una flotilla de brulotes. El golpe no da resultado, y la corbeta *Richmond* pudo salir del lance sana y salva. Pero el día 29 de diciembre un pequeño vapor, el *Sea-Bird*, logra apoderarse de una goleta federal a la vista del fuerte Monroe.

Sin embargo, era necesario tener un punto que pudiera servir de base de operaciones para los cruceros del Atlántico. El Gobierno federal decide entonces apoderarse del fuerte Hatteras, que domina el paso del mismo nombre, muy frecuentado por los que burlaban el bloqueo. Este fuerte es muy difícil de tomar. Está defendido por un reducto cuadrado, llamado Clark. Un millar de hombres y el 7º regimiento de Carolina del Norte concurren a defenderle. No importa. La escuadra federal, compuesta de dos fragatas, tres corbetas, un aviso y dos grandes vapores, llega el día 27 de agosto. El comodoro Stringham y el general Butler atacan y toman el reducto.

El fuerte Hatteras, tras larga y tenaz resistencia, enarbola el pabellón blanco. Los nordistas tienen ya una sólida base de operaciones para toda la guerra.

En noviembre, la isla de Santa Rosa, al este de Pensacola, sobre el golfo de México, una posesión floridiana, cae en poder de las tropas federales, a pesar de los enérgicos y tenaces esfuerzos que para conservarla hicieron los confederados.

No obstante, la toma de Hatteras no parece bastante para la buena dirección de las operaciones militares ulteriores. Es preciso ocupar otros puntos sobre el litoral de Carolina del Sur, de Georgia y de Florida. Dos fragatas de vapor, la *Wasbah* y la *Susquehannah*, tres fragatas de vela, cinco corbetas, seis cañoneros,

varios avisos, veinticinco transportes de carbón, cargados ahora de provisiones, y treinta y dos vapores que pueden transportar 15.600 hombres bajo el mando del general Sherman, se pone a las órdenes del comodoro Dupont. La flotilla leva anclas delante del fuerte Monroe el día 25 de octubre. Después de haber sufrido un terrible viento a lo largo del cabo Hatteras, se dirige a reconocer los pasos de Hilton-Head, entre Charlestown y Savannah. Este sitio es la entrada de la bahía de Port-Royal, una de las más importantes de la Confederación americana. El puerto está defendido por el general Ripley, que manda las fuerzas de los esclavistas. Los dos fuertes, Waiker y Beauregard, baten la entrada de la bahía, a 4.000 metros uno de otro; ocho vapores la defienden, y su barra la hace casi inabordable a la flota sitiadora. Estos obstáculos no arredran al comodoro Dupont.

El día 5 de noviembre, la armada federal reconoce y se apodera del canal, y después de cambiar algunos cañonazos, Dupont penetra en la bahía, pero sin poder todavía desembarcar las tropas de Sherman.

El día 7, antes de mediodía, ataca el fuerte Walker, y después el fuerte Beauregard, y los destroza con una terrible lluvia de sus más gruesos obuses. Los dos fuertes son evacuados; los federales toman posesión de ellos casi sin combate, y Sherman ocupa este punto tan importante para la continuación de las operaciones militares.

Esta victoria fue un golpe dado en el corazón mismo de los Estados esclavistas. Las islas vecinas caen, una después de otra, en poder de los federales, hasta la isla Tybee y el fuerte Pulaski, que domina el río Savannah y casi toda su ribera.

Al acabar el año, Dupont es dueño de las cinco grandes bahías de North-Edisto, en Saint-Helena, de Port-Royal, de Tybee y de Warsaw, así como de toda la costa de Carolina y de Georgia. En fin, el día 1 de enero de 1862, un postrer triunfo le permite destruir las obras de la Confederación construidas sobre las riberas del Coosaw.

Tal era la situación de los beligerantes al comienzo de febrero del año 1862. Tales eran los progresos del Gobierno federal hacia el Sur, en el momento en que los navíos del comodoro Dupont y las tropas de Sherman amenazaban Florida.

capítulo IV

LA FAMILIA BURBANK

Eran las siete y algunos minutos cuando James Burbank y Edward Carrol subieron las gradas de la escalinata sobre la cual se abría la puerta principal de Castle-House, hacia el lado del San Juan. Zermah, llevando a la niña de la mano, subió detrás de ellos. Todos se encontraron entonces en el atrio, especie de gran vestíbulo, cuyo fondo circular, a manera de cúpula, contenía la gran escalera de doble tramo que conducía a los pisos superiores.

La señora Burbank estaba allí, en compaña de Perry, el capataz general de la plantación.

- ¿No hay nada nuevo en Jacksonville?

- Nada, amigo mío.

- ¿Y no hay noticias de Gilbert?

- Sí; una carta.

- ¡Gracias a Dios!

Tales fueron las primeras preguntas y respuestas cambiadas entre la señora Burbank y su marido.

James Burbank, después de haber abrazado a su mujer y dado un beso a la pequeña Dy, abrió, impaciente, la carta que acababa de serle entregada.

Esta carta no había querido abrirla la señora Burbank durante la ausencia de su esposo. Dada la situación de quien la escribía y de su familia en Florida, la señora Burbank había querido que su marido fuese el primero en conocer lo que contenía.

- Esta carta no ha venido por el correo, ¿es cierto? -preguntó James Burbank.

- ¡Ah, no, Mr. James! -respondió Perry-. Eso hubiera sido una gran imprudencia por parte de Mr. Gilbert.

- ¿Y quién se ha encargado de traerla? -preguntó James.

- Un hombre de Georgia, con cuya lealtad ha podido contar nuestro joven teniente -repuso Perry.

- ¿Qué día ha llegado esta carta?
- Ayer.
- ¿Y el hombre?
- Ha partido en la misma noche.
- ¿Bien pagado por su servicio?
- Sí, amigo mío, bien pagado -respondió la señora Burbank-; pero pagado por Gilbert, pues el portador de ella no ha querido tomar nada de nosotros.

El vestíbulo estaba iluminado por dos lámparas, colocadas sobre una mesa de mármol, delante de un ancho diván. James Burbank fue a sentarse delante de la mesa. Su mujer y su hija se colocaron cerca de él. Edward Carrol, después de haber estrechado la mano de su hermana, se había tendido en una butaca. Zermah y Perry estaban en pie, cerca de la escalera. Los dos eran bastante apreciados de la familia Burbank para que la carta pudiera ser leída en su presencia.

James Burbank rompió el sobre.

- Es del día tres de febrero -dijo.

- ¡ Ya cuatro días de fecha! -respondió Edward Carrol-. Esto es mucho en las circunstancias en que nos hallamos.

- Lee pronto, padre -dijo la niña, con la impaciencia natural de su edad. La carta decía lo siguiente:

A bordo del *Wabash*, anclado en Edisto. 3 de febrero de 1862.

Querido padre: Comienzo por abrazar a mi madre, a mi hermana y a ti. No olvido tampoco a mi tío Carrol, y para no olvidar nada, envié a la buena Zermah todas las ternuras de su marido, mi bravo y cariñoso Mars. Los dos estamos todo lo bien posible, y tenemos un grandísimo deseo de estar cerca de vosotros. Esto no tardara, aunque nos maldiga Mr. Perry, que debe de estar furioso viendo los progresos del Norte, como testarudo esclavista que es el digno capataz.

- También hay para vos, Perry -dijo Edward.

- Cada uno tiene sus ideas acerca de este punto -respondió Perry con la firmeza de un hombre que no entiende que deba sacrificar las suyas.

James Burbank continuó;

Esta carta llegará a vuestras manos por conducto de un hombre del cual estoy seguro. No tengáis, en este sentido, temor ni recelo alguno. Ha debido llegar a vuestro conocimiento que la escuadra del comodoro Dupont se ha apoderado de la bahía de Port-Royal y de las islas vecinas. El Norte, pues, avanza poco a poco sobre el Sur. En vista de esto, es muy probable que el Gobierno federal trate de apoderarse de los puertos principales de Florida. Se habla de una expedición que Dupont y Sherman harán combinadamente hacia fines de este mes. Si esto es así, muy verosíblemente iremos nosotros a ocupar la

bahía de Saint-Andrews. Desde allí nos será fácil penetrar en el Estado floridiano.

¡Qué prisa tengo de estar allí, querido padre, y, sobre todo, con nuestra flotilla victoriosa! La situación de mi familia en medio de esa población esclavista me inquieta indeciblemente. Pero ya se aproxima el momento en que podremos hacer triunfar altamente las ideas que han predominado siempre en la plantación de Camdless-Bay.

¡Ah! Si pudiese escapar, aunque no fuese más que durante veinticuatro horas, ¡con qué placer iría a veros! Pero esto sería demasiado imprudente, tanto para vosotros como para mí, y vale más tener paciencia, Algunas semanas todavía, y luego todos nos encontraremos reunidos en Castle-House.

Y ahora termino preguntándome si no he olvidado a nadie al repartir mis abrazos. ¡Sí, verdaderamente! He olvidado a Mr. Stannard y a mi encantadora Alicia, a quien tengo tantos deseos de ver. Todos mis afectos a su padre, y a ella..., más que a mis amistades.

Respetuosamente y de todo corazón,
gilbert burbank.

James Burbank había dejado sobre la mesa la carta, que la señora Burbank cogió y llevó a sus labios. Después la pequeña Dy depositó francamente un fuerte y sonoro beso sobre la firma de su hermano.

- ¡Bravo mozo! -dijo Edward Carrol al acabarse la lectura.

- ¡Y bravo Mars! -añadió la señora Burbank, mirando a Zannah, que apretaba entre sus brazos a la pequeña Dy.

- Será preciso avisar a Alicia -añadió la señora Burbank-, de que hemos recibido una carta de Gilbert.

- ¡Oh, yo se lo escribiré! -respondió James Burbank-. Además, dentro de algunos días tengo que ir a Jacksonville, y veré a Stannard. Desde que Gilbert ha escrito esta carta han podido surgir otros sucesos y otras noticias con respecto a la expedición proyectada. ¡Ah! ¡Dios quiera que lleguen pronto nuestros amigos del Norte, y que Florida entre bajo la bandera de la Unión! Nuestra situación aquí acabará por ser insostenible.

En efecto, desde que la guerra se iba aproximando hacia el Sur, una modificación manifiesta se operaba en Florida con motivo de la cuestión que tenía en armas a los Estados Unidos, Hasta esta época la esclavitud no se había desenvuelto considerablemente en medio de esta antigua colonia española; así es que no se había lanzado al movimiento y a la lucha con el mismo ardor que Virginia o ambas Carolinas.

Sin embargo, algunos perturbadores de Florida se habían puesto a la cabeza de los partidarios de la esclavitud. Estas gentes, siempre dispuestas al motín,

pudiendo ganarlo todo y no perdiendo nada en las revueltas, dominaban a las autoridades en San Agustín, y, sobre todo, en Jacksonville, donde encontraban apoyo en el más vil populacho. Por esta causa la situación de James Burbank, cuyo origen e ideas todos conocían, podía llegar, en cierto momento, a ser comprometida y peligrosa.

Hacía ya cerca de veinte años que James Burbank, después de haber dejado Nueva Jersey, donde aún poseía algunos bienes, había venido a establecerse en Camdless-Bay con su mujer y su hijo, que entonces tenía cuatro años. Ya se sabe cuánto había prosperado la plantación gracias a su inteligente actividad y al concurso de Edward Carrol, su cuñado. Así es que tenía por este establecimiento, heredado de sus antepasados, una afición y un cariño verdaderamente inquebrantables. Allí era donde había nacido su segundo hijo, la pequeña Dy, trece años después de su instalación en el dominio.

James Burbank tenía entonces cuarenta y seis años. Era un hombre robusto y fuertemente constituido, habituado al trabajo, que nunca rehuía. Se le conocía por ser de un carácter enérgico, muy apegado a sus opiniones, que no se molestaba en ocultar a nadie, sino que, por el contrario, las exponía deliberadamente. Alto, apenas canoso, y su rostro, un poco severo, pero franco y animado, inspiraba confianza.

Con la sotabarba de los americanos del Norte, sin bigote ni patillas, era verdaderamente el tipo del legítimo yanqui de Nueva Inglaterra. En toda la plantación se le amaba porque era bueno y se le obedecía porque era justo. Sus negros le eran profundamente adictos, y esperaba no sin impaciencia que las circunstancias le permitiesen manumitirlos. Su cuñado, poco más o menos de la misma edad, se ocupaba más especialmente de la contabilidad en Camdless-Bay. Edward Carrol se entendía perfectamente con él en todos los asuntos, y participaba de su manera de pensar en la cuestión de la esclavitud.

No había, pues, más que el capataz Perry, entonces de cincuenta años, que fuese en este asunto de opinión contraria a la de todos los habitantes de Camdless-Bay. No hay que creer, sin embargo, por esto, que maltrataba a los esclavos; muy al contrario, el buen capataz, en flagrante oposición con sus teorías esclavistas, procuraba hacerles su situación todo lo feliz que le era posible.

Pero *decía*: «Hay territorios en los países cálidos en donde los trabajos de la tierra no pueden ser confiados más que a negros, luego los negros que no sean esclavos no pueden ser negros, y si son negros, por fuerza han de ser esclavos.»

Tal era su extraña teoría, que defendía con ardor cuantas veces se presentaba ocasión de hacerlo. Se le permitía de buena voluntad sostenerla, pero sin hacer caso de ella. Mas al ver cómo la suerte de las armas favorecía a los

antiesclavistas, Perry no desarrugaba el ceño. «¡Bravas cosas van a pasar aquí en Camdless-Bay, decía, cuando Mr. Burbank dé libertad a sus negros! ¡Cuántas desgracias van a acaecer!»

Lo repetimos: era un excelente hombre, también muy animoso, y cuando James Burbank y Edward Carrol habían formado parte del destacamento de la milicia llamada de los *minuteman*, «los hombres-minuto», porque debían estar dispuestos a partir en todo momento, él se había unido valientemente a ellos para combatir las últimas hordas de los seminolas.

La señora Burbank en esta época no llegaba a los treinta y nueve años de edad. Todavía se conservaba muy hermosa; y la niña, la pequeña Dy, había de parecersele mucho. James Burbank había encontrado en ella una compañera amante y afectuosa a la cual debía, en gran parte, la felicidad y el bienestar de su vida. La generosa mujer no existía más que para su marido y para sus hijos, a quienes adoraba, y acerca de los cuales experimentaba los más vivos y crueles temores cuando pensaba que las circunstancias iban a llevar hasta Florida la guerra civil.

Estos temores habían empezado a tener fundamento, pues si Dy, la pequeñuela de siete años, alegre, cariñosa, llena de felicidad y de vida, permanecía en Castle-House cerca de su madre, Gilbert no estaba ya en la mansión paterna. De aquí las incesantes angustias que la señora Burbank sufría, sin que pudiera siempre disimularlas.

Bien conocida de todos es la costumbre que tienen los anglosajones de abreviar cuanto les es posible el nombre de pila de sus hijos; así, en casa de Burbank, Gilbert no era más que Gib, como Diana, Dy. Era Gilbert un joven animoso, que tenía entonces veinticuatro años, en el cual se reunían las cualidades morales de su padre, con un poco más de franqueza, y las cualidades físicas, con un poco más de gracia y encanto. Era, además, un buen compañero, muy dado a los ejercicios corporales, y muy hábil, tanto en equitación como en navegación y en caza.

Con gran terror y angustia de su madre, los inmensos bosques y pantanos del condado de Duval habían sido demasiado a menudo teatro de sus triunfos de cazador, no menos que las ensenadas y los estrechos del San Juan, hasta la extremidad de la boca llamada **de** Pablo. Por consiguiente, Gib se hallaba natural y completamente adiestrado y hecho a todas las fatigas cuando se dispararon los primeros tiros de la Guerra de Secesión. Comprendió al punto que su deber le llamaba entre las tropas federales, y pidió permiso a sus padres para incorporarse a ellas.

Por grande, por intensa y cruel que fuera la pena que esta resolución debía causar a su madre, cualquiera que fuese el peligro que pudiera correr en esta

situación. James Burbank no pensó un instante en contrariar los deseos de su hijo. Creyó, como él, que esto era un deber, y el deber está por encima de todo.

Gilbert, pues, partió para el Norte, pero se guardó acerca de su partida todo el secreto posible. Si se hubiera sabido en Jacksonville que el hijo de James Burbank se había puesto al servicio del ejército nordista para combatir al Sur, seguramente hubiera tenido esto fatales consecuencias para los habitantes de Camdless-Bay. El joven había ido muy recomendado a varios amigos que aún conservaba su padre en el Estado de Nueva Jersey. Había mostrado siempre afición y gusto por las cosas del mar, y se le procuró fácilmente un puesto en la marina federal. Se ascendía rápidamente en este tiempo de luchas y combates, y como Gilbert no era de los que se quedan atrás, hizo carrera rápidamente.

El Gobierno central, por su parte, había fijado su atención en este joven que, no obstante la posición especial en que se hallaba su familia, no había dudado en ofrecer sus servicios al Norte en contra de la causa de la esclavitud. Gilbert se distinguió en el ataque del fuerte de Sumter. El valeroso hijo de James Burbank estaba sobre cubierta en el *Richmond* cuando este buque fue abordado por el *Manassas*, en la desembocadura del Mississippi, y contribuyó en gran manera a la destrucción del buque enemigo.

Después de este hecho fue nombrado abanderado, no obstante no haber salido de la escuela naval de Annapolis, como no habían salido tampoco todos aquellos oficiales improvisados que fueron sacados de la marina mercante. Entonces pasó nuestro joven a formar parte de la escuadra del comodoro Dupont, y asistió a los brillantes hechos del fuerte Hatteras, y después a la toma de Seas-Islands. Desde hacía algunas semanas, era el tercer teniente a bordo del *Wabash*, que arbolaba la enseña del comodoro Dupont, bajo las órdenes del cual se iban a forzar bien pronto los pasos del San Juan.

Este joven tenía también gran deseo de que se acabase aquella guerra sangrienta. Amaba y era amado. Terminado su servicio, volvería regocijado y ansioso a Camdless-Bay, donde debía dar su mano de esposo a la hija de uno de los mejores amigos de su padre.

Stannard no se contaba entre los colonos de Florida. Había quedado viudo con alguna fortuna y quiso consagrarse enteramente a la educación de su hija. Habitaba en Jacksonville desde cuyo punto no tenía más que tres o cuatro millas que remontar por el río para estar en Camdless-Bay, así es que, desde hacía quince años, no pasaba semana sin que fuese a hacer una visita a la familia Burbank. Se puede, por consiguiente, decir que Gilbert y Alicia Stannard se criaron juntos, y su matrimonio, proyectado a larga fecha, debía asegurar la felicidad de ambos jóvenes.

Aunque Walter Stannard fuese originario del Sur, era antiesclavista, lo

mismo que otros muchos de sus conciudadanos en Florida; pero éstos no eran, desgraciadamente, en bastante número para hacer frente a la mayoría de los colonos y de los habitantes de Jacksonville, cuyas opiniones se manifestaban cada día más decisivas y terminantes a favor del movimiento separatista. Por tales razones, estas honradas gentes comenzaban a ser muy mal vistas por los agitadores del condado, sobre todo, de los blancos pobres y del populacho presto a seguirles en sus excesos.

Walter Stannard era un americano de Nueva Orleans. La señora Stannard, de origen francés, muerta muy joven, había legado a su hija todas las buenas cualidades que son particulares a la raza francesa. Con estas condiciones, Alicia había dado pruebas de una gran energía en el momento de la partida de Gilbert, consolando y dando seguridad acerca de la vuelta del joven, a la señora Burbank. Aunque es verdad que amaba a Gilbert del mismo modo que éste le amaba a ella, no cesaba de repetir a su madre que tal partida era un deber; que batirse por esta causa era batirse por la liberación de una raza humana, en suma, por la libertad.

Alicia tenía entonces diecinueve años. Era una joven rubia, con ojos casi negros, la tez sonrosada, de talle elegante y de fisonomía distinguida; tal vez resultaba un poco seria, pero era tan viva de expresión que la menor sonrisa transformaba su bonito y juvenil rostro.

Verdaderamente, la familia Burbank no sería conocida completamente en todos sus miembros más fieles si se omitiese describir con algunos rasgos a sus dos servidores, Mars y Zennah.

Como se ha visto por la carta de Gilbert, éste no había marchado solo; Mars, el marido de Zennah, le había acompañado. El joven no habría encontrado un compañero más afectuoso y más consagrado a su persona que este esclavo de Camdless-Bay, convertido en hombre libre desde el momento que ponía el pie en el territorio dominado por los antiesclavistas. Mas para Mars, Gilbert era siempre su joven señor, y no había querido dejarle aunque el Gobierno central formó batallones negros, donde hubiera encontrado un buen puesto entre los de su propia raza.

Mars y Zermah no eran de raza negra por su nacimiento; eran mestizos. Zermah tenía por hermano a aquel heroico esclavo, Robert Small, que cuatro meses más tarde había de arrebatar a los confederados, en la misma bahía de Charlestown, un vaporcito armado de dos cañones, para hacer con él un regalo a la flota federal, como testimonio de gratitud y afecto a su causa. Zermah tenía, pues, a quién parecerse. Mars también. Era un feliz matrimonio que, durante los primeros años, el odioso tráfico de negros había amenazado más de una vez romper. En el momento mismo en que Mars y Zermah iban a ser separados uno de otro por los azares de una venta, entraron en Camdless-Bay en el personal de

la plantación.

Veamos en qué circunstancias.

Zermah tenía entonces treinta y un años; Mars, treinta y cinco. Siete años antes se habían casado, perteneciendo a un colono llamado Tickbom, cuyo establecimiento se encontraba a una veintena de millas más arriba de Camdless-Bay. Este colono durante algunos años, había tenido relaciones bastante frecuentes con Texar, pues éste iba muy a menudo a la plantación, donde encontraba excelente acogida.

No había nada de extraño en esto, pues Tickbom tampoco disfrutaba de buena opinión ni de ninguna estima en el condado. Además, sólo poseía una inteligencia muy mediana; así es que sus negocios no habían prosperado ni mucho ni poco, y se vio obligado a poner en venta, aun a su pesar, un lote de esclavos.

Precisamente en esta época, Zermah, muy maltratada, como todo el personal de la plantación de Tickborn, acababa de dar a luz un nuevo y ya desgraciado ser, del cual fue en seguida separada. Mientras que expiaba en la prisión una falta de la que no era tampoco culpable, su hijo murió.

Puede comprenderse cuál sería el dolor de Zermah y la cólera de Mars. Pero, ¿qué podían estos desgraciados contra un dueño al cual pertenecía su carne, muerta o viva, puesto que la había comprado?

Además, a esta pena había de unirse otra no menos terrible. En efecto, al día siguiente de aquel en que su hijo había muerto, Mars y Zermah, puestos a la venta, estaban expuestos a ser separados.

Este consuelo de encontrarse juntos bajo un mismo dueño, iba a desaparecer también, tal vez para siempre. Un hombre se había presentado que deseaba comprar a Zermah, pero a Zermah solamente, a pesar de que él no tenía plantación alguna. ¡Un capricho, sin duda! Este hombre era Texar. Su amigo Tickbom iba a formalizar el contrato con él, cuando, ya en los últimos momentos, otro comprador pujó más alto, y aumentó el precio.

Este era James Burbank, venido expresamente para asistir a la venta pública que se verificaba en la plantación de Tickbom. Una vez allí lo habían conmovido profundamente las lamentaciones y súplicas de la desgraciada mestiza, que pedía en vano que no la separasen de su marido.

Precisamente James Burbank tenía necesidad de una nodriza para su hija, que acababa de nacer. Habiendo sabido que una de las esclavas de Tickborn, cuyo hijo acababa de morir, se encontraba en las condiciones deseadas, no pensaba más que en comprar la nodriza; pero conmovido por el llanto y las súplicas de la infeliz Zermah, no dudó en ofrecer por su marido y por ella un precio superior a todos los que habían ofrecido hasta entonces por sólo Zermah.

Texar quiso luchar. Conocía a James Burbank, que le había arrojado varias veces de su dominio, como a un hombre de reputación sospechosa. Precisamente de esto procedía el odio que Texar profesaba a toda la familia de Camdless-Bay, y señaladamente a su noble jefe.

Texar quiso luchar contra su rico concurrente, pero fue en vano. Se encaprichó, hizo subir al doble el precio que Tickbom pedía por la mestiza y por su marido. Esto no sirvió sino para hacérselos pagar más caros a James Burbank, pero finalmente la puja fue adjudicada a éste, porque Burbank hizo cuestión de amor propio lo que al principio fue sólo impulso de compasión.

No solamente Mars y Zermah no serían separados uno de otro, sino que iban a estar al servicio del más generoso de los colonos de toda Florida. ¡Qué bálsamo tan dulce fue éste para su dolor! ¡Con qué tranquilidad podían mirar ya el porvenir!

Zermah, seis años después, estaba todavía en toda la plenitud de su belleza mestiza. Naturalmente enérgica, corazón agradecido y consagrado a sus benéficos dueños, había ya tenido más de una vez ocasión, y habría de tenerla todavía, de probarles su afecto y su sacrificio.

Mars era digno de la mujer a la cual el acto de caridad de James Burbank le había unido para siempre. Era un tipo notable de estos africanos con cuya sangre se ha mezclado abundantemente la sangre criolla. Alto, robusto, de un valor a toda prueba, estaba destinado a prestar verdaderos servicios a su nuevo y querido señor, al joven Gilbert.

Por otra parte, estos dos esclavos que acababan de ser unidos al personal de la plantación, no fueron tratados como tales. Habían sido pronto apreciados por su bondad y por su inteligencia; Mars fue dedicado especialmente al servicio del joven Gilbert. Zermah fue la nodriza de Diana. Esta situación no podía menos de introducirlos más profundamente en la intimidad de la familia.

Zermah sintió a su vez por la niña un amor de verdadera madre; aquel amor que la infeliz no había podido consagrar al niño que había perdido. Dy se lo pagaba bien. Desde hacía seis años, la afección filial de la una había siempre respondido a los cuidados maternos de la otra, por cuya causa la señora Burbank experimentaba por Zermah tanta amistad como reconocimiento.

Los mismos sentimientos existían entre Gilbert y Mars. Ágil y vigoroso, Mars había contribuido mucho a hacer a su joven señor hábil en todos los ejercicios del cuerpo. James Burbank no tuvo nunca motivo para arrepentirse de la determinación que tomó al ponerle al servicio de su hijo.

Así, pues, nunca la situación de Zermah y de Mars había sido tan lisonjera; al salir de las manos de un Tickbom y después de haber corrido el peligro de caer en las de un Texar, no podían olvidar lo que debían a Burbank y ocasiones

tuvieron para demostrarle que no eran unos ingratos.

capítulo V

LA BAHÍA NEGRA

Al día siguiente, a las primeras luces del alba, un hombre se paseaba por la orilla de uno de los islotes perdidos en el fondo de la sombría guarida de la Bahía Negra. Era Texar. A algunos pasos de él, un indio, sentado en el esquife que había abordado la víspera al *Shannon*, acababa de colocarse cerca de la ribera. El indio era Squambo.

Después de algunas idas y venidas, Texar se paró delante de un arbusto lleno de magnolias, atrajo hasta sí una de las ramas bajas, y arrancó una hoja con su tallo. Después sacó de su cartera una pequeña hoja de papel que no contenía más que tres o cuatro palabras escritas con tinta. Luego de haber enrollado bien el papel lo introdujo en la nervadura inferior de la hoja. Esto fue hecho lo bastante hábilmente para que la hoja del arbusto no perdiera absolutamente nada de su aspecto natural.

- ¿Squambo? -dijo entonces Texar.

- Señor... -respondió el indio.

- Ve a donde tú sabes.

Squambo tomó la hoja y la colocó en la proa del esquife, se sentó en la popa, maniobró con viveza, rodeó la punta extrema del islote, y se hundió a través de un paso tortuoso, confusamente disimulado bajo la sombría bóveda de los árboles.

Esta laguna estaba surcada por un laberinto de canales, como un tejido de estrechos brazos llenos de agua negruzca, comparables a los que se entrecruzan en ciertos puntos de Europa. Nadie, a menos de conocer perfectamente los pasos de este profundo depósito en donde se perdían las derivaciones del San Juan, nadie, repetimos, hubiera sido capaz de aventurarse a entrar por allí.

Sin embargo, Squambo no dudaba. Allí por donde no se hubiera creído posible encontrar una salida, él empujaba atrevidamente su esquife. Las ramas bajas que separaba a su paso, se cerraban detrás de él. ¿Quién hubiera podido decir que por allí acababa de pasar una embarcación, si no se veía ningún sitio

hábil para efectuarlo?

El indio se hundió de esta manera a lo largo de una especie de tubos sinuosos, menos anchos algunas veces que esas regueras o sangrías hechas a los ríos para asegurar el verdor y el frescor de las praderas. Todo un mundo de pájaros acuáticos huían volando a su aproximación. Escurridizas anguilas de cabeza sospechosa, se entremetían bajo las raíces que sobresalían de las aguas. Squambo no se inquietaba a la vista de estos venenosos reptiles, ni tampoco a la de los caimanes dormidos, que podía despertar tropezándolos bajo las capas de limo en que yacían. Adelantaba siempre, y cuando le faltaba espacio para moverse, empujaba, apoyándose en la extremidad de un doble remo, sirviéndose de él como de un garfio.

Bajo la bóveda impenetrable de verdura que formaban los árboles, no se adivinaba si las nieblas de la noche iban desapareciendo ante los rayos del sol, o si el día estaba adelantando en su carrera. Aun en lo más brillante del día no hubiera podido penetrar allí ni un rayo de luz. Por otra parte, este fondo pantanoso no necesitaba más que una semioscuridad, tanto para los seres chirriantes que pululaban en su líquido negruzco, como para las mil y mil plantas acuáticas que sobrenadaban en la superficie.

Durante media hora Squambo anduvo así de un islote a otro, y cuando se paró, era que su esquife acababa de tocar uno de los sitios más extremos de la bahía.

En este sitio, en el cual terminaba la parte pantanosa de esta extraña laguna, los árboles, menos espesos y menos frondosos, dejaban pasar a través de sus ramas la luz del día. Al lado opuesto se extendía una vasta pradera rodeada de bosques, y un poco más elevada que el nivel del San Juan. En aquella pradera, apenas si se elevaban cinco o seis árboles aislados. El pie, al apoyarse sobre aquel suelo fangoso, experimentaba la sensación que hubiese sentido si se apoyara sobre un colchón de muelles. Algunas matas de sasafrás, de amarillentas hojas, mezcladas con una pequeña flor violeta, trazaban sobre aquel suelo árido caprichosos zigzags.

Squambo, después de haber amarrado su esquife a uno de los árboles de la orilla, saltó a tierra.

Los vapores de la noche comenzaban a disiparse, y la pradera, absolutamente desierta, parecía salir poco a poco de entre la bruma. Entre los cinco o seis árboles cuya silueta se destacaba confusamente a alguna distancia, descollaba un magnolio de altura mediana.

El indio se dirigió derechamente hacia este árbol. En algunos minutos llegó hasta él. Inclino una de las ramas bajas, a la extremidad de la cual fijó la hoja que Texar le había entregado. Después, la rama, una vez abandonada a sí misma,

se elevó, y la hoja fue a perderse entre el follaje del magnolio.

Squambo volvió entonces hada su esquiife, y entrando en él, tomó de nuevo la dirección del islote en que le esperaba su amo.

Esta «Bahía Negra», llamada así por el sombrío color de sus aguas, podía cubrir una extensión de quinientos a seiscientos acres aproximadamente.

Alimentada por el San Juan, era, como ya se ha visto, una especie de archipiélago absolutamente impenetrable para el que no conociese sus infinitas vueltas y revueltas. Un centenar de islotes ocupaban su superficie. Ni puente ni arrecife alguno los unía entre sí. Largos cordones de bejucos se tendían de unos a otros. Algunas ramas altas se entrelazaban por encima de los millares de brazos que los separaban. Nada más. Esto no era bastante para establecer una comunicación fácil entre los diversos puntos de esta laguna.

Uno de los islotes, situado poco más o menos hacia el centro del sistema, era el más importante en su extensión (una veintena de acres) y por su elevación, que era de cinco o seis pies por encima del nivel medio del San Juan, entre las más altas y más bajas mareas.

En época lejana, este islote, por sus condiciones especiales, había servido de emplazamiento a un fortín, especie de reducto; al presente estaba abandonado, al menos bajo el punto de vista militar. Sus empalizadas, ya medio destruidas por la humedad y la podredumbre, se levantaban todavía bajo los grandes' árboles, magnolios, cipreses, encinas verdes, rajales negros, pinos australes, enlazados por grandes guirnaldas de cobeas y otra infinidad de especies de bejucos y otras trepadoras.

En el interior de este recinto, la vista descubría, bajo un macizo de verdura, las líneas geométricas del pequeño fortín, o mejor dicho, de este puesto de observación, que no había servido jamás para otra cosa que la de alojar un destacamento de veinte o treinta hombres.

Estrechas troneras se veían aún a través de sus muros de madera. Techos formados por el césped le cubrían, como un verdadero caparazón de tierra. En el interior, algunos departamentos habitables en medio del reducto central hacían las veces de almacén, destinado a las provisiones de boca y guerra. Para penetrar en el fortín era preciso primero franquear el recinto por una estrecha poterna, después atravesar el patio plantado de algunos árboles; subir, en fin, una docena de escalones de tierra y maderos. Se encontraba entonces la única puerta que daba acceso al interior, y aun ésta, en verdad, no era sino una antigua tronera modificada para hacerla servir de puerta.

Tal era el retiro habitual de Texar, retiro o guarida que nadie conocía. Allí vivía oculto a todas las miradas, con Squambo, fiel en extremo a la persona de su amo, pero que no valía mucho más que él, y cinco o seis esclavos que no valían

mucho más que el indio, y cuidaban del islote.

Como se ve, había gran diferencia de este islote perdido en los pantanos de la «Bahía Negra», a los ricos establecimientos creados sobre las dos riberas del río. La existencia misma no estaba allí asegurada para Texar y sus compañeros, poco exigentes, sin embargo. Algunos animales domésticos, una media docena de acres plantados de patatas y batatas; una veintena de árboles frutales casi en estado salvaje; esto era todo. Es verdad que había caza en los bosques vecinos y pesca en los estanques de la laguna, cuyos productos no podían faltar en ninguna ocasión. Pero sin duda los huéspedes de la «Bahía Negra» poseían otros recursos, de los cuales solamente Texar y Squambo tenían el secreto.

En cuanto a la seguridad de la vivienda, ¿no estaba prevista por su situación misma, casi desconocida en el centro de aquel inaccesible antro? Por otra parte, ¿quién había de pensar en atacarle? ¿Por qué y para qué? En todo caso, cualquiera aproximación sospechosa hubiera sido inmediatamente señalada por los aullidos de los perros del islote, dos de aquellos mastines feroces importados de las Caribes, y que fueron en otro tiempo empleados por los españoles en la caza de los negros.

Tal era la vivienda de Texar; una vivienda verdaderamente digna de él.

Veamos ahora lo que era el hombre.

Texar tenía entonces treinta y cinco años. Era de estatura mediana, de una constitución vigorosa, robustecida en una vida de aventuras y de aire libre como había sido siempre la suya. Español de nacimiento, no desmentía su origen; su cabellera era negra y fuerte, sus cejas y pestañas espesas, sus ojos verdosos, su boca ancha, con labios delgados y contraídos, como si hubiese sido hecha de un sablazo; su nariz con las ventanas anchas como de fiera. Toda su fisonomía indicaba al hombre astuto y violento. Anteriormente usaba toda la barba, pero desde hacía dos años, que se la quemaron con el fogonazo de un tiro, no se sabe en qué negocio, se había afeitado, y la dureza de sus rasgos resultaba así más patente.

Una docena de años antes, este aventurero había ido a fijarse en Florida, en aquel reducto abandonado, del cual nadie pensó en disputarle la posesión. ¿De dónde venía? Se ignoraba por completo, y él no decía a nadie una palabra. ¿Cuál había sido su existencia anterior? Tampoco se sabía mucho más. Se decía, y ésta era la verdad, que había hecho el oficio de negrero, y vendido cargamentos de negros en los puertos de Georgia y de las Carolinas. ¿Se había enriquecido en este odioso tráfico? No lo parecía mucho. En suma, no gozaba de ninguna estima, ni aun en aquel país, donde no faltaban, sin embargo, gentes de esa especie.

Pero si Texar era muy conocido, aunque no fuese en beneficio suyo, esto no

le impedía ejercer cierta influencia en el condado, y particularmente en Jacksonville. Allí, es verdad, esta influencia la ejercía sobre la parte menos recomendable de la población. Iba allá con frecuencia para ciertos asuntos, de los cuales no hablaba jamás. Había buscado cierto número de amigos entre los más perdidos y detestables individuos de la ciudad. Esto se ha visto bien cuando volvía de San Agustín en compañía de una media docena tie amigos, individuos todos de trazas y aire sospechosos. Su influencia se extendía también hasta los pequeños colonos de San Juan. Los visitaba algunas veces, y aunque nadie le devolvía las visitas, porque su retiro de la «Bahía Negra» era ignorado de todos, se le recibía en varias plantaciones de ambas orillas.

La caza era un pretexto natural para esas relaciones, que se establecen siempre fácilmente entre personas de las mismas costumbres y los mismos gustos.

Por otra parte, esta influencia se había aumentado desde hacía algunos años, gracias a las opiniones de las cuales Texar había querido hacerse decidido y ardiente partidario y defensor. Apenas la cuestión de la esclavitud había producido la división entre las dos mitades de los Estados Unidos, el español se manifestó el más tenaz y resuelto de los esclavistas. Oyéndole a él, ningún interés podía guiarle, puesto que no poseía más que una media docena de negros. Era el principio mismo lo que pretendía defender. ¿Por qué medios? Haciendo un llamamiento a las más detestables pasiones, excitando la avaricia del populacho y arrojándoles al pillaje, al incendio y aun al asesinato contra los habitantes o colonos que compartían las ideas del Norte. Y ahora, en esta ocasión, este peligroso aventurero no tendía nada menos que a derribar las autoridades civiles de Jacksonville, a remplazar los magistrados de opiniones sensatas, estimados por su carácter, con los más furiosos de sus partidarios; a apoderarse él mismo del mando para dar rienda suelta a sus malas pasiones.

Constituido en dueño del condado, gracias a una revuelta popular, entonces tendría el campo libre para ejercer sus venganzas personales.

Se comprende que desde entonces James Burbank y algunos otros propietarios de plantaciones no hubiesen descuidado vigilar los pasos de semejante hombre, ya muy temible por sus malos instintos. De aquí procedía este odio por un lado, y esta desconfianza por otro, que los próximos acontecimientos habían de aumentar.

Por otra parte, en lo que se creía saber del pasado de Texar, desde que había dejado de hacer la trata, había hechos extremadamente sospechosos. Cuando la última invasión de los seminólas, todo parecía probar que él tenía inteligencias secretas con ellos. ¿Les había indicado acaso los golpes que era preciso dar a las plantaciones que habían de atacar? ¿Les había ayudado en sus espionajes y

emboscadas? Esto no pudo ser puesto en duda en algunas ocasiones. Así fue que a continuación de una de las últimas invasiones de los indios, los magistrados se vieron en la necesidad de perseguir al español, detenerle y conducirlo ante los tribunales.

Pero Texar invocó una coartada, sistema de defensa que más tarde debía de darle buenos resultados, y probó que él no había podido tomar parte de ninguna manera en el ataque de una plantación situada en el condado de Duval, puesto que en aquel momento se encontraba en Savannah (Estado de Georgia), a unas cuarenta millas hacia el Norte.

Durante los años siguientes, varios robos importantes se cometieron ya en las plantaciones, ya en perjuicio de los viajeros, que se vieron atacados en medio de los caminos de Florida. Texar, ¿era autor o cómplice de estos crímenes? Esta vez también se sospechó de él, pero, faltos de pruebas, tampoco se le pudo castigar.

En fin, llegó una ocasión en que se creyó haber cogido in fraganti al malhechor, hasta entonces inaccesible. Era precisamente el asunto por el cual había sido llevado la víspera ante el juez de San Agustín.

Ocho días antes, James Burbank, Edward Carrol y Walter Stannard volvían de visitar una plantación próxima a Camdless-Bay, cuando a eso de las siete de la tarde, a la caída de la noche, llegaron hasta ellos gritos de espanto y de terror.

Se apresuraron a correr hacia el lado de donde partían los gritos, y se encontraron ante las construcciones de un cortijo aislado. Estas construcciones estaban ardiendo. El cortijo había sido primeramente saqueado por media docena de hombres que acababan de dispersarse; pero los autores del crimen no debían estar lejos, pues se veían todavía dos de dichos bribones que huían apresuradamente a través del bosque.

James Burbank y sus amigos, sin titubear, se lanzaron en su persecución, y precisamente en la dirección de Camdless-Bay. Todo fue en vano; los dos incendiarios lograron escapar. Sin embargo, Burbank, Carrol y Stannard habían reconocido perfectamente a uno de ellos. Era el habitante de la «Bahía Negra».

Además, había otro dato más innegable, y era que en el momento en que el fugitivo desaparecía dando la vuelta a una esquina de la cerca de Camdless-Bay, Zermah, que pasaba por aquel sitio estuvo expuesta a ser derribada por él; y para Zermah era también indudable que el individuo que corría de tal manera era Texar.

Como es fácil de imaginar, este asunto hizo mucho ruido en el condado. Un robo, seguido de incendio, es el crimen que debe ser más temido de todos los colonos, aislados como se hallan generalmente en medio de una vasta extensión de territorio. James Burbank no dudó, pues, en establecer una acusación formal,

y ante su acusación, las autoridades resolvieron proceder contra Texar.

El español fue conducido a San Agustín ante el tribunal, a fin de ser confrontado con los testigos;

James Burbank, Walter Stannard, Edward Carrol, y últimamente Zermah, estuvieron unánimes en declarar que habían reconocido a Texar en el individuo que huía del cortijo incendiado. Para ellos no había error posible: Texar era uno de los autores del crimen y así lo declararon.

Pero, por su parte, el español había hecho comparecer cierto número de testigos en San Agustín, y éstos dijeron bajo juramento que aquella tarde se encontraban en Jacksonville, en la tienda de Torillo, especie de posada mal reputada, pero muy concurrida. Texar no les había dejado en toda la noche. Además, detalle más afirmativo todavía, a la hora en que se cometía el crimen, el español había tenido precisamente una disputa con uno de los bebedores de la taberna de Torillo, disputa que había dado lugar a golpes y amenazas, por lo cual, sin duda, se depositaría una queja contra él.

Ante una afirmación que no se podía desmentir, afirmación que por otra parte fue corroborada por personas absolutamente extrañas a Texar, el magistrado de San Agustín no tuvo más remedio que sobreseer el proceso comenzado y dejar libre al perseguido por aquel hecho.

La coartada había sido plena y hábilmente establecida una vez más a favor del extraño huésped de la «Bahía Negra».

En estas condiciones, y en compañía de sus testigos, volvía Texar de San Agustín en la noche del 7 de febrero. Se ha visto cuál había sido su actitud a bordo del *Shannon*, mientras que el *steamer* descendía lentamente a lo largo del río.

Después, en el esquife que había venido a buscarle, conducido por el indio Squambo, se dirigió al fortín abandonado, donde hubiera sido difícil y peligroso seguirle. En cuanto a Squambo, seminóla inteligente, astuto, que había llegado a ser el confidente de Texar, éste le había tomado a su servicio precisamente después de la última invasión de indios, en la cual fue mezclado el nombre del español con sobrada justicia.

Texar, en la disposición de espíritu en que se encontraba con relación a James Burbank, no debía pensar más que en el modo de vengarse de él por todos los medios posibles. Por consiguiente, en medio de las conjeturas que pudiese acarrear cotidianamente la guerra, si Texar llegaba a conseguir el cambiar en provecho suyo las autoridades de Jacksonville, llegaría a ser verdaderamente temible para los habitantes de Camdless-Bay. Que el carácter enérgico y resuelto de James Burbank no le permitiese temblar, sea; pero la señora Burbank no tenía sino razones de sobra para temer por su marido y por todos los suyos.

Y aun esta honrada familia hubiera ciertamente vivido entre angustias incesantes si hubiese podido adivinar lo siguiente: que Texar sospechaba que Gilbert Burbank había ido a formar parte del ejército del Norte. ¿Cómo lo había sabido, siendo así que esta partida se había verificado secretamente? Por el espionaje, sin duda. Ya se verá más de una vez que el espía se apresuraba a servirle.

Y, en efecto, puesto que Texar tenía conocimiento de que el hijo de James Burbank servía en las filas de los federales y aun a las órdenes de Dupont, ¿no había motivo para temer que tratase de tender algún lazo al joven teniente? Sí y si lograba atraerle al territorio floridiano y apoderarse de su persona, o denunciarle, puede adivinarse cuál sería la suerte de Gilbert entre las manos de los sudistas exasperados por los progresos del ejército del Norte.

Tal era, pues, el estado de las cosas en el momento en que comienza esta historia. Tales eran la situación de los federales, llegados casi a las fronteras marítimas de Florida; la posición de la familia Burbank en medio del condado de Duval; la de Texar, no solamente en Jacksonville, sino en toda la extensión del territorio esclavista. Si el español llegaba a lograr sus fines, si las autoridades eran derribadas por sus partidarios, le sería muy fácil lanzar sobre Camdless-Bay un populacho fanatizado contra los antiesclavistas de Florida.

Aproximadamente una hora después de haberse separado de Texar, Squambo estaba de vuelta en el islote central. Sacó su esqui a la orilla y franqueó el recinto exterior, y subió la escalera del reducto.

- ¿Está ya hecho? -le preguntó Texar.
- Ya está hecho, señor.
- Y... ¿nada?
- Nada.

capítulo VI

JACKSONVILLE

Sí, Zermah, sí; habéis sido creada y puesta en el mundo para ser esclava - repitió el capataz, rumiando, por decirlo así, su idea favorita-. Sí, habéis nacido esclava, y de ningún modo criatura libre.

- Pues no es ésa mi opinión -replicó Zermah con tono tranquilo, sin poner en su respuesta ninguna animosidad; de tal modo estaba acostumbrada a estas discusiones con el capataz de la plantación de Camdless-Bay.

- ¡Pero es posible, Zermah! Suceda lo que quiera, y sean cualesquiera vuestras ideas, acabaréis por reconocer la verdad de esta afirmación: que no hay ninguna igualdad que pueda, razonablemente, establecerse entre los blancos y los negros.

- Ya está establecida, señor Perry, y lo ha estado siempre por la naturaleza misma.

- Os engañáis, Zermah; y la prueba de ello es que los blancos son diez veces, veinte veces, ¿qué digo?, cien veces más numerosos que los negros sobre la superficie de la tierra.

- Precisamente por esto los han reducido a la esclavitud -respondió Zermah-. Tenían la fuerza y han abusado de ella; pero si los negros hubiesen sido mayoría en este mundo, serían los blancos los que hubieran sido reducidos a la esclavitud. O... acaso, no; pues los negros hubiesen ciertamente mostrado más justicia y sobre todo menos crueldad.

No hay que creer, sin embargo, que esta conversación, perfectamente ociosa, impedía a Zermah y al capataz vivir en buena armonía. En este momento, además, no tenían otra cosa que hacer sino hablar.

Solamente nos será permitido creer que hubieran Podido muy bien tratar un asunto más útil, y sin duda hubiese sido así, sin la manía del capataz, que le llevaba a discutir siempre la cuestión de la esclavitud.

Los dos estaban en aquel momento sentados en la popa de una de las embarcaciones de Camdless-Bay, conducida por cuatro marineros de la

plantación. Atravesaban oblicuamente el río aprovechando la marea descendente, y se dirigían a Jacksonville. El capataz tenía algunos asuntos que ventilar allí por cuenta de James Burbank, y Zermah iba a comprar diversas prendas de vestir para su pequeña y amada Dy.

Era el 10 de febrero, es decir, tres días después de aquel en que James Burbank había vuelto a Castle-House, y Texar a la «Bahía Negra», después del asunto de San Agustín.

No hay que decir que al día siguiente Stannard y su hija habían recibido una esquelita de Camdless-Bay, que les había dado a conocer sumariamente lo que decía la última carta de Gilbert. Estas noticias no llegaban nunca demasiado pronto para tranquilizar a Alicia, cuya vida pasaba en una continua inquietud desde el principio de esta encarnizada y terrible lucha entre el Sur y el Norte de los Estados Unidos.

La embarcación, impulsada por una vela latina, se deslizaba entonces rápidamente a lo largo del río. Antes de un cuarto de hora habrían llegado a Jacksonville. El capataz tenía, pues, muy poco tiempo ya para acabar de desenvolver su tesis favorita, y no lo desperdició.

- No, Zermah -replicó-, no; si los negros hubiesen sido el mayor número, en nada hubiera cambiado el estado de las cosas. Y digo más; cualquiera que sea el resultado de la guerra, se volverá siempre a la esclavitud, porque es preciso que haya esclavos para el servicio de las plantaciones.

- No es ésa la opinión de Mr. Burbank, bien lo sabéis -respondió Zermah.

- Ya lo sé; pero me atrevo a decir que Mr. Burbank se engaña, salvo el respeto que tengo hacia él. Un negro debe formar parte del dominio del mismo modo que los animales, y por los mismos títulos que los instrumentos de cultivo. Si un caballo pudiera marcharse cuando quisiera, si una carreta tuviese el derecho de ponerse en otras manos que las de su propietario cuando le conviniera, no habría explotación posible. Que Mr. Burbank dé libertad a sus esclavos, y verá y veremos todos a lo que queda reducido Camdless-Bay.

- Ya lo hubiese hecho -replicó Zermah- si las circunstancias le hubiesen permitido hacerlo, vos no lo ignoráis, señor Perry. ¿Y queréis saber lo que hubiera sucedido si la libertad de los esclavos hubiese sido proclamada en Camdless-Bay? Pues que ni un solo negro habría dejado la plantación, y nada hubiera cambiado en ella, sino el derecho de tratarlos como bestias de carga. Pero como vos no habéis usado nunca de ese derecho, después de la emancipación todo hubiera quedado lo mismo que estaba antes.

- ¿Creéis, por casualidad, que me habéis convertido a vuestras ideas, Zermah? -preguntó el capataz.

- De ninguna manera, señor Perry. Por otra parte, sería tarea bien inútil, por

una razón bien sencilla.

- ¿Cuál?

- Que, en el fondo, vos pensáis acerca de esto exactamente igual que Mr. Burbank, Mr. Carrol y Mr. Stannard, como todos los que tienen el corazón generoso el espíritu justo y la razón serena.

- ¡Jamás, Zermah, jamás! Y yo pretendo que todo cuanto digo acerca de esta cuestión, es en interés de los negros. Si se les entrega a su sola y libre voluntad, perecerán todos, y la raza se perderá por completo.

- No creo nada de eso, señor Perry, aunque digáis lo que queráis. En todo caso, más vale que la raza perezca, que no estar perpetuamente destinada a la degradación de la esclavitud.

El capataz hubiese querido responder todavía, aunque acaso estuviera exhausto el arsenal de sus argumentos; pero ya se llegaba al puerto. La vela acababa de ser arriada, y la embarcación fue a colocarse en fila de la estacada de madera. Allí debía esperar la vuelta de Zermah y del capataz, los cuales desembarcaron en seguida, para ir cada cual a sus negocios.

Jacksonville está situada sobre la ribera derecha del San Juan, en el límite de una vasta llanura bastante baja, rodeada de un horizonte de magníficos bosques, que le dan siempre un hermoso cuadro de verdura. Los campos de maíz y de caña de azúcar, y los arrozales, ocupan hacia el límite del río una parte de este territorio.

Hace diez años, Jacksonville no era otra cosa que una gran aldea con un arrabal, cuyas casas, construidas con mortero y cañas, no servían más que para alojamiento de la población negra. Pero en la época actual la aldea comenzaba a hacerse ciudad, tanto por sus casas más cómodas y elegantes, sus calles mejor trazadas y sostenidas, como por el número de sus habitantes, que se había duplicado en pocos años.

Por otra parte, al año siguiente, esta capital del condado de Duval había de ganar mucho todavía uniéndose por medio de un ferrocarril a Tallahasee, que es la capital de Florida.

Ya al desembarcar en el muelle del puerto, el capataz y Zermah habían podido notar que una animación grandísima reinaba en la ciudad. Algunos cientos de habitantes, los unos sudistas de origen americano, los otros mulatos y mestizos, de origen español, esperaban la llegada de un vapor, cuya humareda se divisaba ya en la parte inferior del río, más allá de una punta baja del San Juan. Algunos, con el deseo de entablar más rápida comunicación con el vapor, se habían arrojado a las lanchas del puerto, en tanto que otros habían tomado puestos en lo más alto de los mástiles de las embarcaciones que se hallaban en el puerto y que eran conocidas por frecuentar habitualmente las aguas de

Jacksonville.

En efecto, desde la víspera se habían recibido graves noticias del teatro de la guerra. Los proyectos de operaciones indicados en la carta de Gilbert Burbank eran en parte conocidos. No se ignoraba que la flotilla del comodoro Dupont debía levar anclas muy pronto, y que el general Sherman se proponía acompañarle con tropas de desembarco. ¿De qué lado se dirigiría esta expedición? No se sabía de una manera positiva, pero todo daba motivo para pensar que tenía por objeto el San Juan y el litoral floridiano. Después de Georgia, Florida estaba amenazada de una invasión del ejército federal.

Cuando el *steamer* que venía de Fernandina arribó a la estacada de Jacksonville, sus pasajeros no hicieron otra cosa que confirmar estas noticias. Añadieron, además, que probablemente sería a la rada de Saint-Andrews donde vendría a anclar el comodoro Dupont con su flotilla, esperando un momento favorable para forzar los pasos de la isla Amelia y acaso también la parte baja de la cuenca del San Juan.

Instantáneamente los grupos se esparcieron por la ciudad, seguidos de los agentes del orden público. Por todas partes se gritaba «¡Resistencia a los nordistas!» «¡Mueran los nordistas!» Tales eran las excitaciones feroces que los agitadores, a las órdenes de Texar, lanzaban sobre la población, ya muy sobresaltada.

Hubo demostraciones en la Plaza Mayor, delante de Court-House, la casa de justicia, y hasta delante de la iglesia episcopal. Las autoridades tendrían seguramente mucho trabajo y muchos disgustos que sufrir para calmar esta efervescencia, bien que los habitantes de Jacksonville fuesen los que estaban menos divididos acerca de las apreciaciones que se hacían sobre la cuestión de la esclavitud. Pero en estos tiempos de tumultos, los que más gritan y los que más se mueven dan siempre la ley, y los más moderados acaban inevitablemente por seguirles.

Naturalmente, en las tabernas y en las casas de bebidas era donde los alborotadores, bajo la influencia de los licores fuertes, gritaban con más violencia. Los políticos y estadistas de taberna y de café desenvolvieron allí sus planes, que, según su raciocinio, tenían por objeto urgente e infalible oponer una inmediata resistencia a la invasión nordista.

- ¡Es preciso dirigir las milicias sobre Fernandina! -decía uno.
- ¡Es preciso echar a pique los buques en los pasos del San Juan! - exclamaba otro.
- Mejor es construir fortificaciones de tierra alrededor de la ciudad y erizarlas de cañones.
- Es necesario pedir socorro por la vía del ferrocarril de Fernandina a Keys.

- Sí, pero ante todo es necesario apagar los fuegos del faro de San Pablo para impedir que la flotilla entre de noche en las bocas del San Juan.

- Y sembrar de torpedos el fondo del río. Esta máquina de guerra acababa de inventarse cuando la guerra separatista; pero ya se había oído hablar de ella, y sin saber siquiera de qué manera funcionaba, aseguraban que era conveniente hacer uso de ella.

- Ante todo -dijo uno de los más furiosos oradores de la tienda de Torillo- es preciso poner en prisión a todos los nordistas de la ciudad y a todos los sudistas que piensen como ellos, porque pueden estar en inteligencia con los enemigos del Norte.

Hubiera sido muy extraño que nadie se hubiera acordado de emitir esta proposición, *última ratio* de los sectarios de todos los países. Por consiguiente, apenas fue expresada, acogióse con atronadoras salvas de aplausos y burras. Felizmente para las gentes honradas de Jacksonville, los magistrados debían dudar algún tiempo todavía antes de acceder a las exigencias de este clamor popular.

Zermah, recorriendo las calles, había observado todo lo que pasaba, a fin de informar de ello a su señor, directamente amenazado por este movimiento. Si se llegaba a las medidas de violencia, estas medidas no se limitarían a la ciudad. Se extenderían más allá, hasta las plantaciones del condado, y ciertamente Camdless-Bay sería una de las primeras que experimentase el furor de las turbas.

Así, para procurarse informaciones más precisas, Zermah se dirigió a la casa que Stannard ocupaba más allá del arrabal.

Era una encantadora morada, poco importante, en verdad, pero agradablemente situada en una especie de oasis que el hacha de los taladores había reservado en este rincón de la llanura. Por los cuidados de Alicia, en el interior como en el exterior, la casa presentaba un aspecto irreprochable. Se reconocía ya una inteligente y aplicada mujer de su casa en esta joven a quien la muerte de su madre había llevado desde muy temprano a dirigir el personal de la casa de Walter Stannard.

Zermah fue recibida con gran amabilidad por la joven. Alicia habló, antes que de nada, de la carta de Gilbert, y Zermah pudo decirle los términos casi exactos en que estaba redactada.

- ¡Oh, sí! No está lejos ahora -dijo Alicia-. Pero, ¿en qué condiciones va a venir a Florida? ¿Y qué de peligros pueden todavía amenazarle hasta el fin de esta expedición!

- ¡Peligros, Alicia! -replicó Stannard-; tranquilízate. Gilbert ha afrontado ya tantos y tan grandes durante la travesía por las costas de Georgia y principalmente en el hecho de Port-Royal, que imagino que la resistencia de los

floridianos no será tan terrible ni de tan larga duración. ¿Qué pueden hacer estando delante el San Juan, que permite a los cañoneros subir hasta el corazón de los condados? Toda defensa me parece que será en extremo difícil, si no imposible.

- ¡Ojalá fuera verdad, padre mío! -respondió Alicia-; y haga el cielo que esta sangrienta guerra llegue pronto a su fin.

- Esta guerra no puede terminarse más que por el anonadamiento del Sur -respondió Stannard-. Pero esto será largo, sin duda; y temo mucho que Jefferson Davis, sus generales, los Lee, los Johnston, los Beauregard y otros resistan largo tiempo todavía en los Estados del Centro. No; las tropas federales no darán cuenta fácilmente de los confederados. En cuanto a Florida, no les será difícil apoderarse de ella. Desgraciadamente, no es su posesión la que ha de asegurarles la victoria definitiva.

- ¡Con tal de que Gilbert no cometa imprudencias! -dijo Alicia cruzando las manos-. Si no pudiera resistir al deseo de ver a su familia durante algunos días, puesto que está tan cerca de ella...

- De ella y de vos, Miss Alicia -respondió Zermah-; ¿pues no sois vos ya de la familia Burbank?

- Sí, Zermah, por el corazón.

- No, Alicia, no temas nada -respondió Stannard-, Gilbert es demasiado razonable para exponerse así, sobre todo cuando bastarán algunos días al comodoro Dupont para ocupar Florida. Sería una temeridad sin excusa aventurarse en este país, tan exaltado a favor de las ideas esclavistas, en tanto que las tropas federales no se crean por completo dueñas de él.

- Sobre todo ahora que los espíritus están más excitados y más prontos que nunca a la violencia -dijo Zermah.

- En efecto, desde esta mañana, la ciudad está en efervescencia -respondió Stannard-. He visto y he oído a los agitadores. Texar no les deja un momento; desde hace unos ocho o diez días les empuja, les excita, y estos malhechores acabarán por sublevar a todo el populacho, no solamente contra las magistrados de la ciudad, sino también contra aquellos habitantes que no participen de su manera de ver y de pensar.

- ¿No creéis, Mr. Stannard -dijo entonces Zermah-, que haríais bien en abandonar a Jacksonville, al menos durante algún tiempo? Sería prudente no volver aquí hasta después de la llegada de las tropas federales a Florida. Mr. Burbank me ha encargado que os lo repita, diciéndome que estaría muy honrado y contento en ver a Miss Alicia y a vos en Castle-House.

- Sí, ya lo sé -respondió Stannard-. No he olvidado el ofrecimiento de Burbank. Pero en realidad, ¿se está en Castle-House más seguro que en

Jacksonville? Si estos aventureros, vagabundos sin profesión, estos furiosos llegan a conseguir el ser aquí los dueños, ¿no se esparcirán también por la campiña? ¿Estarán las plantaciones al abrigo de sus ataques y de sus destrozos?

- Mr. Stannard -replicó Zermah, con viveza-;

en caso de peligro, me parece preferible estar reunidos.

- Zermah tiene razón, padre mío -añadió Alicia-. Vale más y es mucho mejor estar todos juntos.

- Sin duda ninguna, hija mía -respondió Stannard-; así es que no rehusó la proposición de Burbank. Pero no creo que el peligro esté tan próximo. Zermah prevendrá a nuestros amigos de que tengo aún necesidad de algunos días para poner en orden mis negocios, y que, transcurridos éstos, iremos a pedir hospitalidad a Castle-House.

- Así, cuando Mr. Gilbert llegue a casa, encontrará allí reunidas todas las personas que desea -dijo la esclava.

Zermah se despidió de Walter Stannard y de su hija. Después, atravesando por medio de los sitios en que más ardiente se manifestaba la agitación popular, que no dejaba de crecer, llegó hasta el barrio del puerto y a los muelles, donde ya la esperaba el capataz. Los dos se embarcaron para atravesar el río. Después Perry volvió a emprender su conversación habitual en el punto preciso en que la había dejado al desembarcar.

Al decir que el peligro no era inminente, acaso se engañaba Walter Stannard. En efecto, los sucesos iban a precipitarse, y en Jacksonville debían sentirse muy pronto las consecuencias de ellos.

Sin embargo, el Gobierno federal procedía siempre con gran circunspección, con el objeto de lesionar lo menos posible los intereses del Sur. No quería proceder sino por medidas ordenadas y sucesivas. Así es que, dos años después del comienzo de las hostilidades, el presidente Abraham Lincoln no había decretado la abolición de la esclavitud en todo el territorio de los Estados Unidos. Más de dos meses debían transcurrir todavía antes de que un mensaje del presidente propusiera resolver la cuestión por el rescate y la emancipación gradual de los negros, antes de que la abolición fuese proclamada, antes de que fuese votada la concesión de un crédito de cinco millones de francos, con la autorización de conceder, a título de indemnización, mil quinientos francos por cada esclavo emancipado. Si algunos generales del Norte se habían creído autorizados para abolir la servidumbre en los territorios invadidos por sus ejércitos, habían sido desautorizados hasta entonces. Es que la opinión en esta época no era unánime acerca de este punto, y aun se citaban ciertos jefes militares de los unionistas que no encontraban ni lógica ni oportunidad en esta medida.

Entretanto, los hechos de armas continuaban repitiéndose, y muy particularmente en perjuicio de los confederados. El general Price, el día 12 de febrero de aquel año, se había visto obligado a evacuar Arkansas con todo el contingente de las milicias misurianas. Se ha visto que el fuerte Henry había sido tomado y ocupado por los federales. Ahora éstos atacaban el fuerte Donelson, defendido por una artillería poderosa y cubierto por cuatro kilómetros de obras exteriores, que comprendían la pequeña ciudad de Dover. Sin embargo, a pesar del frío y de la nieve, doblemente amenazado por la parte de tierra por los 15.000 hombres del general Grant, y por la parte del río por las cañoneras del comodoro Foot, el fuerte caía el 14 de febrero, en poder de los federales, con toda una división sudista, así los hombres como el material de guerra.

Este era un espantoso fracaso para los confederados. El efecto producido por esta derrota fue inmenso. Como consecuencia inmediata iba a traer la retirada del general Johnston, que se vio obligado inevitablemente a abandonar la importante ciudad de Nashville, sobre el río Cumberland. Los habitantes, aterrorizados, presa de horrible pánico, la abandonaron detrás de él, y algunos días más tarde corría la misma suerte la ciudad de Columbus. Todo el estado de Kentucky había sido ya sometido, como consecuencia de esta victoria, a la dominación del Gobierno federal.

Fácilmente puede imaginarse con qué sentimientos de cólera y con qué ideas de venganza serían acogidos estos acontecimientos en Florida. Las autoridades eran impotentes para calmar el movimiento, que se propagó de ciudad en ciudad, hasta las chozas más lejanas de los condados. El peligro aumentaba, puede decirse, de hora en hora, para cualquiera que no compartiese las opiniones de los del Sur y no se asociase a sus proyectos de resistencia contra los ejércitos federales. En Tallahassee, en San Agustín y en otras ciudades de Florida hubo varios tumultos cuya represión no dejó de ser difícil. Pero donde principalmente el populacho amenazó y estuvo a punto de cometer actos de la más incalificable barbarie fue en Jacksonville.

En tales circunstancias ya se comprende que la situación de Camdless-Bay era de día en día más inquietante. Sin embargo, con su personal, que le era muy afecto. James Burbank acaso pudiera resistir, al menos, los primeros ataques y acometidas que se dirigiesen contra la plantación, no obstante ser muy *difícil* en esta época procurarse municiones y armas en cantidad suficiente. Pero en Jacksonville, Walter Stannard, directamente amenazado, tenía motivos para temer por la seguridad de su vivienda, por su hija, por él mismo, por todos los suyos.

James Burbank, conociendo los peligros de esta situación, le escribía carta sobre carta. Le envió, además, varios mensajeros para rogarle que fuera sin

tardanza a reunirse con él en Castle-House. Allí estaría relativamente en seguridad; y si era preciso buscar otro retiro, si era necesario ocultarse en lo más interior del país hasta el momento en que los federales hubiesen asegurado la tranquilidad moral y material con su presencia, les sería más fácil hacerlo.

Así solicitado, Walter Stannard resolvió abandonar momentáneamente a Jacksonville y refugiarse en Camdless-Bay. Partió, pues, en la mañana del día 23 tan secretamente como le fue posible y sin haber dejado traslucir nada acerca de sus proyectos.

Una embarcación les esperaba en el fondo de una pequeña bahía del San Juan, más arriba del puerto. Alicia y él se embarcaron en ella, atravesaron rápidamente el río y llegaron al pequeño puerto, donde les aguardaba la familia Burbank.

Es fácil imaginar la grata acogida que les fue dispensada. ¿No era ya Alicia una hija para la señora Burbank? Todos se encontraban ya reunidos. Los malos días, las actuales zozobras, se pasarían en compañía unos de otros con más seguridad, y, sobre todo, con menos angustias.

En suma, no se dispuso más que del tiempo preciso para abandonar a Jacksonville. Al día siguiente la casa de Stannard fue atacada por una banda de malhechores, que amparaban sus violencias bajo la bandera de un pretendido y falso patriotismo local.

Costó gran trabajo a las autoridades impedir el pillaje, así como preservar de iguales ataques las casas de otros honrados conciudadanos, opuestos a las ideas separatistas. Pero, evidentemente, se veía claro que se aproximaba la hora en que estas autoridades serían depuestas y remplazadas por los jefes del tumulto. Estos, lejos de reprimir las violencias, serían los primeros en provocarlas.

Y, en efecto, tal como Stannard había dicho a Zermah, Texar se había decidido desde hacía algunos días a dejar su misteriosa y desconocida vivienda para ir a Jacksonville. Allí había encontrado a sus compañeros habituales, reclutados entre los más detestables sectarios de la población floridiana, venidos de las diversas plantaciones de las dos orillas del río.

Estos envilecidos sicarios pretendían imponer su voluntad, así en las ciudades como en las campiñas, y estaban en correspondencia con la mayor parte de sus adeptos y semejantes de los diversos condados de Florida. Poniendo siempre como bandera la cuestión de la esclavitud y declarándose partidarios de su existencia, no necesitaban más para ganar terreno. Algunos días más y tanto en Jacksonville como en San Agustín, adonde afluían ya todos los nómadas y aventureros y todos los explotadores de bosques, tan numerosos en el país; algunos días más tarde, repetimos, y ellos serían los dueños, ellos dispondrían de

la autoridad y concentrarían en sus manos todos los poderes civiles y militares. Las milicias y las tropas regulares no tardarían en hacer causa común con estos desalmados, lo que sucede fatalmente en estas épocas de turbación en que la violencia y las malas pasiones se sobreponen a los buenos deseos de las personas honradas.

James Burbank no ignoraba nada de lo que pasaba en el exterior. Varios de sus criados, en los cuales tenía confianza, le pusieron al corriente de todos los movimientos que se preparaban en Jacksonville. Sabía que Texar había reaparecido por allí, que su detestable influencia se extendía sobre el pueblo bajo, como él, de origen español.

Un hombre semejante al frente de la ciudad era una amenaza directa contra Camdless-Bay.

Así, pues, James Burbank se preparaba a todo evento, ya fuese para una resistencia, si era posible hacerla, ya para una retirada si se veía obligado a abandonar Castle-House al incendio y al pillaje.

Ante todo, atender a la seguridad de su familia y la de su amigo era su primera, su constante preocupación.

Durante estos días Zermah mostró un afecto y una buena voluntad sin límites. A todas horas se la veía vigilando los alrededores de la plantación, principalmente del lado del río. Algunos esclavos, escogidos por ella entre los más inteligentes y los más fieles, permanecían día y noche en los puestos que se les habían señalado. Toda tentativa contra la plantación hubiese sido indicada en el acto. La familia Burbank no podía ser sorprendida de improviso sin tener el tiempo suficiente para refugiarse en Castle-House.

Pero no era por un ataque directo y a mano armada por lo que James Burbank debía ser molestado más o menos pronto. En tanto que la autoridad no estuviera en manos de Texar y de los suyos, se debía guardar algo las formas. Así fue que, bajo la presión de la opinión pública, los magistrados se vieron obligados a tomar una medida que iba a dar una especie de satisfacción a los partidarios de la esclavitud, encarnizados contra las gentes del Norte.

James Burbank era el más importante de los colonos de Florida; el más rico, además, entre todos ellos, y cuyas opiniones antiesclavistas eran demasiado conocidas. Contra él fue, por consiguiente, contra quien se dirigieron los primeros tiros, haciéndole pasar por el trance de explicar sus ideas personales de emancipación y de abolición de la esclavitud en medio de un territorio de esclavos, y ante gente que era manifiestamente hostil a ellas.

El día 26 por la noche, un comisionado expedido en Jacksonville llegó a Camdless-Bay y entregó un pliego cerrado a James Burbank.

El pliego contenía lo siguiente:

Se ordena a Mr. James Burbank que se presente en persona mañana, día 27 de febrero, a las once de la mañana en el Palacio de la Justicia ante las autoridades de Jacksonville,

Nada más.

capítulo VII

A PESAR DE TODO

Si este aviso no era realmente el rayo, era por lo menos el relámpago que le precedía.

James Burbank no se asustó, sin embargo. Mas, ¡qué inquietudes experimentó toda la familia! ¿Por qué y para qué era llamado a Jacksonville el propietario de Camdless-Bay?

Estaba claro que era una orden, no una invitación para que compareciese ante las autoridades. ¿Qué se le quería? Esta medida, ¿era acaso consecuencia de alguna proposición que tendiese a entablar proceso contra él, proceso que empezaría inmediatamente? ¿Era su libertad o su vida la que estaba amenazada con esta decisión? Si obedecía, si abandonaba Castle-House, ¿le dejarían volver? Si no obedecía, ¿se emplearía la fuerza para obligarle a ir? En este caso, ¿a qué peligros y a qué violencias iban a estar expuestos todos los suyos?

- No irás. James.

La que así se expresaba era la señora Burbank; y como se comprende, al hablar así lo hacía en nombre de todos.

- No, Mr. Burbank -añadió Alicia-. Vos no podéis pensar en separaros de nosotros.

- ¡Y para ir a ponerte a merced de semejantes gentes...! -añadió Edward Carrol.

James Burbank no contestó una palabra. Primeramente, ante esta orden brutal, su indignación se había exasperado; a duras penas podía contenerse.

Pero, ¿qué es lo que había de nuevo para hacer a los magistrados tan audaces?

¿Se habrían acaso enseñoreado ya de la población los compañeros y partidarios de Texar?

¿Habrían quizá derribado a las autoridades que conservaban todavía alguna moderación y contenían el poder en sus justos límites?

¡No...! El capataz Perry, que había llegado a mediodía de Jacksonville, no

había traído noticia alguna sobre esto.

- ¿Será, acaso -dijo Stannard-, algún hecho de armas ventajoso para los sudistas el que mueve a los floridianos a ejercer violencias contra nosotros?

- Mucho me temo que así sea -respondió Edward Carrol-. Si el Norte ha experimentado algún revés, estos malhechores no se creerán ya amenazados por la aproximación del comodoro Dupont, y son capaces de entregarse a todos los excesos.

- Se decía que en el Estado de Tejas -replicó Stannard- las tropas federales se habían visto obligadas a retirarse ante las milicias de Sibley y repasar el Río Grande, después de haber sufrido una derrota de bastante consideración en Valverde. Estas son, al menos, las noticias que me ha comunicado un hombre que he encontrado en Jacksonville hace poco más de una hora.

- Evidentemente -añadió Edward Carrol-, esto es lo que ha vuelto a estos bribones tan atrevidos e insolentes.

- Pero el ejército de Sherman y la flotilla de Dupont llegarán pronto - exclamó la señora Burbank.

- Estamos a veinticinco de febrero -respondió Alicia-, y según la carta de Gilbert, los buques federales no deben hacerse al mar hasta el día veintiocho.

- Y después es preciso tiempo para bajar hasta las bocas del San Juan - añadió Stannard-; tiempo para forzar los pasos, franquear la barra y llevar a cabo un desembarco en Jacksonville. Es decir, diez días todavía por lo menos.

- ¡Diez días...! -murmuró Alicia.

- ¡Diez días...! -añadió la señora Burbank-. Y de aquí a entonces, ¡cuántas desgracias pueden acontecer!

James Burbank no se había mezclado en esta conversación. Reflexionaba acerca de la comunicación recibida, y se preguntaba qué partido tomar en circunstancias tan difíciles y complejas. Rehusar la obediencia, ¿no era exponerse a ver cómo todo el populacho de Jacksonville, con la aprobación expresa o tácita de las autoridades, se precipitaría sobre Camdless-Bay? ¡Cuántos peligros correría entonces su familia! No, decía, más vale no exponer más que mi persona. Aunque su libertad y su vida estuvieran en peligro, debía arrostrarlo él solo.

La señora Burbank miraba a su marido con la más viva inquietud. Comprendía perfectamente que un rudo combate se estaba librando en el corazón de su marido. Sin embargo, no se atrevía a interrogarle. Ni Alicia, ni su padre, ni Edward Carrol se atrevían tampoco a preguntarle qué respuesta se proponía dar a la orden recibida de Jacksonville.

La pequeña Dy fue la que, inconscientemente sin duda, se hizo el intérprete de toda la familia. Se había puesto al lado de su padre, y éste la colocó en sus

rodillas.

- Padre -dijo la niña.

- ¿Qué quieres, hija mía?

- ¿Vas a ir a casa de esos hombres malos que quieren causarnos tanta pena?

- ¡Sí...!, iré.

- ¡No vayas, padre! -gritó Dy.

- ¡James! -gritó la señora Burbank.

- ¡Es preciso; es mi deber...!, iré.

James Burbank había hablado tan resueltamente, que hubiera sido inútil tratar de combatir su designio, del cual él había indudablemente calculado todas sus consecuencias. Su mujer, que había ido a colocarse a su lado, le besaba y le estrechaba, llorando, entre sus brazos; pero no le decía una sola palabra. Y por otra parte, ¿qué hubiera podido decirle?

- Amigos míos -dijo James Burbank-; es posible, después de todo, que exageremos el alcance de este acto arbitrario. ¿Qué es lo que se me puede reprochar? ¿De qué han de acusarme? De nada; esto es bien sabido. ¿Recriminarme por mis opiniones? ¡Sea! Mis opiniones me pertenecen. Jamás las he ocultado a mis adversarios, y lo que he pensado y sentido durante toda mi vida, no dudaría, si fuera preciso, en repetírselo cara a cara.

- Nosotros te acompañaremos. James -dijo Edward Carrol.

- Sí -añadió Stannard-; no os dejaremos ir solo a Jacksonville.

- No, amigos míos -respondió James Burbank-. A mí solo es a quien se obliga a ir ante los magistrados del Tribunal de Justicia; pues yo solo iré. Pudiera suceder muy bien que fuera detenido por algunos días. Es preciso, por tanto, que los dos permanezcáis en Camdless-Bay, pues a vosotros es a quien quiero confiar mi familia durante mi ausencia.

- ¿Es decir, que vas a dejarnos, padre? -exclamó desolada la pequeña Dy.

- Sí, hijita mía- respondió Burbank con tono de fingida alegría-. Pero si pasado mañana no he venido a almorzar contigo, puedes estar segura de que vendré a comer, y pasaremos juntos toda la noche. ¡Ah!, escucha. Por poco tiempo que permanezca en Jacksonville, estaré siempre lo bastante para comprarte alguna cosa. ¿Qué es lo que más te agradaría? ¿Qué quieres que te traiga?

- A ti, padre, a ti mismo -respondió la niña. Y después de estas palabras, que expresaban perfectamente el deseo que a todos animaba, la familia se separó, no sin antes que James Burbank tomara todas las medidas de seguridad que requerían las circunstancias.

La noche se pasó sin que ocurriera nada de particular. Al día siguiente. James Burbank, que se había levantado con la aurora, emprendió su camino por

la avenida que conducía al pequeño puerto de Camdless-Bay. Llegado allí, dio las órdenes necesarias para que a las ocho estuviera preparada una embarcación a fin de dirigirse al otro lado del río.

Cuando volvía hacia Castle-House, de regreso de su excursión matinal, Zermah le salió al encuentro.

- Señor -le dijo-, ¿habéis pensado bien vuestra decisión de ir a Jacksonville?

- Sin duda alguna, Zermah; y así debo hacerlo en interés de todos. Tú me comprendes, ¿no es verdad?

- ¡Oh!, sí, señor, os comprendo. Una negativa de vuestra parte podría atraer las bandas de forajidos de Texar a Camdless-Bay.

- Y este peligro, que es el más grave, es el que es preciso evitar a todo trance -respondió Burbank.

- ¿Quiere el señor que le acompañe?

- Quiero, por el contrario, que permanezcas en la plantación, Zermah. Es preciso que estés aquí, cerca de mi mujer y de mi hija, para el caso de que las amenace algún peligro antes de mi vuelta.

- No me separaré de ellas, señor.

- ¿No sabes nada nuevo?

- No. Es cierto que algunas gentes sospechosas rondan la plantación. Se diría que la vigilan. Esta noche han cruzado también el río dos o tres barcos. ¿Sospecharán acaso que el señorito Gilbert se ha alistado al servicio de la armada federal, que está a las órdenes del comodoro Dupont, y que puede tener la tentación de venir durante la noche a Camdless-Bay?

- ¡Hijo mío! -respondió James Burbank-. No; él es bastante razonable para no comprometerse con una imprudencia semejante.

- Temo mucho que Texar tenga alguna sospecha relativa a este asunto -replicó Zermah-. Se dice que su influencia aumenta cada día. Cuando estéis en Jacksonville, desconfiad de Texar, señor...

- Sí, Zermah; como de un reptil venenoso. Pero estoy con cuidado. ¡Si durante mi ausencia intentara algún golpe de mano contra Castle-House...!

- No temáis nada más que por vos. Por vos solo, señor, nada por nosotros. Vuestros esclavos sabrán defender la plantación; y si es preciso, se dejarán matar hasta el último de ellos. Todos os quieren, todos os estiman; yo sé bien lo que piensan y lo que dicen y sé también lo que harían. Ya han venido gentes de otras plantaciones para incitarles a la insurrección. Ellos no han querido oír nada. Todos forman una familia que se confunde con la vuestra. Podéis contar con ellos.

- Ya lo sé Zermah, y con todos cuento. James Burbank volvió a su habitación. Cuando llegó la hora de partir, se despidió de su mujer, de su hija y

de Alicia. Les prometió contenerse y guardar calma y comedimiento ante los magistrados, cualesquiera que fuesen, tanto ellos como los que ante ellos le condujeran, y no hacer nada que pudiese provocar violencias contra él.

- Seguramente -añadió- estaré de vuelta en el mismo día.

Después se despidió de todos los suyos y partió.

Sin duda James Burbank tenía motivos para temer por sí mismo; pero estaba mucho más inquieto por su familia, que quedaba expuesta a tantos peligros como la amenazaban en Camdless-Bay.

Walter Stannard y Edward Carrol le acompañaron hasta el momento de embarcarse en la extremidad de la avenida. Al entrar en la embarcación, le hicieron sus últimas recomendaciones. Después, empujada por una suave brisa del Sudoeste, la barca se alejó rápidamente de Camdless-Bay.

Una hora más tarde, hacia las diez de la mañana, James Burbank desembarcaba en el muelle de Jacksonville.

Este muelle estaba casi desierto entonces. Se encontraban en él solamente algunos marineros extranjeros ocupados en descargar sus barcos. James Burbank no fue, por consiguiente, reconocido a su llegada, y sin que nadie le hubiera notado, pudo dirigirse a la casa de uno de sus corresponsales, Harvey, que habitaba al otro lado del puerto.

Harvey se manifestó bastante sorprendido y muy inquieto al verle. No creía que Burbank hubiese obedecido a la intimación que le había sido hecha, de presentarse en el Palacio de Justicia. En la ciudad no lo creía nadie tampoco. En cuanto a lo que había motivado la orden lacónica de ir ante los magistrados, Harvey no sabía nada.

Probablemente, con objeto de satisfacer a la opinión pública, se quería pedir a James Burbank explicaciones acerca de su actitud desde el principio de la guerra, dadas sus ideas, bien conocidas de todos, respecto a la esclavitud. Acaso se pensase en asegurarse de su persona, en retenerle como rehén, por ser el más rico colono nordista de toda la península de Florida. ¿No hubiese hecho mejor en permanecer en su casa de Camdless-Bay? Esto es lo que pensaba Harvey. ¿No haría mejor en volverse allí, puesto que nadie sabía aún que acababa de desembarcar en Jacksonville?

James Burbank no había ido para volverse. Quería saber a qué atenerse respecto a su situación, y estaba dispuesto a saberlo.

Teniendo en cuenta la situación especial en que se encontraba, dirigió algunas interesantes preguntas a su corresponsal.

¿Habían sido depuestas las autoridades y sustituidas con otras, partidarias de los agitadores de Jacksonville?

Todavía no, pero su posición era cada día más insostenible; de seguro, el

primer motín traería su caída, impulsada por los mismos acontecimientos.

El español Texar, ¿entraba por mucho en el movimiento popular que se preparaba?

Sí. Se le consideraba como jefe del partido avanzado de los esclavistas. Sus compañeros y él serían, sin duda dentro de poco, dueños de la ciudad.

Los últimos hechos de armas, cuyo rumor empezaba a esparcirse por toda Florida, ¿habían sido confirmados?

Ya lo estaban. La organización de los Estados del Sur acababa de ser completada. El día 22 de febrero el Gobierno había sido instalado definitivamente, teniendo como presidente a Jefferson Davis y a Stephens por vicepresidente, investidos los dos del poder por un plazo de seis años. El Congreso, compuesto de dos Cámaras, estaba reunido en Richmond. Tres días después Jefferson Davis había decretado el servicio obligatorio. Desde esta fecha los confederados habían obtenido algunos éxitos parciales, aunque, en suma, de poca importancia. Por otra parte, el día 24 una gran parte del ejército del general MacCIellan había avanzado, según se decía, hasta el otro lado del Alto Potomac, lo que había traído como consecuencia la evacuación de Columbus por los sudistas. Se preparaba, pues, una gran batalla sobre el Mississippi, que pondría en contacto el ejército separatista con el ejército que mandaba el general Grant.

¿Y la escuadra que el comodoro Dupont había de conducir hasta las bocas del San Juan?

Corría el rumor de que a la vuelta de unos días ensayaría el forzar los pasos del río. Por consiguiente, si Texar y sus partidarios querían intentar algún golpe de mano que pusiera en su poder la ciudad y les permitiese satisfacer sus venganzas personales, no debían tardar en hacerlo.

Tal era el estado de cosas en Jacksonville. ¿Quién sabe si el incidente de Burbank precipitaría el desenlace?

Cuando llegó la hora de comparecer ante el tribunal, James Burbank dejó la casa de su corresponsal y se dirigió hacia la plaza en que se elevaba el edificio del Palacio de Justicia. Había gran animación en las calles. La población se dirigía en masa hacia aquel sitio. Se conocía, se sentía que de este asunto, poco importante en sí mismo, podía salir un tumulto cuyas consecuencias nadie podía prever.

La plaza estaba llena de gentes de todas clases: blancos, mestizos, negros; naturalmente, todos en actitud tumultuosa. Pero el número de los que habían podido entrar en el Palacio de Justicia era bastante reducido. Sin embargo, en él se encontraban, sobre todo, los partidarios de Texar, confundidos con un número más reducido de gentes honradas opuestas a todo acto de injusticia. Pero les sería difícil resistir a aquella gente del populacho que empujaba y hacía esfuerzos para

conseguir a todo trance la caída de las autoridades de Jacksonville.

Cuando James Burbank apareció en la plaza, fue inmediatamente reconocido. En el mismo instante se oyeron algunos gritos violentos, que no le eran nada favorables. Algunos generosos ciudadanos le rodearon. No querían que un hombre honrado y estimado generalmente como lo era el colono de Camdless-Bay quedase expuesto sin defensa a las brutalidades de la multitud.

Obedeciendo la orden que había recibido. James Burbank daba a la vez testimonio de dignidad y de resolución. Se hubiera podido esperar que estas cualidades le fueran reconocidas.

James Burbank, pudo, pues, abrirse camino a través de la multitud. Llegó al umbral de la puerta del salón en que el tribunal le esperaba, y se paró delante de la barra, adonde era conducido contra todo derecho.

El primer magistrado de la ciudad y los demás jueces ocupaban sus puestos. Eran todos hombres de intachable conducta, que gozaban de merecida consideración. A cuántas recriminaciones, a cuántas amenazas habían estado expuestos desde el principio de la guerra separatista, es demasiado fácil de imaginar. ¿Qué valor no les era necesario para permanecer en su puesto, y qué energía para mantenerse contra toda injusticia?

Si hasta entonces habían podido resistir a todos los ataques del partido de los alborotadores, era porque, como ya se ha dicho, la cuestión de la esclavitud en Florida no sobrecitaba tanto los ánimos como los apasionaba en otros Estados del Sur. Sin embargo, las ideas separatistas ganaban poco a poco terreno. Con ellas la influencia de la gente revoltosa, de los aventureros, de los nómadas esparcidos por el condado, se aumentaba de día en día. Y hasta para dar una satisfacción a la opinión pública, bajo la presión del partido de los violentos, los magistrados se habían visto obligados a llamar ante ellos a James Burbank, por denuncia de uno de los jefes de este partido, del español Texar.

El murmullo de aprobación por una parte, y de reprobación por otra, que acogió al propietario de Camdless-Bay a su entrada en la sala, se calmó bien pronto. James Burbank, de pie ante la barra, con la mirada serena de un hombre que ni ha tenido ni ha dado motivo para temer, con la voz firme no esperó siquiera a que el magistrado le dirigiese las preguntas de fórmula.

- Señores: habéis hecho venir a James Burbank de Camdless-Bay -dijo-. James Burbank está en vuestra presencia.

Después de las primeras formalidades del interrogatorio, con las cuales se conformó. James Burbank preguntó sencilla y brevemente:

- ¿De qué se me acusa?

- De hacer oposición por palabra, y acaso por actos -respondió el magistrado-, a las ideas y a las esperanzas que deben tener ahora principal curso

en Florida.

- ¿Y quién me acusa?

- Yo.

El que brutalmente había lanzado esta palabra era Texar. James Burbank había reconocido su voz. Ni siquiera volvió la cabeza hacia el sitio donde su acusador estaba. Se contentó con encogerse de hombros, en señal de desdén hacia el vil y cobarde acusador que contra él se levantaba.

Sin embargo, los compañeros y partidarios de Texar animaban a su jefe con la voz y con el gesto.

- Ante todo -dijo éste-, arrojaré a la cara de James Burbank su cualidad de nordista. Su presencia en Jacksonville es un insulto permanente en medio de un Estado confederado. Puesto que él está con los nordistas por su corazón y por su origen, ¿por qué no se ha marchado al Norte?

- Yo estoy en Florida porque me conviene estar -respondió James Burbank-. Desde hace veinte años habito en el condado. Si no he nacido aquí se sabe al menos de dónde vengo. Que digan otro tanto, si es que pueden decirlo, aquellos cuyo pasado se ignora, que rehusan vivir a la luz del día y cuya existencia privada merece ser recriminada con muchísima más razón que la mía.

Con esta respuesta, Texar se veía directamente atacado, pero no se dio por aludido.

- ¿Y después? -preguntó de nuevo James Burbank.

- Después -contestó Texar-, en el momento en que el país está pronto a sublevarse por el sostenimiento de la esclavitud, pronto a verter su sangre para rechazar las tropas federales, yo acuso a James Burbank de ser antiesclavista y, sobre todo, de hacer propaganda contra la esclavitud.

- James Burbank -dijo el magistrado-, en las circunstancias en que nos encontramos podéis comprender que esta acusación es de una gravedad excepcional. Os ruego, pues, que respondáis a ella.

- Señor -respondió James Burbank-, mi respuesta será muy sencilla. Yo no he hecho jamás ninguna propaganda, ni quiero hacerla. La acusación es falsa. En cuanto a mis opiniones acerca de la esclavitud, ruego que me sea permitido recordarlas aquí. ¡Sí, yo soy abolicionista...! Deploro la lucha que sostiene el Sur contra el Norte, y temo que el Sur se exponga a sufrir desastres que hubiera podido evitar; y en su interés mismo yo hubiera querido verle seguir otro camino, en lugar de empeñarse en una guerra contra la razón y contra la conciencia universal. Algún día os acordaréis de que los que hablan como yo lo hago en este momento, no estaban equivocados. Cuando la hora de una transformación, de un progreso moral ha sonado, es una locura oponerse a él. Por otra parte la separación del Norte y del Sur sería un crimen contra la patria

americana. Ni la razón, ni la justicia, ni la fuerza están de vuestro lado, y este crimen no se verificará.

Estas palabras fueron acogidas al principio con algunos rumores de aprobación; pero éstos fueron ahogados en seguida por violentos clamores de disgusto. La mayoría de aquel público, compuesto de gentes sin fe ni ley, no podía aceptarlas.

Cuando el magistrado pudo conseguir restablecer el silencio. James Burbank tomó de nuevo la palabra:

- Y ahora -dijo-, espero que se entablen acusaciones más precisas sobre hechos, no sobre ideas, y yo responderé cuando se me hayan hecho conocer.

Ante esta actitud tan digna, los magistrados no podían menos de encontrarse indecisos. No conocían ningún hecho que pudiera ser motivo de acusación contra Burbank. Su papel debía limitarse a dejar exponer las acusaciones con pruebas en su apoyo, si es que estas pruebas existían.

Texar comprendió que debía explicarse más categóricamente, o de lo contrario, no alcanzaría el objeto que se proponía.

- Sea -dijo-. Yo soy de los que no creen que se puede invocar la libertad de las opiniones en materia de esclavitud, cuando un país se levanta todo entero por sostener esta causa; pero si James Burbank tiene el derecho de pensar como le plazca en esta cuestión, si es verdad que se abstiene de buscar partidarios para sus ideas, al menos no se abstiene de buscar y sostener inteligencias con un enemigo que está a las puertas de Florida.

Esta acusación de complicidad con los federales era muy grave en aquella circunstancia. Esto se comprendió perfectamente en el rumor que corrió a través del público. Mas esta acusación era vaga todavía y era preciso apoyarla en hechos.

- ¿Pretendéis que yo tengo inteligencias con el enemigo? -dijo James Burbank.

- Sí -afirmó Texar.

- Precisad: éste es mi deseo.

- Bueno -replicó Texar-. Hace aproximadamente tres semanas un emisario, enviado a James Burbank, ha dejado el ejército federal, o, por lo menos, la flotilla que manda el comodoro Dupont. Este hombre ha ido a Camdless-Bay, y ha sido seguido desde el momento en que ha atravesado la plantación hasta la frontera de Florida. ¿Lo negaréis? Se trataba, sin duda alguna, del mensajero que había llevado la carta del joven teniente. Los espías de Texar no se habían engañado. Esta vez la acusación era precisa y concreta y se esperaba, no sin inquietud, cuál sería la respuesta de James Burbank.

Éste no dudó en exponer lo que no era, en suma, otra cosa que la estricta

verdad.

- En efecto -dijo-. En esa época ha ido un hombre a Camdless-Bay; pero este hombre no era más que un mensajero; no pertenecía a la armada federal, y traía, sencillamente, una carta de mi hijo.

- ¡De vuestro hijo! -gritó Texar-. ¡De vuestro hijo, que si no estamos mal informados, está al servicio del Gobierno unionista; de vuestro hijo, que está quizás entre el número de los invasores que marchan ahora mismo contra Florida!

La vehemencia con que Texar pronunció estas palabras no dejó de impresionar vivamente al público. Si James Burbank, después de haber confesado que había recibido una carta de su hijo, convenía y confesaba que su hijo estaba en las filas del ejército federal, ¿cómo se defendería de la acusación que se le hacía de estar en relaciones con los federales, con los enemigos del Sur?

- ¿Queréis responder a los hechos que se han expuesto contra vuestro hijo? -preguntó el magistrado.

- No puedo responder a eso -replicó James Burbank con voz firme-; ni tengo, ni sé qué responder. No se trata aquí de mi hijo, que yo sepa. Yo solamente estoy acusado de haber mantenido inteligencias con el ejército federal. Yo niego esto, y desafío a ese hombre, que no me ataca más que por odio personal, a que dé una sola prueba de ello.

- ¿Confesáis, pues, que vuestro hijo se bate en este momento contra los confederados? -gritó Texar.

- Yo no tengo nada que confesar, nada -respondió James Burbank-. A vos es a quien corresponde probar las acusaciones que me lanzáis.

- ¡Sea! -dijo Texar-. Yo lo probaré. Dentro de algunos días estaré en posesión de la prueba que se me pide, y cuando la tenga...

- Cuando la tengáis -respondió el magistrado-, podremos dar sentencia a este juicio, pero hasta entonces no ve el Tribunal cuáles son las acusaciones a que James Burbank tenga que responder.

Al expresarse así, el magistrado hablaba como un hombre íntegro. Tenía razón, sin duda; pero desgraciadamente, hacía mal en tener razón delante de aquel público tan prevenido contra el colono de Camdless-Bay. Por consiguiente, sus palabras fueron acogidas con murmullos y hasta con protestas proferidas por los compañeros de Texar. El español comprendió bien la situación y abandonando los hechos relativos a Gilbert Burbank volvió de nuevo a las acusaciones dirigidas exclusivamente contra su padre.

- Sí -repitió-; yo probaré todo lo que he dicho, a saber: que James Burbank está en relación con el enemigo que se prepara a invadir Florida. Pero,

entretanto, las opiniones que profesa públicamente, opiniones tan peligrosas para la causa de la esclavitud, constituyen un peligro público. Así, en nombre de todos los propietarios de esclavos, que no se someterán jamás al yugo que el Norte quiere imponerles, yo pido que se le detenga y se ponga en seguridad su persona.

- ¡Sí, sí! -gritaron los partidarios de Texar, en tanto que una parte de la asamblea intentaba vanamente protestar contra esta injusta pretensión.

El magistrado pudo al fin restablecer la calma, y James Burbank volvió a hacer uso de la palabra.

- Yo protesto con toda la fuerza de mi derecho -dijo- contra el acto arbitrario al cual se pretende empujar al Tribunal. ¡Que yo soy abolicionista...! Bien, ¿y qué? ¿No lo he confesado ya? Pero las opiniones son libres, creo yo, con un sistema de gobierno fundado sobre la libertad. No es un crimen, hasta ahora, el ser antiesclavista, y allí donde no hay delito, la ley es impotente para castigar.

Numerosos murmullos de aprobación parecieron dar la razón a James Burbank. Sin duda Texar comprendió por esto que había llegado la ocasión de cambiar sus baterías, puesto que las acusaciones que había hecho hasta entonces no le habían dado el resultado apetecido. Así, no hay por qué admirarse si de repente lanzó a James Burbank el siguiente apostrofe:

- Pues bien; puesto que sois contrario a la esclavitud, dad libertad a los esclavos de vuestras posesiones.

- Sí; yo lo haré -dijo Burbank-; pero cuando llegue el momento oportuno.

- ¿De veras? Lo haréis cuando el ejército federal sea dueño de Florida. Os hacen falta los soldados de Sherman y los marinos de Dupont para que tengáis el valor de poner de acuerdo vuestros actos con vuestras ideas. Eso es prudente, pero es cobarde.

- ¡Cobarde! -replicó James Burbank, indignado, sin comprender que su enemigo le tendía un lazo.

- Sí, cobarde -repuso Texar-. Veamos; atreveos a llevar vuestras opiniones a la práctica. Hasta ahora, todo hace creer que no buscáis más que una popularidad fácil, para agradar a las gentes del Norte; sí: antiesclavista en la apariencia, mas en el fondo, por vuestro interés, no sois más que un partidario del sostenimiento de la esclavitud.

James Burbank se había erguido indignado al oír esta injuria. Cubrió a su acusador con una mirada de desprecio. Pero aquello era más de lo que él podía soportar. Semejante reproche de hipocresía se encontraba por completo en desacuerdo con toda su existencia, franca y leal. Así, no hay por qué admirarse al oírle responder con una voz que fue bien oída por todos:

- Habitantes de Jacksonville: a partir de este día, no tengo ya ni un esclavo; a partir de este día proclamo la abolición de la esclavitud en todo el dominio de Camdless-Bay.

Al principio, algunos entusiastas hurras acogieron esta declaración atrevida. Sí, había, al hacerla, un verdadero acto de valor; más de valor que de prudencia acaso; pero James Burbank acababa de dejarse llevar por su indignación.

En efecto, esto era demasiado evidente; esta medida iba a comprometer los intereses de todos los demás plantadores de Florida. Así es que la reacción se verificó en el acto entre el público del Tribunal de Justicia. Los primeros aplausos otorgados al colono de Camdless-Bay fueron bien pronto ahogados por las vociferaciones, no solamente de los que eran esclavistas por principio, sino también de todos aquellos que hasta entonces habían permanecido indiferentes en esta cuestión de la esclavitud. Sin duda alguna los partidarios de Texar se hubieran aprovechado de este movimiento de la opinión para entregarse a actos de violencia contra James Burbank, si el español mismo no los hubiera contenido.

- Estad tranquilos -dijo-. James Burbank se ha desarmado por sí mismo. Ahora ya es nuestro.

Estas palabras, cuya significación se comprenderá bien pronto, bastaron para detener a todos los partidarios de la violencia y de la injusticia, de los cuales Texar era el jefe. James Burbank no fue, por consiguiente molestado, ni aun algunos instantes después, cuando los magistrados le dijeron que podía retirarse. En efecto, ante la ausencia de toda prueba no había medio de acordar la encarcelación pedida por Texar. Sin duda, el español mantenía sus acusaciones; él se había comprometido a presentar las pruebas que pondrían de manifiesto las connivencias de James Burbank con el enemigo; pero hasta entonces James Burbank debía estar libre y se le dejó en libertad.

Es cierto que esta declaración de libertad relativa al personal de Camdless-Bay públicamente hecha, iba a ser ulteriormente explotada contra los magistrados de la ciudad y en provecho del partido revoltoso.

Pero sea lo que quiera, a la salida de James Burbank del Palacio de Justicia, a pesar de ser seguido por una multitud muy mal dispuesta en contra suya, la autoridad supo impedir que se cometiese con él ninguna violencia. Hubo gritos, silbidos y amenazas, pero no actos de brutalidad. Evidentemente, la influencia de Texar le protegía, hasta que considerase llegada la hora de obrar contra él. James Burbank pudo, por consiguiente, llegar a los muelles del puerto, donde le esperaba su embarcación. Allí se despidió de su corresponsal, Harvey, que no se había separado un momento de él. Después, poniéndose en marcha en seguida, estuvo bien pronto fuera del alcance de las vociferaciones con que los

alborotadores de Jacksonville habían acompañado su partida.

La marea descendía entonces, lo cual hizo retrasar la marcha de la embarcación, que no empleó menos de dos horas en llegar al puentecillo de Camdless-Bay, donde su familia esperaba a James Burbank.

¡Qué alegría experimentaron las personas amadas al volverle a ver...!
¡Había tantos motivos para temer que le retuvieran lejos de los suyos...!

- No, hija mía -dijo Burbank a la pequeña Dy, que le besaba apasionadamente-. ¡Yo te había prometido volver para comer contigo; y tú sabes bien que no faltó jamás a mis promesas...!

- ¡Ya te conocemos! -dijo la esposa.

capítulo VIII

LAS OBJECIONES DEL CAPATAZ PERRY

Aquella misma noche puso James Burbank a su familia y a sus huéspedes al corriente de todo lo que había pasado en el Palacio de Justicia. La odiosa conducta de Texar fue perfectamente comprendida. La orden de comparecencia había sido dictada bajo la presión de ese hombre y del populacho de Jacksonville. Sin sus exigencias, seguramente no se habría expedido tal orden a Camdless-Bay. La actitud de los magistrados en este asunto no merecía otra cosa que elogios. A la acusación de estar en inteligencia con los federales, hecha contra James Burbank, habían respondido exigiendo la prueba en que estaba fundada. No habiendo Texar podido presentarla. James Burbank había sido puesto inmediatamente en libertad sin sufrir penas ni vejación alguna.

Pero en medio de estas vagas acusaciones el nombre de Gilbert había sido pronunciado. Parecía que ya nadie dudaba de que el joven estuviese formando parte del ejército del Norte. La negativa de respuesta a este punto, ¿no era una semiconfesión por parte de James Burbank?

Cuáles fueron desde este momento los temores y las angustias de la señora Burbank, de Alicia y de toda esta familia tan amenazada, es fácil de comprender.

A falta del hijo que se escapaba de sus manos, los forajidos de Jacksonville, ¿no se lanzarían contra el padre y le harían víctima de sus violencias? Texar se había alabado, sin duda, demasiado pronto, comprometiéndose a presentar en el espacio de breves días una prueba de este hecho; pero, en suma, no era imposible que llegase a procurársela, y la situación entonces sería inquietante hasta el más alto grado.

- ¡Pobre Gilbert! -exclamó la señora Burbank-. ¡Saber que está tan cerca de Texar, y que éste está decidido a conseguir su objeto!

- ¿No se le podría prevenir de lo que en Jacksonville acaba de pasar? -dijo Alicia.

- Es verdad -añadió Stannard-. Convendría, sobre todo, hacerle saber que la menor imprudencia de su parte tendría las consecuencias más funestas para él y

todos los suyos.

- ¿Y cómo avisarle? -replicó James Burbank-. Numerosos espías circulan sin cesar en derredor de Camdless-Bay. ¡Esto es, por desdicha, demasiado cierto! Ya el mensajero con el cual Gilbert nos ha enviado su última carta, ha sido seguido a su regreso. Cualquier carta que nosotros escribiéramos podría caer en manos de Texar. Cualquier hombre que enviáramos encargado de un mensaje verbal, correría el riesgo de ser detenido en el camino. ¡No, amigos míos! No intentemos nada que pueda agravar esta situación, ¡y haga el cielo que el ejército federal no tarde en ocupar el territorio de Florida! Ya es tiempo, ya es urgente para la tranquilidad de esta minoría de gentes honradas amenazadas por la mayoría de los bribones del país.

James Burbank tenía razón. A consecuencia de la vigilancia que evidentemente debía ejercerse alrededor de la plantación, hubiera sido imprudente intentar ponerse en correspondencia con Gilbert. Por otra parte, ya estaba próximo el momento en que la familia Burbank y los nordistas de Florida se verían en seguridad, bajo la protección de las tropas federales.

En efecto, el día inmediato era el destinado por el comodoro Dupont para levar anclas del puerto de Edisto. Con seguridad antes de tres días se sabría que la flotilla había descendido, a lo largo del litoral de Georgia, y estaría anclada en la bahía de San Andrés.

James Burbank refirió entonces el grave incidente que había surgido ante los magistrados de Jacksonville; dijo cómo se había visto obligado a responder al desafío que Texar le hizo a propósito de los esclavos de Camdless-Bay. Fuerte en su derecho, fuerte en su conciencia había públicamente declarado la abolición de la esclavitud en todo su dominio. Lo que ningún Estado del Sur había llegado todavía a proclamar, sin verse obligado a ello por la fuerza de las armas, él lo había hecho libremente y de buena voluntad.

¡Declaración tan atrevida como generosa! Cuáles serían las consecuencias de ella, no se podía todavía prever.

Pero evidentemente, no era bastante para evitar que la posición de James Burbank estuviera menos amenazada y fuese menos comprometida en medio de un país esclavista como Florida. Puede ser que hasta llegase a provocar ciertos asomos o conatos de insurrección entre los esclavos de otras plantaciones. ¡No importa! La familia Burbank, conmovida por la grandeza de acción, aprobó sin reservas lo que su jefe había prometido.

- James -dijo la señora Burbank-, suceda lo que suceda, has hecho bien en responder de ese modo a las odiosas insinuaciones que ese malvado de Texar ha tenido la infamia de lanzar contra ti.

- Estamos orgullosos de vos, padre mío -añadió Alicia, dando por primera

vez este nombre a James Burbank.

- Y ahora, hija querida -respondió éste-, cuando Gilbert y los demás federales entren en Florida, no encontrarán ya un solo esclavo en Camdless-Bay. -Yo os doy las gracias, Mr. Burbank -dijo entonces Zermah-, os doy las gracias en nombre de mis compañeros. Por lo que a mí hace, no me he considerado jamás esclava en vuestra familia. Vuestras bondades, vuestra generosidad, me han hecho tan libre como lo soy desde este momento.

- Tienes razón, Zermah -respondió la señora Burbank-. Esclava o libre nosotros no te amaremos nunca menos.

Zermah trataba en vano de ocultar su emoción. Tomó a Dy en sus brazos y la apretó contra su pecho.

Walter Stannard y Edward Carrol estrecharon la mano de James Burbank con efusión.

Esto era decirle que aprobaban y aplaudían aquel acto de audacia y de justicia.

Es evidente que la familia Burbank, bajo la impresión de este acto de generosidad, olvidaba las complicaciones que la conducta de su jefe podía originar en el porvenir.

Por esta razón, nadie en Camdless-Bay pensaba en censurar a James Burbank, a excepción, sin duda, del | capataz Perry, cuando estuviese al corriente de lo acontecido. Pero estaba ocupado en el servicio de la plantación, y no debía enterarse hasta la noche.

Era ya tarde. La familia se retiró a descansar, no sin que antes anunciara James Burbank que al día siguiente entregaría a todos los esclavos su acta de manumisión.

- Nosotros iremos contigo. James -respondió la señora Burbank-, cuando vayas a comunicarles que son libres.

- Sí, todos -añadió Edward Carrol

- ¿Y yo, padre...? -preguntó la niña.

- Sí, querida mía; tú también.

- ¡Ay, mi buena Zermah...! -añadió la pequeña-. ¿Acaso nos vas a dejar ahora?

- ¡No, hija mía! -respondió Zermah-. ¡No! ¡Yo no te abandonaré jamás!

Después, cada uno se retiró a su habitación, habiendo tomado antes las precauciones ordinarias para la seguridad de Castle-House.

Al día siguiente, la primera persona que encontró James Burbank en el parque reservado, fue al capataz Perry. Como todavía era un secreto la manumisión de los esclavos, el capataz no sabía una palabra de la resolución que su amo había tomado. Pero lo supo en seguida de labios del mismo James

Burbank, que, por otra parte, estaba ya preparado para el asombro de su capataz.

- ¡Oh, Mr. James! ¡Oh, Mr. James...! -dijo éste sin poderse contener.

Y el digno hombre, verdaderamente aturdido, no encontraba palabras para expresar su asombro, sus objeciones y su aflicción.

- Sin embargo, esto no puede ni debe sorprendernos, Perry -replicó James Burbank-. Yo no he hecho más que adelantar un poco los sucesos. Vos sabéis que la emancipación de los negros es un acto de justicia que se impone a todo Estado cuidadoso de su dignidad.

- ¡Su dignidad..., Mr. James! ¿Qué tiene que ver la dignidad en este asunto?

- ¿Vos no comprendéis lo que tiene que ver la dignidad en este asunto? ¡Sea! Digamos cuidadosos de sus intereses.

- ¡Sus intereses...! ¡Sus intereses, Mr. James...! ¿Os atrevéis a decir cuidadoso de sus intereses?

- Indudablemente. El porvenir no tardará en probároslo, mi querido Perry.

- ¿Pero dónde se reclutará desde hoy en adelante el personal de las plantaciones, Mr. James?

- Siempre entre los negros, Perry.

- Pero si los negros son libres para no trabajar, no trabajarán.

- Al contrario, trabajarán y con más celo que ahora, puesto que será libremente, y con más gusto también, puesto que su posición será mucho mejor.

- Pero vuestros esclavos, Mr. James, vuestros esclavos comenzarán por dejaros.

- Mucho me engañaré, mi querido Perry, si hay uno solo, entre todos, que tenga el pensamiento de hacer tal cosa.

- ¡Pero entonces ya no soy capataz de los esclavos de Camdless-Bay!

- No; pero sois siempre capataz de Camdless-Bay, y no creo que vuestro empleo se rebaje porque mandéis a hombres libres, en vez de mandar y dirigir esclavos.

- Pero...

- Mi querido Perry, os prevengo que a todos vuestros peros tengo respuestas prontas y claras. Tomad, pues, vuestro partido a favor de una medida que, por otra parte, no podía tardar en realizarse, y a la cual toda mi familia, sabedlo bien, acaba de hacer la mejor acogida.

- Y nuestros negros, ¿no saben nada? -preguntó el capataz.

- Todavía nada -respondió James Burbank-; y yo os ruego, Perry, que no les habléis una palabra acerca de esto. Lo sabrán hoy mismo.

»Convocaréis a todos en el parque de Castle-House, a las tres de la tarde, diciéndoles solamente que tengo una orden que comunicarles.

Después de esto, el capataz se retiró, haciendo grandes gestos de

estupefacción, y diciendo para sí:

- ¡Negros que no son esclavos...! ¡Negros que van a trabajar por su cuenta...! ¡Negros que estarán obligados a atender a sus necesidades...! ¡Esto es el trastorno del orden social! ¡Esto es contrario a la naturaleza! ¡Vamos! ¡Esto no puede ser! ¡Mr. Burbank se ha vuelto loco...!

capítulo IX

LA ÚLTIMA ESCLAVA

En la misma mañana del día en que se preparaba la manumisión de los esclavos de Camdless-Bay, James Burbank, Walter Stannard y Edward Carrol montaron en un break y fueron a visitar la parte de la plantación situada en la frontera septentrional. Los esclavos estaban ocupados en sus trabajos habituales en medio de los campos de arroz, de caña y de las plantaciones de café. El mismo movimiento y el mismo trabajo se notaba en los talleres y sierras mecánicas. El secreto había sido bien guardado..Ninguna comunicación había podido establecerse aún entre Jacksonville y Camdless-Bay. Aquellos a quienes interesaba de una manera tan directa, no sabían nada del generoso proyecto de James Burbank.

Recorriendo esta parte del dominio en su límite más expuesto. James Burbank y sus amigos querían asegurarse de que los alrededores de la plantación no ofrecían ninguna señal sospechosa.

Después de la declaración de la víspera, se podía temer que alguna parte del populacho de Jacksonville, o de la campiña que le rodeaba, se entregase a excesos contra Camdless-Bay. Hasta entonces, sin embargo, no había sucedido nada absolutamente. No se habían visto siquiera personas sospechosas por este lado del río ni en todo el curso del San Juan. El *Shannon*, que lo remontó hacia las diez de la mañana, no hizo escala en el puertecillo provisional, y continuó su marcha hacia Picolata. Ni por la parte superior ni por la parte inferior del río, no había nada que temer para los habitantes de Castle-House.

Un poco antes del mediodía, James Burbank, Walter Stannard y Edward Carrol repasaron el puente del recinto del parque y se dirigieron a la casa. Toda la familia les esperaba para almorzar. Se estaba con más seguridad. Se habló más a gusto. Parecía que se había entablado una tregua en la situación. Sin duda, la energía de los magistrados de Jacksonville se había impuesto a los violentos del partido de Texar; y si este estado de cosas se prolongaba algunos días más, Florida sería ocupada por el ejército federal y entonces los antiesclavistas, fueran

del Norte o del Sur, estarían en seguridad.

James Burbank podía, pues, proceder a la ceremonia de la emancipación, primer acto de este género que iba a efectuarse voluntariamente en un Estado esclavista.

El que debía estar más satisfecho entre todos los negros de la plantación era, evidentemente, un joven de veinte años llamado Pigmalión, más generalmente conocido por el nombre de Pig. Agregado al servicio doméstico en Castle-House, era ésta la residencia habitual de dicho Pig; por esta razón no trabajaba ni en los campos ni en los talleres de Camdless-Bay. Pero..., preciso es confesarlo, Pigmalión era un mozo ridículo, vanidoso y holgazán, al cual, por bondad, sus amos toleraban muchas cosas. Desde que la cuestión de la esclavitud estaba sobre el tapete, no hacía otra cosa que declamar y pronunciar frases huecas acerca de la libertad humana. Con cualquier motivo y a cada momento pronunciaba discursos pretenciosos a sus compañeros, que no se ocultaban para reírse de él. Como se dice vulgarmente, quería montar soberbios y pujantes caballos, él, a quien un pacífico asno hubiera arrojado en el acto al suelo. Mas como en el fondo Pigmalión no era malo, se le dejaba hablar. Desde luego, se comprende qué discusiones tendría con el capataz Perry cuando éste se hallaba de humor para escucharle, y se puede calcular qué acogida iba a hacer al acto de liberación que le devolvía su dignidad de hombre.

A poco más de las dos de la tarde se ordenó a los negros que se presentaran con sus familias respectivas en el parque reservado de Castle-House.

Estas pobres gentes habían dejado el trabajo en los campos y talleres después de mediodía. Habían querido arreglarse un poco; lavarse, cambiar sus vestidos de trabajo por otros más limpios, según tenían por costumbre siempre que se abría para ellos la poterna del recinto. Por consiguiente, había entre ellos gran animación, cambio de preguntas y respuestas, en tanto que el capataz Perry, paseándose de un extremo a otro, murmuraba:

- ¡Cuando pienso que en este momento se podría todavía traficar con estos negros, puesto que están todos en estado de mercancía, y que antes de una hora ya no será permitido comprarlos y venderlos...! ¡Sí! ¡ Lo repetiré hasta que exhale el último suspiro: Mr. Burbank puede decir y hacer lo que quiera, y con él, el presidente Lincoln, y con el presidente Líncoln todos los federales del Norte, y todos los liberales del mundo. ¡Esto es contrario a la naturaleza! ¡Es una aberración!

En este instante Pigmalión, que no sabía nada todavía, se encontró frente a frente con el capataz.

- ¿Para qué se nos convoca aquí, señor Perry? ¿Tendríaís la bondad de decírmelo?

- Sí, imbécil; es para...

El capataz se detuvo, no queriendo descubrir el secreto. Pero entonces se le ocurrió una idea.

- Aproxímate, Pig -le dijo. Pigmalión se aproximó.

- Dime, muchacho, ¿te tiro yo algunas veces de las orejas?

- Sí, señor Perry; puesto que en contra de toda justicia divina y humana, es vuestro derecho. -Pues bien; puesto que es mi derecho, voy a permitirme usar de él todavía.

Y sin cuidarse de los gritos de Pig, aunque sin hacerle mucho daño tampoco, le tiró de las orejas, que eran ya de un tamaño regular. Verdaderamente, esto consoló un tanto al capataz, puesto que ejercía por última vez su derecho en uno de los esclavos de la plantación.

A las tres. James Burbank, su familia y sus amigos aparecieron en la escalinata de Castle-House. Delante de ellos estaban agrupados quinientos esclavos entre hombres, mujeres y niños, y hasta una veintena de negros viejos, que cuando habían llegado a ser inútiles para el trabajo, habían encontrado una existencia tranquila en las chozas de Camdless-Bay.

Un profundo silencio reinó en seguida. A una indicación de James Burbank, Perry y los demás capataces hicieron aproximar el personal, de manera que todos pudieran escuchar clara y distintamente la comunicación que se les iba a hacer.

James Burbank tomó entonces la palabra:

- Amigos míos -dijo-. Ya sabéis que una guerra civil, ya larga y desgraciadamente sangrienta, aflige hoy la población de los Estados Unidos. El verdadero móvil de esta guerra ha sido la cuestión de la esclavitud. El Sur, no inspirándose más que en lo que él cree sus intereses, ha querido el mantenimiento; el Norte, en nombre de la humanidad, ha querido que dicha institución fuese abolida en América. Dios ha favorecido a los defensores de una causa justa, y la victoria se ha pronunciado ya a favor de los que se batieron por la libertad de toda una raza humana. Desde hace largo tiempo, nadie lo ignora, fiel a mi origen, he participado de las ideas del Norte, sin haber tenido ocasión de aplicarlas. Circunstancias especiales han hecho que pueda apresurar el momento en que me es posible ajustar mis actos a mis opiniones. Escuchad, pues, lo que voy a deciros en nombre de toda mi familia.

Un murmullo de emoción se escapó de toda la concurrencia, pero se apaciguó en seguida. Entonces James Burbank, con voz que se oyó clara y distinta por todas partes, hizo la declaración siguiente:

- A partir de este día, veintiocho de febrero de mil ochocientos sesenta y dos, los esclavos de esta plantación quedan emancipados de toda servidumbre. Pueden disponer de su persona. Ya no hay más que hombres libres en Camdless-

Bay.

Las primeras manifestaciones de estos nuevos manumitidos fueron burras que estallaron por todas partes. Los brazos se agitaron en señal de agradecimiento. El nombre de la familia Burbank fue aclamado. Todos se aproximaron a la escalinata. Hombres, mujeres y niños querían besar las manos de su libertador. Fue un entusiasmo indescriptible que se produjo con tanta mayor energía cuanto que no estaba preparado. Calcúlese cuánto gesticularía, peroraría y qué diversas actitudes tomaría Pigmalión.

Entonces, un negro viejo, el decano del personal, avanzó hasta las primeras gradas de la escalinata. Allí, irguiendo la cabeza y con una voz que revelaba una emoción profunda, dijo:

- En nombre de los antiguos esclavos de Camdless-Bay, libres ahora, recibid las gracias vos y vuestra familia, Mr. Burbank, por habernos hecho oír las primeras palabras de libertad que se han pronunciado en el Estado de Florida.

Hablando así, el anciano negro acababa de subir los escalones de la gradería, se había aproximado a James Burbank, y le había besado las manos, y como la pequeña Dy le tendiese los brazos, él la tomó en los suyos, y la presentó a la multitud de sus camaradas.

- ¡Viva, viva Mr. Burbank!

Estos gritos repercutieron alegremente en el aire, y debieron llevar a Jacksonville, sobre la ribera opuesta del San Juan, la nueva del gran acto que acababa de verificarse.

La familia de James Burbank estaba profundamente conmovida. Vanamente ensayaba a calmar las muestras de entusiasmo. Zermah fue la primera que logró apaciguarlas, cuando se la vio avanzar hacia la escalinata y tomar, a su vez, la palabra.

- Camaradas -dijo-, ya somos completamente libres, gracias a la generosidad y a la humanidad del que fue nuestro dueño, y el mejor de los dueños.

- ¡Sí, sí! -gritaron cientos de voces, confundidas en la misma explosión de reconocimiento.

- Cada uno de nosotros puede, pues, ahora disponer libremente de su persona -añadió Zermah-. Cada cual puede dejar la plantación con su familia, hacer todo acto de libertad, según convenga a su interés. En cuanto a mí, yo no seguiré más que el instinto de mi corazón, y estoy cierta de que la mayor parte de vosotros haréis lo que voy a hacer yo misma. Hace ya seis años que entré en Camdless-Bay. Mi marido y yo hemos vivido dichosos en Camdless-Bay, y deseamos acabar aquí nuestra vida.

»Yo suplico, pues, a Mr. Burbank que nos deje a su lado, libres como él nos

ha tenido esclavos. Que los que tengan este deseo lo expresen...

- ¡Todos! ¡Todos!

Y estas palabras, repetidas mil veces, demostraron cuan apreciado era el plantador de Camdless-Bay, y qué lazo de amistad y reconocimiento le unía a todos los manumitidos de sus dominios.

James Burbank tomó entonces la palabra. Dijo que todos los que quisieran continuar en la plantación, podrían hacerlo en condiciones nuevas. No era cuestión más que de arreglar, de común acuerdo, la remuneración del trabajo libre y los derechos de los recién libertados. Añadió que convenía que la situación de los libertos quedase bien definida, a cuyo fin cada uno de los negros iba a recibir para su familia y para él un acta de liberación, que le permitía recobrar en la humanidad el rango a que tenía derecho.

Esto fue inmediatamente hecho por los capataces.

Como hacía mucho tiempo que James Burbank estaba dispuesto a dar libertad a sus esclavos, tenía preparadas estas actas, y cada familia recibió la suya con conmovedoras demostraciones de reconocimiento.

Después, el resto del día consagróse al regocijo. Desde el siguiente, todo el personal debía volver a sus trabajos ordinarios; pero aquel día, hasta que llegó la noche, se dedicó a las fiestas. La familia Burbank, mezclada con aquellas buenas gentes, recibió las más conmovedoras pruebas de amistad, así como las seguridades de un afecto sin límites.

Entretanto, en medio de su antiguo rebaño de seres humanos, el capataz Perry se paseaba como alma en pena; y James Burbank le preguntó:

- Y bien, Perry, ¿qué decís de todo esto?

- Digo, Mr. James -contestó-, que por ser libres estos africanos, no son menos nacidos en África, y no han cambiado de color. Luego..., puesto que han nacido negros, negros morirán.

- Pero vivirán blancos -respondió, sonriendo. James Burbank satisfecho de su acto.

Y no pasó adelante la conversación.

Por la noche, la comida reunió en la mesa de Castle-House a toda la familia Burbank, verdaderamente feliz, y, preciso es decirlo, más confiada en el porvenir que algunos días antes. Dentro de breves días, la seguridad de Florida sería completa. Por otra parte, ninguna mala noticia había llegado de Jacksonville. Era posible que la actitud de James Burbank ante los magistrados del Palacio de Justicia hubiese producido una impresión favorable sobre el mayor número de habitantes.

A esta comida asistía el capataz Perry, que se había visto obligado a tomar el partido de callar respecto de lo que no podía impedir. Se encontraba

precisamente enfrente del decano de los negros, invitado por James Burbank como para mejor demostrar en su persona que la emancipación concedida a él y a sus compañeros de esclavitud no era una vana declaración en el pensamiento del dueño de Camdless-Bay. En el exterior se escuchaban los gritos de la fiesta, y el parque se iluminaba con luces de colores, encendidas en diversos puntos de la plantación. Hacia la mitad de la comida, se presentó una diputación que llevaba a la pequeña Dy un magnífico ramo de flores, seguramente el más hermoso que había recibido en su vida la señorita Dy Burbank, de Castle-House. De una y otra parte se hicieron y devolvieron cumplimientos, se dieron y se pagaron gracias con profunda y verdadera emoción.

Después todos se retiraron y la familia pasó un rato de tertulia aguardando la hora de acostarse. Parecía que un día tan bien empleado no podía menos de terminar así, perfectamente.

Hacia las ocho la tranquilidad y la calma reinaba en toda la plantación. Había motivo para creer que nada turbaría esta calma durante la noche, cuando el sonido de una voz se oyó fuera de la casa.

James Burbank se levantó en seguida, y fue por si mismo a abrir la puerta del patio.

En la parte de afuera, y delante de la escalinata, I algunas personas esperaban y hablaban en voz alta. " -¿Qué hay? ¿Qué sucede? -preguntó James Burbank.

- Mr. Burbank -respondió uno de los capataces-, una embarcación acaba de atracar en el puerto.

- ¿Y de dónde viene?

- De la ribera izquierda.

- ¿Quién está a bordo?

- Un mensajero enviado por las autoridades de Jacksonville.

- ¿Y qué quiere?

- Pide daros cuenta de una comunicación. ¿Permitís que desembarque?

- ¡ Ciertamente!

La señora Burbank se había aproximado a su marido. Alicia avanzó ligeramente hacia una de las ventanas del patio, en tanto que Walter Stannard y Edward Carrol se dirigían hacia la puerta; Zermah, tomando a la pequeña Dy por la mano, se había levantado. Todos tuvieron entonces el presentimiento de que iba a surgir alguna grave complicación.

El capataz Perry se dirigió al puerto. Diez minutos después, estaba de vuelta en casa con el mensajero que la embarcación había traído desde Jacksonville a Camdless-Bay. Era éste un hombre que llevaba el uniforme de la milicia del condado. Fue introducido en el patio, y pidió hablar a Mr. Burbank, pues era

urgente lo que tenía que decir.

- Soy yo; ¿qué me queréis?

- Entregaros este pliego.

James Burbank rompió el sobre y leyó lo siguiente:

Por orden de las autoridades nuevamente constituidas en Jacksonville, todo esclavo que haya sido declarado libre contra la voluntad de los sudistas, será inmediatamente expulsado del territorio.

Esta medida será ejecutada en el término de las cuarenta y ocho horas siguientes de recibida, y en caso de negativa se procederá a llevarla a cabo por la fuerza.

Dado en Jacksonville, a 28 de febrero de 1862.

Texar

Esto indicaba que los magistrados en quienes se podía poner confianza habían sido destituidos. Texar, sostenido por sus partidarios, se encontraba al frente de los negocios de la ciudad.

- ¿Qué responderé? -preguntó el mensajero.

- Nada -contestó James Burbank.

El mensajero se retiró, y fue conducido de nuevo a su embarcación, que se dirigió hacia la orilla izquierda del río. Así, pues, por orden del español, los antiguos esclavos de la plantación iban a ser dispersados. Precisamente porque se les había hecho libres no tendrían el derecho de vivir libremente en el territorio de Florida.

Camdless-Bay iba a ser privado de todo este personal, con el cual contaba James Burbank para defender sus intereses, su familia y hasta su vida.

- ¡Libre en estas condiciones! -dijo Zermah-. ¡No, jamás! ¡Yo rehusó esa libertad, y puesto que es necesario vivir cerca de vos, prefiero volver a ser esclava!

Y tomando su acta de liberación la desgarró en mil pedazos, arrojándolos a los pies de James Burbank.

capítulo X

EXPECTACIÓN

Tales eran las primeras consecuencias del movimiento generoso al cual había obedecido James Burbank dando libertad a sus esclavos antes de que el ejército federal fuese dueño del territorio de Florida.

Actualmente, Texar y sus partidarios dominaban la ciudad y el condado. Seguramente iban a entregarse a todos los actos de violencia a que su naturaleza brutal y grosera debía impelerlos, es decir, a los más espantosos excesos.

Si por denuncias vagas el español no había podido conseguir la prisión de James Burbank, no había, sin embargo, alcanzado menos su objeto aprovechándose de las disposiciones de Jacksonville, cuya población estaba en gran parte sobrecitada por la conducta (de sus magistrados en el asunto del propietario de Camdless-Bay.

Después de la absolución del colono antiesclavista, que acababa de proclamar la emancipación en su dominio; del nordista cuyos votos y cuyos deseos eran manifiesta y abiertamente a favor del Norte, Texar había sublevado a las gentes de mal vivir, revuelto la ciudad, y, conseguido esto, no le costó mucho trabajo derribar a las autoridades, ya comprometidas, remplazándolas con las gentes más avanzadas de su partido, formando así una especie de comité en que los blancos esclavistas y los floridianos de origen español se repartían el poder. Habíase, además, asegurado el concurso de la milicia, ya minada desde hacía largo tiempo, y que fraternizaba con el populacho. Por consiguiente, la suerte del país estaba en sus manos.

Por otra parte, la conducta de James Burbank no encontraba la más mínima aprobación entre la mayor parte de los colonos, cuyos establecimientos ocupaban las dos riberas del río de San Juan. Estos, en efecto, podían temer que los esclavos quisieran obligarles a seguir el ejemplo del propietario de Camdless-Bay. El mayor número de los plantadores, partidarios de la esclavitud, resueltos a luchar contra las pretensiones de los unionistas, veían con extrema irritación el avance de las tropas federales y querían que Florida resistiese, como

resistían todavía los Estados del Sur.

Si en el principio de la guerra esta cuestión de la emancipación de los esclavos no les había hecho salir de su indiferencia, ahora se apresuraban a alistarse bajo las banderas de Jefferson Davis. Todos estaban dispuestos a secundar los esfuerzos de los rebeldes contra el Gobierno de Abraham Lincoln.

En estas condiciones no es de extrañar que Texar, teniendo a su favor las opiniones y los intereses unidos para defender la misma causa, por poca estimación y confianza que inspirase su persona, hubiera conseguido imponerse. De allí en adelante, iba a poder obrar como señor y dueño, menos para organizar la resistencia con el concurso de los sudistas y rechazar la flotilla del comodoro Dupont, que para satisfacer sus venganzas personales.

Así, a consecuencia del odio que profesaba a la familia Burbank, el primer cuidado de Texar había sido responder al acto de emancipación de los esclavos de Camdless-Bay, con la mencionada disposición, que obligaba a todos los manumitidos a abandonar el territorio floridiano en el plazo máximo de veinticuatro horas.

- Obrando así -decía- doy pruebas de velar por los intereses de los colonos directamente amenazados. Sí; todos ellos aprobarán este decreto, cuyo primer acto será impedir la sublevación de los esclavos en todo el Estado de Florida.

La mayoría habían, pues, aplaudido sin reserva esta orden de Texar, por arbitraria que fuese. ¡Sí! ¡Era arbitraria, inicua, insostenible! James Burbank estaba en su derecho al emancipar sus esclavos; este derecho lo poseía en absoluto en todo tiempo. Podía haberlo ejercido aun antes de que la guerra hubiese dividido a los Estados Unidos sobre la cuestión de la esclavitud. Nada debía prevalecer contra este derecho. Jamás la medida tomada por Texar podía tener en su abono la justicia ni la legalidad.

Desde luego, Camdless-Bay iba a quedar privado de sus defensores naturales. En este punto, el objeto de Texar estaba plenamente conseguido.

Bien se comprendió esto en Castle-House y seguramente hubiese sido de desear que James Burbank hubiera aguardado al día en que hubiese podido obrar sin peligro para nadie.

Pero ya se conoce lo ocurrido. Acusado delante de los magistrados de Jacksonville de estar en desacuerdo con sus principios; puesto en la alternativa de conformarse con esta acusación, e incapaz de sostener la indignación de su alma, había hecho su declaración públicamente, y públicamente también, delante del personal de la plantación, había procedido a la manumisión de los negros de Camdless-Bay.

Por consiguiente, habiéndose agravado la situación de la familia Burbank y de sus huéspedes, era preciso decidir a toda prisa lo que convenía hacer en tales

circunstancias.

Y, desde luego, el primer punto que se trató aquella misma noche en Castle-House fue el siguiente: ¿Había medio de volver sobre lo acordado en lo referente al acta de emancipación? No. Esto no hubiera cambiado el estado de las cosas. Texar, en efecto, no hubiera tenido en cuenta esta tardía reparación. Por otra parte, la unanimidad de los negros del dominio al saber la decisión tomada contra ellos por las nuevas autoridades de Jacksonville, hubiera sido apresurarse a imitar a Zermah. Todas las actas de emancipación hubieran sido desgarradas. Para no dejar Camdless-Bay, para no ser arrojados del territorio, todos hubieran vuelto a su condición de esclavos hasta el día en que por una ley del Estado, tuviesen el derecho de ser libres y vivir libremente donde les agradara. Pero, ¿qué se conseguía con esto? Decididos a defender con su antiguo dueño la plantación, que había llegado a ser una verdadera patria, ¿no lo harían con tanto ardor como cuando eran esclavos, ahora que habían llegado a ser libres? Sí, ciertamente, y Zermah salía garante de ello. James Burbank juzgó, no obstante, que no había medio de volver sobre lo que se había hecho. Todos fueron de su opinión.

Y no se engañaban, pues al día siguiente, cuando la nueva orden decretada por el comité de Jacksonville fue conocida, las pruebas de afecto y las demostraciones de fidelidad estallaron por todas partes en Camdless-Bay.

Si Texar quería poner en ejecución su decreto, se resistiría. Si quería emplear la fuerza, con la fuerza se le respondería también.

- Por otra parte -dijo Edward Carrol-, los sucesos se precipitan. En dos días, en veinticuatro horas acaso, se habrá resuelto la cuestión de la esclavitud en Florida. Pasado mañana la flotilla federal puede que haya forzado las bocas del San Juan, y entonces...

- Mas..., ¿y si las milicias, ayudadas por las tropas confederadas, quieren resistir...? -dijo Stannard.

- Si resisten, su resistencia no podrá ser de larga duración -respondió Edward Carrol-. Sin barcos, sin cañoneros, ¿cómo han de poder oponerse al paso del comodoro Dupont, al desembarque de las tropas de Sherman y a la ocupación de los puertos de Fernandina, de Jacksonville, de San Agustín? Ocupados estos puntos, los federales serán dueños de Florida. Entonces, Texar y los suyos no tendrán otro remedio que darse a la fuga.

- ¡Ah! ¡Ojalá que, por el contrario, pudieran apoderarse de este hombre...! - exclamó James Burbank-. Y cuando esté entre las manos de la justicia federal, veremos si alega todavía algún subterfugio para escapar al castigo que merecen sus crímenes.

La noche pasó sin que la seguridad de Camdless-Bay se alterase ni un solo

instante. Pero fácilmente se concibe cuáles debían de ser las angustias de la señora Burbank y también de Alicia.

Al día siguiente, 1.º de marzo, pusieron gente al acecho de todos los ruidos que viniesen de fuera. No es que la plantación estuviera amenazada este día. El decreto de Texar no había ordenado la expulsión sino dentro de las cuarenta y ocho horas siguientes. James Burbank, decidido a resistir a esta orden, tenía el tiempo necesario para organizar las medidas que le fuera posible. Lo que se trataba de recoger eran los rumores y noticias del teatro de la guerra, pues éstos podían a cada instante modificar el estado de las cosas. James Burbank y su cuñado montaron a caballo. Después de haber recorrido la ribera derecha del San Juan, se dirigieron hacia la desembocadura del río, a fin de adelantar en una decena de millas este desbordamiento de la marea que termina en la punta de San Pablo, en el sitio en que se eleva el faro. Si hubieran pasado delante de Jacksonville, situado sobre la orilla opuesta, les hubiera sido fácil reconocer si una reunión extraordinaria de embarcaciones indicaba o no alguna próxima tentativa del populacho contra Camdless-Bay. En media hora habían traspasado el límite de la plantación, y continuaron caminando hacia el Norte.

Durante este tiempo la señora Burbank y Alicia, paseando por el parque de Castle-House, cambiaban sus pensamientos y opiniones. Walter Stannard trataba vanamente de devolverles un poco de calma. Ambas tenían el presentimiento de una próxima catástrofe.

Entretanto, Zermah había querido recorrer las diversas chozas de la plantación. Aunque la amenaza de expulsión fuese ya conocida, los negros no daban muestras de hacer caso de ella. Habían emprendido de nuevo sus trabajos habituales. Decididos, del mismo modo que su antiguo dueño, a la resistencia, se preguntaban con qué derecho se les arrojaría de su país de adopción. Acerca de este punto, Zermah dio a su señora las seguridades más consoladoras. Se podía contar seguramente con el personal de Camdless-Bay.

- Sí -dijo-; todos mis compañeros preferirían la condición de esclavos, como lo he hecho yo misma, antes que abandonar la plantación y a los señores de Castle-House. Y si se les quiere obligar a ello, sabrán defender sus derechos.

No había, pues, que hacer otra cosa sino esperar la vuelta de James Burbank y de Edward Carrol. A aquella fecha de 1.º de marzo, no era imposible que la flotilla hubiera llegado ya a la vista del faro de San Pablo, dispuesta a forzar la desembocadura del San Juan. Los confederados no tendrían entonces bastante con todas sus fuerzas para oponerse a su paso, y las autoridades de Jacksonville, directamente amenazadas, no estarían en disposición de llevar a cabo sus amenazas contra los habitantes de Castle-House.

El capataz Perry hacía también su visita cotidiana a los talleres y plantíos de

la posesión. También pudo percatarse de las buenas disposiciones de los negros.

Aunque no quisiera darse por convencido de ello, veía bien que si habían cambiado de condición, su asiduidad al trabajo y su cariño a la familia Burbank habían permanecido los mismos. En cuanto a resistir a lo que pudiera intentar contra ellos el populacho de Jacksonville, estaban firmemente resueltos a ello. Pero, según la opinión de Perry, más obstinado que nunca en sus ideas esclavistas, estos hermosos sentimientos no podían durar mucho tiempo. La naturaleza acabaría por reclamar sus derechos. Después de haber disfrutado de la independencia, ¿volverían estos nuevos emancipados a la esclavitud? ¿Volverían a bajar por voluntad propia al rango que la naturaleza les había señalado, entre el hombre y el animal?

Embebido en estos pensamientos, se encontró de pronto con el vanidoso Pigmalión. Este imbécil había aumentado todavía su orgullo de la víspera y la actitud de pedantería que le era habitual.

Al verle pavonearse con las manos cruzadas a la espalda y la cabeza alta, se comprendía bien que ya era un hombre libre. Pero lo cierto es que no por eso trabajaba más.

- ¡Eh, señor Perry, buenos días! -dijo con tono altanero.
- ¿Qué haces ahí, perezoso?
- Pues, me paseo. ¿No tengo el derecho de no hacer nada, puesto que ya no soy un vil esclavo, y llevo mi acta de emancipación en el bolsillo?
- ¿Y quién te mantendrá de hoy en adelante, Pig?
- Yo, señor Perry.
- ¿Y cómo?
- Pues..., comiendo.
- Pero, ¿quién te dará de comer?
- Mi amo.
- ¿Tu amo? ¿Has olvidado ya que ahora no tienes dueño? ¡Tonto!
- No. No lo tengo, ni lo tendré más. Pero Mr. James Burbank no me despedirá de la plantación, donde, sin que sea alabarme, presto algunos buenos servicios.
- Al contrario... Te despedirá.
- ¡Que me despedirá!
- Sin duda. Cuando le pertenecías podía conservarte, aun cuando no hicieses nada; pero desde el momento en que ya no le perteneces, si persistes en no querer trabajar, te pondrá muy fresco a la puerta, y veremos entonces lo que haces de tu libertad, bobalicón.

Evidentemente, Pigmalión no había mirado la cuestión bajo este punto de vista.

- ¡Cómo, Mr. Perry! ¿Creéis que Mr. Burbank sea tan cruel que...?

- Eso no es crueldad -replicó el capataz-; es la lógica de las cosas que conduce a eso. Por otra parte, que Mr. Burbank lo quiera o no, hay un decreto de las autoridades de Jacksonville que ordena la expulsión de todos los emancipados fuera del territorio de Florida.

- ¿Es verdad eso?

- Tan verdad como es; y veremos cómo salís del apuro tus compañeros y tú, ahora que ya no tenéis dueño.

- ¡Yo no quiero marcharme de Camdless-Bay! -gritó Pigmalión-. Puesto que soy libre...

- ¡Sí, tú eres libre para marcharte, pero no para quedarte aquí! Te aconsejo, pues, que hagas tus preparativos.

- ¿Y qué va a ser de mí?

- Eso..., tú lo sabrás.

- Pero, en fin, puesto que soy libre... -volvió a decir Pigmalión, que volvía siempre a su tema.

- Pues bien; eso no parece bastante.

- ¡Decidme entonces lo que hay que hacer, señor Perry!

- ¿Lo que es preciso hacer...? Oye, escucha bien, y sigue mi razonamiento, si eres capaz de ello.

- Sí, lo soy.

- Tú estás emancipado, ¿no es verdad?

- Sí, ciertamente, señor Perry; os lo repito: tengo mi acta en el bolsillo.

- Desgárrala.

- ¡Jamás!

- Bueno; puesto que rehúsas, no veo más que un remedio, si quieres continuar en el país.

- ¿Y cuál?

- Cambia de color, imbécil. Cambia, Pig, cambia. Cuando te hayas vuelto blanco tendrás derecho para permanecer en Camdless-Bay. Hasta entonces, no.

El capataz, encantado de haber dado una lección a la vanidad de Pigmalión, le volvió la espalda.

Pig quedó solo, muy pensativo. Bien lo veía: no bastaba ser libre para conservar su puesto; era preciso ser blanco. ¿Y cómo diablos se puede uno arreglar para volverse blanco, cuando la naturaleza le ha dado un negro de ébano?

Así es que el pobre Pigmalión, volviendo a Castle-House, se rascaba la piel hasta hacerse saltar sangre.

Un poco antes del mediodía, James Burbank y Edward Carrol estaban de

vuelta en Castle-House. No habían visto nada inquietante por el lado de Jacksonville. Las embarcaciones ocupaban su sitio habitual en el puerto, las unas amarradas a los muelles, las otras en el canal. Sin embargo, se notaban algunos movimientos de tropas al otro lado del río. Varios destacamentos de soldados confederados se habían dejado ver sobre la ribera izquierda del San Juan; pero se dirigían hacia el Norte, en dirección al condado de Nassau. Por consiguiente nada parecía amenazar a Camdless-Bay.

Llegados al límite de la marea, James Burbank y su compañero volvieron sus miradas hacia alta mar. Ni una vela aparecía en toda la extensión azul, ni el humo de un buque de vapor se elevaba en el horizonte, que indicase la llegada o la aproximación de la escuadra. En cuanto a los preparativos de defensa en esta parte de la costa floridiana, eran nulos. Ni baterías de tierra, ni trincheras de ninguna especie. Ningún preparativo para defender la entrada del río. Si los buques federales se presentaban, sea delante de la bahía de Nassau, sea en la misma desembocadura del San Juan, podrían penetrar sin obstáculo alguno.

Solamente existía el faro de San Pablo, y éste se hallaba inservible. Su linterna había sido desmontada, y no se podían alumbrar los pasos. Sin embargo, esto no impedía la entrada de la escuadra más que de noche.

Esto es todo lo que pudieron contar James Burbank y Edward Carrol cuando estuvieron de vuelta para el almuerzo. En suma, y como noticia tranquilizadora, no se observaba en Jacksonville ningún movimiento que pudiera indicar una agresión inmediata, como era de temer en Camdless-Bay.

- Sea -respondió Walter Stannard-. Pero lo que es inquietante es que la flotilla del comodoro Dupont no esté todavía a la vista. Hay en esto un retraso que me parece inexplicable.

- En efecto -replicó Edward Carrol-. Si esta flotilla se ha dado a la mar anteayer, saliendo de la bahía de Saint-Andrews, debiera estar ya a lo largo de las costas de Fernandina.

- El tiempo ha sido pésimo durante estos días -replicó James Burbank-, y es posible que Dupont haya debido alejarse de la costa por los vientos del Oeste, que pudieran haberle empujado y causado averías. Pero el viento ha calmado desde esta mañana, y no me sorprendería que esta misma noche...

- ¡Que el cielo te escuche, querido James! -dijo la señora Burbank-, ¡Y quiera Dios ayudarnos!

- Mr. James -dijo Alicia-, puesto que el faro de San Pablo no puede ser encendido, ¿cómo ha de penetrar esta noche la flotilla en el San Juan? ¿Cómo podrá hacerlo?

- En el San Juan sería imposible, en efecto, mi querida Alicia -respondió James Burbank-. Pero antes de atacar las bocas del río es preciso que los

federales se apoderen de la isla Amelia, y después del caserío de Fernandina a fin de hacerse dueños del camino de hierro de Cedar-Keys. Yo espero, pues, ver los buques del comodoro Dupont remontar el San Juan antes de tres o cuatro días.

- Tenéis razón, James -respondió Edward Carrol-. Creo que la toma de Fernandina bastará para Obligar a los confederados a batirse en retirada. Acaso hasta las milicias abandonarán a Jacksonville sin esperar la llegada de los cañoneros. En este caso Camdless-Bay no estaría ya amenazado por Texar y sus secuaces.

- Sí; esto es muy posible, amigos míos -respondió James Burbank-. Que los federales pongan solamente un pie sobre el territorio de Florida y no es preciso más para garantizar nuestra seguridad. ¿Hay algo de nuevo en la plantación?

- Nada, Mr. Burbank -respondió Alicia-; yo he sabido por Zermah que los negros habían vuelto a sus ocupaciones habituales en los talleres, en las fábricas y en los bosques. Asegura que están siempre dispuestos a sacrificarse hasta el último de ellos por defender la plantación.

- Esperemos todavía que no haya necesidad de poner a prueba sus buenas disposiciones. O estoy muy engañado, o los bribones que se han impuesto a las gentes honradas por la violencia, huirán de Jacksonville en cuanto los federales se hayan aproximado a las costas de Florida. Sin embargo, estemos con cuidado y tengamos precaución. Después de almorzar, Stannard, nos acompañaréis a Carrol y a mí en la visita que pensamos hacer hacia la parte más expuesta del dominio.

»No quisiera, mi querido amigo, que Alicia y vos estuviéseis expuestos a mayores peligros en Camdless-Bay que en Jacksonville; y en verdad no me perdonaría nunca el haberos hecho venir aquí, en el caso de que las cosas tuvieran mal resultado.

- Mi querido James -respondió Stannard-, si nosotros nos hubiésemos quedado en nuestra habitación de Jacksonville, es muy verosímil que a estas fechas estaríamos en gran peligro, expuestos a las exacciones de las autoridades, como todos aquellos cuyas opiniones son contrarias a la esclavitud.

- En todo caso, Mr. Burbank -añadió Alicia-, aun cuando los peligros debiesen ser mayores aquí, ¿no es mejor que todos los compartamos?

- Sí, querida mía -respondió James Burbank- Pero tengo buenas esperanzas y creo que Texar no tendrá ni aun el tiempo necesario para poner en ejecución su decreto contra el personal de Camdless-Bay.

Durante la tarde, hasta la hora de comer, James Burbank y los dos amigos visitaron todas las cabañas de la plantación. Perry les acompañaba. Todos pudieron persuadirse de que las disposiciones de los negros eran excelentes.

James Burbank no pudo contener su deseo de llamar la atención de su capataz acerca del celo con que los recién emancipados habían reanudado sus tareas. Ni uno solo faltaba a la lista.

- Sí, sí -respondió Perry-. Falta saber cómo serán hechos los trabajos ahora.

- ¡Ah! En cuanto a eso, Perry, creo que estos pobres negros no han cambiado de brazos al cambiar de condición; me figuro al menos que no.

- Todavía no, Mr. James -respondió el terco capataz-; pero bien pronto notaréis que no tienen las mismas manos al extremo de los brazos.

- ¡Vamos, vamos, Perry! -replicó alegremente James Burbank-. Imagino que sus manos tendrán siempre cinco dedos, y verdaderamente no se les puede pedir más.

Terminada la visita, James Burbank y sus compañeros volvieron a Castle-House. La noche se pasó todavía más tranquila que la víspera. Con la ausencia de toda noticia de Jacksonville se habían acostumbrado a esperar y a creer que Texar renunciaba a poner en ejecución sus amenazas o que le faltaba el tiempo necesario para realizarlas.

Sin embargo, durante la noche se tomaron severas y minuciosas precauciones. Perry y los subcapataces organizaron rondas en las lindes del dominio, y más especialmente hacia las riberas del San Juan. A los negros se les había prevenido que se replegaran detrás de la empalizada del recinto en caso de alarma, y se estableció una guardia en la poterna exterior.

Varias veces, por precaución, James Burbank y sus amigos se relevaron, a fin de asegurarse de que sus órdenes eran puntualmente ejecutadas. Cuando el sol reapareció, ningún incidente había turbado el reposo de los habitantes de Camdless-Bay.

Capítulo XI

PREPARATIVOS DE COMBATE

Al día siguiente, 2 de marzo, James Burbank recibió noticias por uno de sus capataces, que había podido atravesar el río a nado sin despertar sospechas, yendo y volviendo de Jacksonville.

Estas noticias, de cuya certidumbre no se podía dudar, eran muy importantes, como podrá juzgarse.

El comodoro Dupont, al rayar el alba, había venido a echar el ancla en la bahía de Saint-Andrews, al este de la costa de Georgia. El *Wabash*, en el cual estaba enarbolado su pabellón, marchaba a la cabeza de una escuadrilla compuesta de veintiséis buques, o sean, dieciocho cañoneros, dos transportes armados en guerra y otros seis transportes, en los cuales se había embarcado la brigada del general Wright.

Tal como Gilbert había dicho en su última carta, el general Sherman acompañaba esta expedición.

Inmediatamente el comodoro Dupont, cuya arribada había retardado el mal tiempo, se apresuró a tomar las medidas necesarias para forzar los pasos del Saint-Mary. Estos pasos, bastante difíciles, están abiertos a la desembocadura del río de este nombre, hacia el norte de la isla Amelia, en la frontera de Georgia y Florida.

Fernandina, la principal posición de la isla, estaba protegida por el fuerte Clinch, cuyos espesos muros de piedra contenían una guarnición de mil quinientos hombres. En esta fortaleza, en la cual era posible una defensa bastante larga, ¿harían resistencia los sudistas a las tropas federales? Todo inducía a creerlo. Sin embargo, no ocurrió así.

Según las noticias llevadas por el capataz, en Jacksonville corría el rumor de que los confederados habían evacuado inmediatamente el fuerte Clinch en el momento en que la flotilla se presentaba delante de los pasos del Saint-Mary; y no solamente habían abandonado el fuerte Clinch, sino también toda Fernandina, la isla Cumberland y toda esta parte de la costa floridiana.

Aquí terminaban las noticias llevadas a Camdless-Bay. Inútil es insistir sobre la importancia de tales noticias bajo el punto de vista especial de la plantación. Puesto que los federales habían desembarcado en Florida, el Estado, todo entero, no podía tardar en caer en su poder. Evidentemente, algunos días pasarían todavía antes que los cañoneros de la flotilla hubiesen podido franquear la barra del San Juan; pero su proximidad impondría respeto a las nuevas autoridades de Jacksonville.

Había, pues, motivo para esperar que, por temor a las represalias, Texar y los suyos no se atreverían a emprender nada contra la plantación de un nordista tan caracterizado como James Burbank.

Esto fue verdadero motivo de tranquilidad para la familia, que pasó súbitamente del temor a la esperanza; y para Alicia Stannard, como para la señora Burbank, era la certidumbre de que Gilbert no estaba lejos de ellas, la seguridad de que verían pronto la una a su hijo, la otra a su prometido, sin que tuviesen que temer por su seguridad.

En efecto, el joven teniente no hubiera tenido que recorrer más que treinta millas desde Saint-Andrews para llegar al pequeño puerto de Camdless-Bay. Pero en aquel momento estaba de servicio a bordo del cañonero *Ottawa*, y este cañonero acababa de distinguirse en un hecho de armas del cual los anales marítimos no habían tenido ejemplo todavía.

Veamos lo que había pasado durante la mañana del 2 de marzo; detalles importantes que el capataz no había podido adquirir durante su visita a Jacksonville, pero que importa conocer para la inteligencia de los graves sucesos que iban a ocurrir.

Desde que el comodoro Dupont tuvo conocimiento de la evacuación del fuerte Clinch por la guarnición confederada, envió algunos buques de mediano calado a través de los pasos del Saint-Mary.

Pero ya la población blanca se había retirado al interior del país al abrigo de las tropas sudistas, abandonando los caseríos, las aldeas y las plantaciones de la costa. Aquello fue un verdadero pánico, provocado por las ideas de represalias que los separatistas atribuían falsamente a los jefes federales. Y no solamente en Florida, sino también en la frontera de Georgia, y en toda la parte del Estado comprendida entre las bahías de Ossabaw y de Saint-Mary, los habitantes optaron en seguida por la retirada, para no caer en poder de las tropas de desembarque de la brigada Wright.

Sucedió, pues, que los buques del comodoro Dupont no tuvieron que disparar un solo cañonazo para tomar posesión del fuerte Clinch y de Fernandina. Solamente el cañonero *Ottawa*, en el cual Gilbert, siempre acompañado de Mars, el cariñoso marido de Zermah, ejercía las funciones de

segundo, tuvo que hacer uso de sus piezas por las circunstancias siguientes.

La ciudad de Fernandina está en comunicación con el litoral Oeste de Florida, que la corta sobre el golfo de México por un ramal de ferrocarril que la une al puerto de Cedar-Keys. Este ferrocarril sigue primero la costa de la isla Amelia; después, antes de tocar en tierra firme, se extiende a través de la bahía de Nassau, por un largo puente sostenido por pilotes.

En el momento en que el *Ottawa* llegaba al centro de esta bahía, un tren entraba en el puente. La guarnición de Fernandina huía, llevando consigo todas sus provisiones. Además, iba también acompañada de algunos personajes importantes de la ciudad. En seguida el cañonero, forzando su máquina, se dirigió hacia el puente e hizo fuego con sus piezas de combate, así contra los pilotes como contra el tren en marcha. Gilbert, situado en la proa, dirigió los tiros. Hubo algunos disparos felices. Entre otros, un obús hizo blanco en el último vagón del convoy, cuyos ejes fueron rotos, así como las cadenas de amarre. Pero el tren, sin detenerse un solo momento, lo cual hubiera hecho su situación muy peligrosa, no se ocupó más del último vagón. Lo dejó abandonado, y continuando su marcha a toda velocidad, se internó en el suroeste de la Península. En este momento llegó un destacamento de federales que había desembarcado en Fernandina, y se lanzó sobre el puente. En un instante el vagón fue capturado con todos los fugitivos que en él se encontraban, principalmente, el coronel Gardner, que mandaba a la sazón en Fernandina; se tomaron sus nombres, se les detuvo veinticuatro horas, para ejemplo, en uno de los buques de la escuadra, y después se les puso en libertad.

Cuando el tren desapareció, el *Ottawa* contentóse con atacar un vapor cargado de materiales que se había refugiado en la bahía, y se apoderó de él con tres piezas de artillería.

Estos sucesos eran de suficiente importancia para esparcir el desaliento entre las tropas confederadas y los habitantes de las ciudades floridianas. Esto fue lo que aconteció, particularmente en Jacksonville, que no estaba lejos de Fernandina. La parte del San Juan que alcanza la marea no tardaría en ser forzada como lo había sido la del Saint-Mary; esto no ofrecía duda alguna. Por consiguiente, era muy verosímil que los unionistas no encontrasen en Jacksonville más resistencia que en San Agustín y en los demás puntos del condado.

Esto era a propósito para tranquilizar a la familia de James Burbank. Texar, en estas condiciones no se atrevería (al menos así debía presumirse) a llevar adelante sus proyectos. Sus partidarios y él no tardarían en ser derrotados, y esto muy en breve, por la sola fuerza de los acontecimientos. Las gentes honradas ocuparían de nuevo el poder, que un motín popular les había arrebatado.

Había, por tanto, muchas razones para pensarlo así, y por consecuencia, motivos sobrados para esperar; más tranquilos. Así fue que, desde el momento en que el personal de Camdless-Bay adquirió tan importantes noticias, que no tardaron en ser conocidas en Jacksonville, su alegría se manifestó por ¡hurra! y ¡bravos!

en los cuales Pigmalión tomó una buena parte. Sin embargo, era preciso no abandonar las precauciones que debían asegurar, durante algún tiempo todavía, la tranquilidad del dominio, es decir, hasta el momento en que los cañoneros aparecieran en las aguas del río.

¡Era preciso velar! Desgraciadamente, y esto es lo que no podía suponer ni el mismo James Burbank, iba a transcurrir toda una semana antes de que los federales estuvieran en disposición de remontar el San Juan para hacerse dueños de todo su curso. Y durante este tiempo, ¡qué de peligros habían de amenazar a Camdless-Bay!

En efecto, el comodoro Dupont, aunque ocupaba Fernandina debía obrar con cierta circunspección. Entraba en sus planes dejar ver el pabellón federal en todos los puntos en los cuales sus barcos pudieran encontrarse a la vez. Dividió, pues, en varias su flotilla. Un cañonero marchó por el río Saint-Mary a fin de apoderarse de la pequeña ciudad de este nombre, y avanzar veinte leguas adentro en el territorio. Al Norte, otros tres cañoneros, mandados por el capitán Godon, iban a explorar las bahías y a apoderarse de las islas Jykill y San Simón tomando posesión de la pequeña ciudad de Brunswik y de la de Darien, abandonadas en parte por sus habitantes. Sus lanchas de vapor de poco calado estaban destinadas, a las órdenes del teniente Stevens, a remontar el San Juan para reducir a Jacksonville. En fin, el resto de la escuadra, mandada por el mismo Dupont, se disponía a entrar de nuevo en el mar con objeto de ocupar San Agustín, y de bloquear el litoral hasta Mosquito Inlet, cuyos pasos estarían entonces cerrados para el contrabando de guerra.

Pero este conjunto de operaciones no podía llevarse a cabo en veinticuatro horas, y veinticuatro horas bastaban para que el territorio fuese entregado a las devastaciones de los sudistas.

Hacia las tres de la tarde del citado día, James Burbank concibió las primeras sospechas de lo que se preparaba contra él. El capataz Perry, después de una excursión de reconocimiento que había hecho por el límite de la plantación, entró rápidamente en Castle- House, y dijo;

- Mr. James, se notan algunas gentes de aspecto sospechoso que comienzan a aproximarse a Camdless- Bay.

- ¿Por el Norte, Perry?

- Por el Norte.

Casi en el mismo instante, Zermah, volviendo del puerto, hacía saber a su señor que varias embarcaciones remontaban el río, aproximándose a la ribera derecha.

- ¿Vienen de Jacksonville?

- Seguramente.

- Entremos en Castle-House -respondió James Burbank-, y no salgáis de allí bajo ningún pretexto, Zermah.

- Está bien, señor.

James Burbank, de vuelta en medio de su familia, no pudo ocultarles que la situación comenzaba a ser inquietante. En previsión de un ataque, resultaría seguramente mucho mejor que, en aquella situación, todos estuviesen prevenidos con antelación.

- Es decir -dijo Stannard-, ¿que esos miserables, en vísperas de ser aplastados por los federales, se atreverán...?

- Sí -respondió fríamente James Burbank-. Texar no puede menos de aprovechar una ocasión semejante para vengarse de nosotros, dispuesto como está a desaparecer cuando esté satisfecha su venganza.

Y después, animándose, dijo:

- Pero los crímenes de este hombre, ¿continuarán impunes? ¿Se librará siempre? En verdad que, después de haber dudado de la justicia humana, esto sería para dudar de la justicia del cielo.

- James -dijo la señora Burbank-, en el momento en que acaso no podemos contar más que con la ayuda de Dios..., no le acuses.

- Y pongámonos en guardia -añadió Alicia.

James Burbank recobró su sangre fría, y se ocupó en dar las órdenes oportunas para la defensa de Castle-House.

- ¿Están prevenidos los negros? -preguntó Edward Carrol.

- Van a estarlo en seguida -respondió James Burbank-. Mi opinión es que precisa limitamos a defender el recinto que protege el parque reservado y la habitación. No podemos pensar en detener en la frontera de Camdless-Bay un verdadero ejército de gentes en armas, pues es de suponer que los asaltantes vendrán en gran número. Conviene, pues, apostar nuestros defensores en derredor de la empalizada. Si por desgracia ésta es forzada y deshecha, Castle-House, que ha resistido ya los ataques de las bandas de semínolas, podrá sostenerse contra los bandidos de Texar. Que mi mujer, Alicia, Dy y Zermah, a la cual confío las tres, no salgan de Castle-House sin mi orden. En el caso de que nosotros nos veamos seriamente amenazados, es necesario que todo esté prevenido para que puedan salvarse por el túnel que comunica con la pequeña ensenada de San Marino, en el río San Juan. Una embarcación estará allí oculta

entre las hierbas, con dos de nuestros hombres, y en ese caso, tú, Zermah, remontarás el río para buscar abrigo en el pabellón de la Roca de los Cedros.

- Pero..., ¿y tú, James?

- ¿Y vos, padre mío?

La señora Burbank y Alicia habían cogido por un brazo, la una a James Burbank, la otra a Stannard, como si hubiera llegado ya el momento de refugiarse fuera de Castle-House.

- Nosotros haremos todo cuanto sea posible para reunimos con vosotras cuando la posición no sea sostenible -respondió James Burbank-. Pero es preciso que prometáis que, si el peligro llegase a ser serio, iréis a poneros en seguridad en el retiro de la Roca de los Cedros. Así, nosotros tendremos más valor y más audacia para rechazar a los malhechores y resistir hasta quemar el último cartucho.

Esto era evidentemente lo que convenía hacer, si los asaltantes, demasiado numerosos, conseguían forzar la empalizada e invadían el parque para atacar directamente a Castle-House.

James Burbank se ocupó en seguida de concentrar todo su personal. Perry y los demás capataces recorrieron las diversas chozas para reunir a todo el mundo. Antes de una hora los negros útiles para la defensa estaban en fila en los alrededores de la poterna, delante de la empalizada. Sus mujeres y sus hijos habíanse ido con anticipación a buscar refugio en los montes que rodean a Camdless-Bay.

Desgraciadamente, los medios de organizar una defensa seria eran bastante escasos en Castle-House. En las circunstancias actuales, es decir, desde el principio de la guerra, había sido casi imposible procurarse armas y municiones en cantidad suficiente para todo el personal de la plantación. En vano hubiera sido querer comprarlas en Jacksonville, y era preciso contentarse con las que habían quedado en la casa, después de las últimas luchas sostenidas contra los semínolas bastante antes de los hechos que relatamos.

En suma, el plan de James Burbank consistía en preservar a Castle-House del incendio y de la invasión. Proteger el dominio entero, querer salvar los talleres, las fábricas, los almacenes, las chozas, impedir que la plantación fuese devastada, no hubiera podido, y por consiguiente no lo pensó. Apenas había trescientos negros que oponer a los asaltantes, y aun aquellas buenas gentes estaban muy desigual e insuficientemente armadas. Algunas docenas de fusiles fueron distribuidos entre los más diestros, después que las armas de precisión fueron separadas, reservándolas para James Burbank, sus amigos, Perry y los demás capataces. Todos se habían reunido en la poterna y habían dispuesto sus hombres de manera que pudieran oponer la mayor resistencia posible al asalto

que amenazaba el recinto de la empalizada, defendida además por el arroyo circular cuyas aguas bañaban su base.

No es preciso decir que, en medio de este tumulto, Pigmalión, muy afanoso, muy atareado, iba y venía, sin prestar ningún servicio verdaderamente útil. Parecía uno de esos clowns de los circos, que aparentan hacerlo todo y no hacen absolutamente nada, si no es hacer reír al público con sus tonterías. Por otra parte, Pigmalión se consideraba como uno de los defensores especiales de la habitación, y no pensaba en mezclarse con sus camaradas, situados en el recinto exterior. Jamás se sintió tan apegado y tan afecto a la familia Burbank. Todo estaba dispuesto y por consiguiente se esperaban los acontecimientos. La cuestión estaba en saber por qué lado empezaría el ataque. Si los asaltantes se presentaban por el límite septentrional de la plantación, la defensa podría organizarse más eficazmente. Si, por el contrario, atacaban por el río, sería más difícil, por hallarse Camdless-Bay abierto por este lado. Es verdad que un desembarco es siempre una operación difícil de realizar. En todo caso, sería preciso un gran número de embarcaciones para transportar toda la gen{e armada de una a otra ribera del San Juan.

Esto es lo que discutían James Burbank, Carrol y Stannard, esperando la vuelta de los exploradores que habían sido enviados a los límites de la plantación.

No debían tardar en saber a qué atenerse respecto a la dirección que debía darse a las operaciones de defensa.

En efecto: hacia las cuatro y media de la tarde los exploradores se replegaron después de haber abandonado el límite septentrional de la plantación y dieron las siguientes noticias:

Una columna de hombres armados, viniendo en aquella dirección, se dirigía a Camdless-Bay, ¿era éste un destacamento de milicias del condado? ¿Era acaso una parte del populacho pagada con fondos de la ciudad, o solamente gente allegadiza y organizada para el pillaje, que se había encargado de hacer ejecutar el decreto de Texar?

Hubiera sido difícil de resolver. En todo caso, esta columna debía contar con más de mil hombres, y sería casi imposible hacerle frente con el personal de la plantación. Cabía esperar, sin embargo, que si lograban saltar la empalizada, Castle-House les opondría una resistencia más seria y sostenida.

Lo que era evidente a todas luces, es que esta columna no había querido intentar un desembarco, que podía ofrecer bastantes dificultades en el pequeño puerto de Camdless-Bay, o sobre cualquier punto de las orillas del río, dentro de la plantación. Así es que había pasado el río por bajo de Jacksonville, con ayuda de cincuenta embarcaciones. Tres o cuatro viajes de cada una habrían bastado

para efectuar el transporte de todos.

Era, pues, una prudente resolución de James Burbank haber hecho replegar toda su gente al recinto del parque de Castle-House, puesto que hubiera sido imposible disputar el límite del dominio a una tropa suficientemente armada, y de un efectivo quíntuplo del suyo.

Y entretanto, ¿quién dirigía a los asaltantes? ¿Era Texar en persona? No parecía probable. En efecto, en el momento en que se veía amenazado por la aproximación de los federales, el español podía haber juzgado temerario ponerse a la cabeza de su banda. Si a pesar de esto lo hacía, era porque, una vez su obra; de venganza consumada, devastada la plantación, la familia Burbank degollada o prisionera suya, estaba decidido a huir hacia los territorios del Sur, acaso hasta los mismos Everglades, países retirados en la Florida meridional, donde sería muy difícil cogerle.

Esta eventualidad, la más grave de todas, es la que preocupaba a James Burbank. Por esta razón es por lo que había resuelto poner en seguridad a su mujer, a su hija y a Alicia Stannard, confiadas al afecto de Zermah en aquel retiro de la Roca de los Cedros, situado a algunas millas por encima de Camdless-Bay. Si se veían obligados a retirarse y abandonar el dominio a los asaltantes, en aquel punto sería donde sus amigos y él procurarían reunirse con su familia, esperando allí que la tranquilidad estuviese asegurada, bajo la protección del ejército federal.

Una embarcación oculta entre los cañaverales del río San Juan, y confiada a la guardia de dos negros, esperaba a la extremidad del túnel que ponía en comunicación el edificio de Castle-House con la bahía de San Marino. Pero antes de llegar a esta operación, si era necesaria, era preciso defenderse, resistir algunas horas, al menos hasta la noche. Gracias a la oscuridad, la embarcación podría entonces remontar más seguramente el río, sin correr el riesgo de ser perseguida por las lanchas sospechosas que vagaban errantes por la superficie del mismo.

Capítulo XII

LA NOCHE DEL DOS DE MARZO

James Burbank, sus compañeros y la mayor parte de los negros de Camdless-Bay estaban preparados para el combate. No tenían que hacer más que esperar el ataque. Las disposiciones estaban tomadas para resistir, primero detrás de la empalizada del recinto que defendía el parque particular, después al abrigo de los muros de Castle-House en el caso de que, invadido el parque, fuera necesario refugiarse en la casa.

Hacia las cinco de la tarde, algunos clamores, bastante distintos ya, indicaban que los asaltantes no estaban lejos. Por otra parte, a falta de sus gritos, no hubiera sido difícil reconocer que ocupaban toda la parte norte del dominio. En algunos sitios, espesas humaredas se arremolinaban por encima de los bosques que cerraban el horizonte por este lado.

Los talleres de aserrar habían sido pasto de las llamas, las chozas de los negros, devoradas por el incendio después de haber sido saqueadas. Estas pobres gentes no habían tenido tiempo de poner en seguridad los pocos objetos que poseían, y de los cuales el acta de emancipación les aseguraba la propiedad por toda la vida. Al tener noticia de tal hecho, varios gritos de desesperación respondieron a los rugidos de la banda de incendiarios, ¡y qué gritos de cólera! Era su único bien lo que aquellos malhechores acababan de destruir, después de haber invadido a Camdless-Bay.

Entretanto los clamores se aproximaban poco a poco a Castle-House. Siniestros resplandores, subiendo cada vez más altos, iluminaban el horizonte hacia el Norte, como si el sol se hubiese ocultado en aquella ocasión.

Algunas veces, calientes humaredas llegaban hasta el castillo. Oíanse también detonaciones violentas, producidas por las maderas secas, almacenadas en los talleres de la plantación. Bien pronto, una explosión más ruidosa indicó que una caldera de la sierra de vapor acababa de estallar.

James Burbank, Edward Carrol y Stannard se encontraban entonces delante de la poterna del recinto. Allí recibían y dirigían los destacamentos de negros

que venían replegándose poco a poco.

Se esperaba ver a los invasores de un instante a otro. Indudablemente, un tiroteo más fuerte indicaría el momento en que se hallarían a corta distancia de la empalizada. Podrían hacerlo tanto más fácilmente cuanto que los primeros árboles se agrupaban a más de cincuenta metros de dicho recinto. Era, pues, posible aproximarse casi a cubierto, y las balas llegarían antes de haber visto de dónde salían los fusiles.

Después de haber celebrado una especie de consejo, James Burbank y sus amigos determinaron, por creerlo oportuno, poner su personal al abrigo de la empalizada. Allí, los negros que estaban armados estarían menos expuestos haciendo fuego por los ángulos que los extremos puntiagudos de las tablas de la empalizada formaban en su parte superior. Luego, cuando los asaltantes trataran de franquear el foso lleno de agua, a fin de tomar el recinto a viva fuerza, se lograría quizá rechazarlos.

La orden fue ejecutada; los negros se colocaron en la parte interior, y la portena iba a ser cerrada, cuando James Burbank, echando una última ojeada por el exterior, divisó a un hombre que corría a todo correr, como si hubiera querido refugiarse entre los defensores de Castle-House.

Aquel hombre lo deseaba, en efecto, tanto, que desde el bosque vecino le dispararon algunos tiros, pero sin alcanzarle. De un salto se precipitó por el puentecillo, y se encontró bien pronto en seguridad, dentro del recinto, cuya puerta, cerrada en seguida, quedó sólidamente asegurada.

- ¿Quién sois? -le preguntó James Burbank.

- Uno de los empleados de Mr. Harvey, vuestro corresponsal en Jacksonville -respondió el hombre.

- ¿Es Mr. Harvey quien os ha enviado a Castle-House con alguna comunicación?

- Sí; pero el río estaba vigilado, y no he podido venir directamente por el San Juan.

- ¿Y cómo habéis podido uniros a los invasores sin despertar sospechas?

- Porque vienen seguidos de toda una caterva de pillería. Yo me he mezclado entre ellos, y cuando me he encontrado en disposición de huir, lo he hecho, a riesgo de recibir algún balazo.

- Está bien, amigo mío, gracias. ¿Tenéis, sin duda, alguna carta de Mr. Harvey para mí?

- Sí, señor; aquí está.

James Burbank tomó la esquila y leyó. Harvey le decía que podía prestar toda su confianza al mensajero John Bruce, cuya fidelidad le era conocida. Después de haberle oído, Mr. Burbank vería lo que le convenía hacer para la

seguridad de su familia y de sus compañeros.

En este momento, una docena de tiros resonaron en la parte exterior. No había, pues, un instante que perder.

- ¿Qué me hace saber Mr. Harvey por vuestro conducto? -preguntó James Burbank.

- Primero esto: que la gente armada que ha pasado el río para venir sobre Camdless-Bay cuenta de mil cuatrocientos a mil quinientos hombres.

- No los había yo calculado en menos. ¿Y qué más? ¿Viene Texar a la cabeza?

- Ha sido imposible para Mr. Harvey enterarse -replicó John Bruce-. Pero lo que es cierto es que Texar salió de Jacksonville hace veinticuatro horas.

- ¡Esto debe ocultar alguna nueva maquinación de ese miserable! -respondió James Burbank.

- Sí -replicó John Bruce-; ésta es la opinión de Mr. Harvey. Por otra parte, Texar no tiene necesidad de estar allí para hacer ejecutar la orden relativa a la expulsión de los liberados.

- ¡Expulsarlos! -gritó James Burbank-. ¡Expulsarlos ayudándose con el incendio y el pillaje...!

- Así es que Mr. Harvey piensa, puesto que es tiempo todavía, que haríais bien en poner en seguridad a vuestra familia, haciéndola abandonar inmediatamente Castle-House.

- Castle-House se halla en estado de resistir -respondió James Burbank-, y mi familia no lo dejará hasta que la situación llegue a ser insostenible. ¿No hay nada de nuevo en Jacksonville?

- Nada, Mr. Burbank.

- Y las tropas federales, ¿no han hecho ningún movimiento todavía hacia Florida?

- Ninguno desde que han ocupado Fernandina y la isla de Saint-Mary.

- Por tanto, el objeto de vuestra misión es...

- Primeramente haceros saber que la dispersión de los esclavos no es más que un pretexto imaginado por Texar para devastar la plantación y apoderarse de vuestra persona.

- ¿Y no sabéis -replicó James Burbank insistiendo-, si Texar está a la cabeza de los malhechores?

- No, Mr. Burbank. Mr. Harvey ha procurado saberlo, pero ha sido en vano; y yo mismo, después que he salido de Jacksonville, no he podido adquirir ninguna noticia segura de él.

- ¿Se han unido algunos individuos de la milicia a esta banda de salteadores?

- Un centenar, a lo más -respondió John Bruce-; pero el populacho que lleva consigo está compuesto de los peores malhechores. Texar les ha hecho armar, y es de temer que se entreguen a toda clase de excesos. Os lo repito, Mr. Burbank: la opinión de Mr. Harvey es que haríais bien en abandonar inmediatamente Castle-House. Así me ha encargado que os lo diga y que él ponía su quinta de Hampton-Red a vuestra disposición. Esta quinta está situada a una decena de millas río abajo, a la derecha del San Juan. Allí podéis estar en seguridad durante algunos días.

- Sí, ya lo sé.

- Yo podría conducirlos secretamente allí a vos y a vuestra familia, con la condición de dejar Castle-House en este mismo instante, antes de que toda retirada se haga imposible.

- Doy gracias a Mr. Harvey, y a vos también, amigo mío -respondió James Burbank-; pero todavía no nos hallamos en situación tan desesperada.

- Como queráis, Mr. Burbank -respondió John Bruce-; yo, de todos modos, quedo a vuestra disposición para el caso de que tuvierais necesidad de mis servicios.

El ataque comenzaba en aquel instante y vino a llamar la atención de James Burbank.

En efecto, una violenta descarga acababa de estallar repentinamente sin que se hubiese podido todavía descubrir a los asaltantes, que se parapetaban detrás de los primeros árboles. Las balas llovían sobre la empalizada, aunque sin causar gran perjuicio. Desgraciadamente, James Burbank y sus compañeros no podían contestar a las descargas sino muy débilmente, pues apenas tenían cuarenta fusiles a su disposición. Sin embargo, situados en mejores condiciones para tirar, sus tiros eran más seguros que los de algunos milicianos colocados a la cabeza de la columna; así es que un buen número de éstos fueron heridos al alcanzar los linderos del bosque.

El combate a distancia duró aproximadamente media hora, en ventaja del personal de Camdless-Bay. Pero en un momento los asaltantes se lanzaron sobre el recinto para tomarlo por asalto. Como querían atacar por varios puntos a la vez, se habían provisto de planchas y maderos cogidos en los almacenes y talleres de la plantación, en aquel instante entregados a las llamas. En veinte sitios, estos maderos echados sobre el foso, permitieron a las gentes de Texar llegar hasta el pie de la empalizada, no sin haber experimentado serias pérdidas entre muertos y heridos. Entonces se colgaron de los picos de las tablas, se empujaron los unos a los otros, pero no consiguieron saltar. Los negros, exasperados contra estos incendiarios, los rechazaron con gran valor. Sin embargo, era manifiesto que los defensores de Camdless-Bay no podían acudir a

un tiempo a todos los puntos atacados por tan excesivo número de enemigos. Hasta que la noche llegó, pudieron resistirles, no habiendo recibido algunos sino heridas poco graves. James Burbank y Walter Stannard, aunque no se preservaban mucho, no habían sido tocados. Sólo Edward Carrol, herido de bala en un hombro, debió entrar en la casa, donde la señora Burbank, Alicia y Zermah le cuidaron cariñosamente.

Sin embargo, la noche iba a llegar en auxilio de los asaltantes. A favor de las tinieblas, unos cincuenta de los más determinados pudieron aproximarse a la poterna, y la atacaron con hachas. Resistió bastante y sin duda no hubieran podido derribarla y penetrar en el recinto, si un golpe de audacia no les hubiese abierto una brecha.

Como el incendio prendió en unos cobertizos apoyados en la empalizada, las llamas, devorando esta madera muy seca, quemaron también la parte de empalizada sobre la que los cobertizos estaban apoyados; el sitio estaba libre.

James Burbank se precipitó hacia la parte incendiada del recinto, decidido a defenderla.

En este momento, a la luz del incendio, se pudo ver un hombre saltar a través de la humareda y franquear el foso sobre los maderos amontonados en su superficie.

Era uno de los asaltantes que había podido penetrar en el parque por el lado del río, arrastrándose por entre las cañas de la ribera. Después, sin ser visto, se había introducido en una de las cuadras, y allí, a riesgo de perecer entre las llamas, había prendido fuego a algunos haces de paja para destruir todo aquel trozo de la empalizada.

Ya estaba abierta la brecha. En vano James Burbank y sus compañeros intentaron cerrar el paso a los asaltantes. Una masa de ellos se precipitó por entre las llamas, y el parque fue inmediatamente invadido por algunos centenares de hombres.

Muchos cayeron entonces de una y otra parte, pues se combatía cuerpo a cuerpo. Los tiros sonaban en todas direcciones. Pronto Castle-House se vio enteramente rodeado; en tanto que los negros, completamente agobiados por el número de enemigos, arrojados del parque, se veían obligados a huir a través de los bosques de Camdless-Bay. Habían luchado con decisión y valor; pero, de resistir más tiempo en condiciones tan desiguales, hubiesen sido degollados hasta el último.

James Burbank, Walter Stannard, Perry, los capataces y John Bruce, que también se había batido bizarramente, y algunos negros, se habían visto obligados a refugiarse tras los muros de Castle-House.

Eran cerca de las ocho de la noche. Esta se presentaba sombría por el Oeste,

pero hacia el Norte el cielo se iluminaba con el resplandor de los incendios alimentados por los bosques del dominio.

En este momento James Burbank y Walter Stannard se reunieron con su familia en el patio.

- Es preciso que huyáis -dijo James Burbank-, que huyáis en seguida. Sea que los bandidos penetren aquí a viva fuerza, sea que esperen al pie de la casa hasta el instante en que nos veamos obligados a rendirnos, hay peligro en permanecer aquí. La embarcación está presta. Es tiempo de partir, Zermah. Esposa mía, Alicia, yo os lo suplico, seguidla con Dy a la Roca de los Cedros; allí estaréis en seguridad, y si nosotros nos vemos obligados también a huir, os encontraremos y nos reuniremos con vosotras.

- Padre mío -dijo Alicia-: venid con nosotras; y vos también, Mr. Burbank.

- Sí, James, sí, ven -exclamó la señora Burbank.

- ¡Yo! ¡Abandonar Castle-House a esos miserables! No, jamás, en tanto que la resistencia sea posible. Nosotros podemos defendernos largo tiempo todavía, y cuando sepamos que estáis en seguridad, seremos más fuertes para defendernos.

- ¡James!

- ¡Es preciso!

Los alaridos más terribles se oyeron en aquel momento; la puerta retemblaba con los golpes que le asestaban los asaltantes, atacando la fachada principal de Castle-House del lado del río.

- ¡Partid! -gritó James Burbank-. La noche es oscura; nadie os verá con la sombra. ¡Partid! Nos paralizáis estando aquí. ¡Por Dios, partid!

Zermah se había puesto delante, llevando la pequeña Dy de la mano. La señora Burbank se vio obligada a separarse de su marido, y Alicia de su padre, y las dos desaparecieron por la escalera que conducía al sótano para llegar al túnel de la bahía de San Marino.

- Y ahora -dijo James Burbank dirigiéndose a Perry, a los capataces y a los negros, que no le habían abandonado-, ¡ahora, amigos míos, a defendernos hasta la muerte!

Siguiendo su ejemplo, todos subieron la gran escalera del patio, y fueron a situarse en las ventanas del piso principal. Desde allí, a los centenares de balazos que acribillaban la fachada de Castle-House, respondían a su vez con disparos menos numerosos, pero más seguros, puesto que disparaban sobre la masa de los asaltantes.

Era preciso a éstos llegar a la puerta principal y forzarla, bien fuese con el hacha, bien con el fuego.

Esta vez no tendrían a nadie que les abriese una brecha para darles entrada en la casa.

Lo que se había intentado y conseguido en el exterior contra una empalizada, una simple valla de madera, no podía serlo en el interior contra muros de piedra.

Sin embargo, escurriéndose del mejor modo posible en medio de la oscuridad ya profunda, una veintena de hombres resueltos se aproximaron a la escalinata de la casa. La puerta fue entonces atacada más violentamente. Era preciso que fuese bien sólida para resistir a los hachazos y a los golpes de las picas que recibía. Lo era, en efecto; y esta tentativa costó la vida a varios de los asaltantes, pues la disposición de las troneras permitía cruzar los fuegos en aquel sitio.

En este momento una circunstancia vino a empeorar la situación. Las municiones empezaban a escasear. James Burbank, sus amigos, sus capataces y los negros, que estaban armados con fusiles, habían consumido la mayor parte de ellas en las tres horas que duraba el combate. Si era preciso resistir durante mucho tiempo, ¿cómo podría hacerse cuando ya iban a ser quemados los últimos cartuchos? ¿Se verían obligados a dejar Castle-House abandonándolo en poder de aquellos forajidos, que todo lo convertirían en ruinas?

Y, sin embargo, no había otro partido que tomar si los asediantes llegaban a forzar la puerta, que ya se estremecía bajo sus golpes. James Burbank lo comprendía bien, pero quería esperar. ¿No podría sobrevenir algún suceso imprevisto que distrajese la atención de los bandidos? Ya no había que temer por su esposa, ni por su hija, ni por Alicia Stannard. Hombres solos, como ellos eran, debían luchar hasta el último extremo contra aquella cuadrilla de asesinos, de incendiarios y de bandoleros.

- ¡Todavía tenemos municiones para una hora! -exclamó James Burbank-. Agotémoslas, amigos míos, y no entreguemos nuestro Castle-House a esos bandidos.

No había acabado James Burbank de pronunciar estas palabras cuando se oyó a lo lejos una sorda detonación.

- ¡Un cañonazo! -dijo con alegría.

Otra detonación se dejó oír en la dirección del Oeste, al otro lado del río.

- ¡Un segundo disparo! -añadió Walter Stannard.

- Escuchemos -dijo James Burbank.

Una tercera detonación se escuchó, llevada por una ráfaga de viento bien distintamente hasta Castle-House.

- Es una señal para llamar a los asaltantes a la ribera derecha -dijo Walter Stannard.

- Puede ser -respondió John Bruce-. Acaso tengan apostados centinelas allá abajo.

- Sí, porque esos tres cañonazos no han sido disparados en Jacksonville - dijo el capataz.

- Han sido disparados por los navíos federales -exclamó James Burbank-. ¿Habrán forzado la flotilla la entrada del San Juan y remontarán el río?

En efecto, no era imposible el que el comodoro Dupont fuese en aquellos momentos dueño del San Juan, al menos en la parte inferior de su curso.

Mas no era nada de eso. Los tres cañonazos habían sido disparados por la batería de Jacksonville, lo cual era demasiado evidente, pues no se habían vuelto a repetir. No había, pues, ningún combate entre los navíos nordistas y las tropas confederadas, ni sobre el río, ni en las llanuras del condado de Duval.

No había ya lugar a dudas de que aquélla era una señal de llamamiento dirigida a los jefes del destacamento de milicia, cuando Perry, que se había asomado por una de las troneras laterales, exclamó:

- ¡Ya se retiran! ¡Ya se retiran!

James Burbank y sus compañeros se dirigieron en seguida hacia la ventana del centro, que entreabrieron con cuidado.

Los hachazos no retumbaban ya sobre la puerta. Los disparos habían cesado; no se veía ya ni uno solo de los asaltantes. Sus gritos, sus últimos aullidos se oían aún en el aire, pero se alejaban manifiestamente.

Así, pues, no cabía duda de que un accidente cualquiera había obligado a las autoridades de Jacksonville a llamar sus fuerzas al otro lado del San Juan. Era evidente que se había convenido en que se dispararían tres cañonazos en el caso de que algún movimiento de la escuadra amenazara las posiciones de los confederados. Por eso, sin duda, los asaltantes habían suspendido tan bruscamente su ataque, y en aquel momento, a través de los devastados campos del dominio, seguían el camino que habían traído, iluminado todavía por las luces del incendio, y una hora más tarde repasaban el río por el sitio en que les esperaban las embarcaciones, dos millas más allá de Camdless-Bay.

Bien pronto los gritos se apagaron en lontananza, y a las ardientes detonaciones sucedió un silencio profundo y absoluto. Era como el silencio de la muerte que reinaba en la plantación.

Eran las nueve y media de la noche. James Burbank y sus compañeros descendieron al piso bajo y al patio. Allí se encontraba Edward Carrol tendido en un sofá, ligeramente herido, pero debilitado por la pérdida de sangre.

Se le contó lo que había pasado a consecuencia de la señal dada en Jacksonville. Castle-House, en aquel momento al menos, no tenía nada que temer de la banda lanzada por Texar contra los colonos de Camdless-Bay.

- ¡Sí! -dijo James Burbank-; ¡pero la victoria ha sido de la violencia y de la arbitrariedad! Ese miserable ha querido dispersar mis negros emancipados, y en

el momento presente están dispersos; ha querido devastar la plantación por venganza, y no quedan de ella más que ruinas.

- James -dijo Walter Stannard-, aún podían habernos sucedido mayores desgracias. Ninguno de nosotros ha sucumbido en la defensa de Castle-House. Vuestra mujer, vuestra hija, la mía, hubieran podido caer entre las manos de esos malhechores, y, no obstante, están en seguridad.

- Sí, tenéis razón, Stannard; y doy gracias a Dios por ello; mas lo que ha sido hecho por orden de Texar no quedará impune; yo sabré hacer justicia a la sangre vertida criminalmente.

- Acaso sea sensible -dijo entonces Edward Carrol- que la señora Burbank, Alicia, Dy y Zermah hayan dejado Castle-House. Bien sé que en aquel momento estábamos muy en peligro; sin embargo, ahora desearía que hubieran estado y estuvieran aquí.

- Antes que sea de día iré a reunirme con ellas -respondió James Burbank-. Deben de estar en una inquietud mortal, y es preciso tranquilizarlas. Entonces veré si es necesario traerlas inmediatamente a Camdless-Bay o si es mejor dejarlas unos cuantos días en la Roca de los Cedros.

- Sí -respondió Stannard-; es preciso no llevar las cosas con precipitación. Acaso no esté todo concluido; y en tanto que Jacksonville esté bajo la dominación de Texar, tenemos motivos para temerlo todo.

- Ya me conduciré con prudencia -dijo James Burbank-. Perry, tendréis cuidado de que una embarcación esté preparada un poco antes del día. Bastará que un hombre venga conmigo para remontar el río.

Un grito doloroso, un llamamiento desesperado, interrumpió repentinamente a James Burbank.

Este grito venía del parque, y parecía que era del lado a que daban las ventanas de la habitación.

- ¡Padre mío! ¡Padre mío!

- ¡La voz de mi hija! -gritó Stannard.

- ¡Ah...! Alguna nueva desgracia -dijo James Burbank.

Y todos, abriendo rápidamente la puerta, se precipitaron al exterior.

Alicia estaba allí a algunos pasos cerca de la señora Burbank, que estaba tendida en el suelo.

Ni Dy ni Zermah se encontraban allí.

- ¡Mi hija! -gritó James Burbank.

A su voz, la señora Burbank se incorporó. No podía pronunciar una palabra. Extendió el brazo, señalando en dirección al río.

- ¡Secuestradas! ¡ Secuestradas!

- Sí, por Texar -respondió Alicia.

Y cayó también desmayada junto a la señora Burbank.

Capítulo XIII

LOS SEIS DIAS SIGUIENTES

Cuando la señora Burbank y Alicia entraron en el túnel que conducía a la pequeña bahía de San Marino, sobre la ribera del San Juan, Zermah las precedía, llevando de una mano a la pequeña Dy. En la otra mano llevaba una linterna, cuya débil luz iluminaba el oscuro camino. Llegadas a la extremidad del túnel, Zermah, deteniéndose, había rogado a la señora Burbank que la esperasen allí. Quería asegurarse antes por sí misma de que la embarcación y los dos negros que debían conducir las a la Roca de los Cedros, estaban en su puesto. Después de haber abierto la puerta que cerraba la extremidad del túnel, se adelantó hacia el río.

Pasado un minuto, nada más que un minuto, desde que la señora Burbank y Alicia esperaban que Zermah viniese a buscarlas, notó la joven que la pequeña Dy no estaba con ellas.

- ¡Dy, Dy! -gritó la señora Burbank, aun a riesgo de dar a conocer su presencia en aquel sitio.

Dy no respondió. Habituada a seguir siempre a Zermah, la había acompañado fuera del túnel por el lado de la bahía, sin que su madre lo hubiera notado.

De repente se oyeron unos gemidos. Presintiendo algún nuevo peligro, no pensando siquiera en ver si las amenazaba a ellas mismas, la señora Burbank y Alicia se lanzaron fuera, corriendo hacia la orilla del río, pero no llegaron allí sino para ver a una embarcación que se alejaba en la sombra, y oír a Zermah gritar:

- ¡A mí, a mí! ¡Socorro! ¡Texar!

- ¡Sí, es Texar, es Texar! -gritó Alicia; y con la mano señalaba al bandido, iluminado por el reflejo de los incendios de Camdless-Bay, de pie, en la popa de la embarcación, que no tardó en desaparecer.

Después, todo quedó en silencio.

Los dos negros, degollados, yacían en el suelo.

Entonces la señora Burbank, loca, seguida de Alicia, que no había podido contenerla, se precipitó a lo largo de la ribera, llamando a su hija. Ningún grito respondió a sus llamamientos. La embarcación se había hecho invisible, sea que la sombra la ocultase a las miradas, sea que atravesase el río para abordar sobre cualquier punto de la ribera izquierda del San Juan.

Esta exploración se prolongó inútilmente durante una hora, hasta que la señora Burbank, agotadas sus fuerzas, cayó tendida sobre la orilla. Entonces Alicia, desplegando una energía extraordinaria, logró levantar a la desgraciada madre y sostenerla, casi hasta llevarla sobre sí. A lo lejos, en la dirección de Castle-House, estallaban las detonaciones de las armas de fuego, y algunas veces llegaban hasta ellas los atronadores rugidos de los asaltantes. Era imposible dirigirse hacia aquel lado. Debía intentarse volver a entrar en la casa por el túnel, y hacerse abrir la puerta que comunicaba con la escalera del sótano. Una vez allí, ¿lograría Alicia hacerse oír?

La pobre joven condujo a la señora Burbank, que no tenía conciencia de lo que hacía. Volviendo al camino recorrido a lo largo del río, fue preciso detenerse veinte veces. Las fuerzas faltaban a la joven. Ambas estaban expuestas a caer a cada instante en poder de esas bandas de merodeadores que devastaban la plantación. ¿No hubieran hecho mejor en esperar a que fuese de día? Mas, allí, en aquella soledad, ¿cómo dar a la señora Burbank los cuidados que necesitaba y que exigía su estado? En vista de esto, Alicia resolvió, costase lo que costase, llegar a Castle-House. Sin embargo, su camino era largo, teniendo que seguir las curvas del río, y pensó que le sería más fácil ir directamente a través de las praderas, guiándose por los resplandores del incendio.

Esto es lo que hizo la joven, y así llegó a los alrededores de Castle-House.

Allí la señora Burbank cayó sin conocimiento cerca de Alicia, que apenas podía ya sostenerse.

El destacamento de la milicia, seguido de la horda facinerosa, abandonando el asalto, estaba ya lejos de aquel sitio. No se oía ningún ruido en el interior ni en el exterior. Alicia llegó a creer que los malhechores, después de haberse apoderado de Castle-House lo habían abandonado, sin haber dejado uno solo de sus defensores. Entonces la joven experimentó una suprema angustia, y perdiendo toda su energía, cayó a su vez. Mas su último gemido, a modo de postrer llamamiento, que había lanzado, fue oído. James Burbank y sus amigos se habían lanzado fuera. En pocos momentos supieron todo lo que había acontecido en la bahía de San Marino. ¿Qué importaba que los bandidos se hubieran alejado? ¿Qué importaba que no hubiese que temer el caer de nuevo entre sus manos? Una desgracia más terrible venía a herir a la familia Burbank. La pequeña Dy, su idolatrada hija, hallábase en poder de Texar.

Esto es lo que Alicia contó con frases entrecortadas por los sollozos. Esto es lo que escuchó la señora Burbank cuando volvió en sí, anegada en lágrimas. Esto es lo que supieron James Burbank, Stannard, Carrol, Perry y algunos capataces que habían quedado al lado de ellos. Que la pobre niña había sido secuestrada, arrastrada no se sabe adonde, entre las manos del más cruel enemigo de su padre. ¿Qué podía sucederles que fuera más triste? ¿Era posible que el porvenir reservase dolores más grandes a esta familia?

Todos quedaron anonadados con este golpe.

Después se trasladó a la señora Burbank a su habitación, depositándola en el lecho, y Alicia, que se había negado a tomar ni una hora de reposo, se puso a la cabecera del lecho de la infortunada madre.

Abajo, en el patio, James Burbank y sus amigos, conteniendo su dolor, buscaban un medio de concertarse acerca de lo que convendría hacer para encontrar a Dy, y para arrancarla, con Zermah, de las manos de Texar. Sí, sin género de duda, Zermah intentaría defender a la niña hasta la muerte. Pero en poder de un miserable, animado contra ella de un odio personal, pagaría bien caro las denuncias que contra él había hecho.

Entonces James Burbank se acusaba por haber obligado a su mujer a dejar Castle-House, y por haberle preparado un medio de evasión que se tomó en contra suya. Mas ¿debía atribuirse sólo al azar el que Texar se encontrase en la bahía de San Marino precisamente en el momento de la salida de las mujeres?

Evidentemente, no. Texar, por un medio o por otro, conocía la existencia del túnel. Sin duda se había dicho que los habitantes de Castle-House intentarían seguramente escapar por allí cuando no pudiesen defenderse en la casa; y después de haber conducido su gente por la ribera del río, después de haber forzado la empalizada del recinto y de haber obligado a James Burbank y los suyos a refugiarse detrás de los muros de Castle-House, no cabía duda de que había ido a situarse en la bahía de San Marino. Una vez allí, había sorprendido repentinamente a los dos negros que vigilaban la embarcación y había hecho degollar a aquellos desgraciados, cuyos gritos no pudieron ser oídos por nadie a causa del tumulto de los asaltantes.

Luego, el bandido habría esperado hasta que Zermah se dejase ver con la pequeña Dy a su lado, y Texar, creyéndolas soláis, habría pensado que ni la señora Burbank ni su marido, ni sus amigos se habían decidido todavía a huir de Castle-House. Vio que debía contentarse con esta presa, y había secuestrado a la niña y a la esclava para conducir las a alguna guarida ignorada, donde sería imposible encontrarlas.

¡Con qué terrible golpe había ido a herir aquel miserable a la familia Burbank! Aquel padre y aquella madre no hubieran podido sufrir más si les

hubiesen arrancado el corazón.

¡Horrible fue la noche que pasaron los habitantes de Camdless-Bay! Por otra parte, ¿no era de temer que los asaltantes pensasen en volver, en mayor número y mejor armados, para obligar a los últimos defensores de Castle-House a entregarse? Felizmente, esto no sucedió. El día amaneció sin que James Burbank y sus compañeros hubiesen sido atacados de nuevo.

Muy útil hubiera sido, sin embargo, saber por qué motivo se habían disparado los tres cañonazos el día antes en Jacksonville, y por qué los asaltantes se habían replegado en los momentos en que un esfuerzo apenas de una hora les habría hecho dueños de la casa. ¿Debía creerse que aquel llamamiento había sido motivado por alguna demostración que los federales hubieran hecho en la desembocadura del San Juan? ¿Serían ya dueños de Jacksonville los buques del comodoro Dupont? Nada hubiera sido más grato para James Burbank y los suyos. Entonces hubieran podido comenzar con seguridad las más activas pesquisas para encontrar a la pequeña Dy y a Zermah; atacar directamente a Texar, si éste no se había marchado ya con sus partidarios del condado; perseguirle como autor de las devastaciones de Camdless-Bay, y, sobre todo, como autor del doble secuestro de la esclava y de la niña.

Esta vez no habría excusa ni subterfugio posibles, como los que el malvado Texar invocara al principio de esta historia, cuando había comparecido por una acusación de incendio ante los magistrados de San Agustín. Si Texar no estaba a la cabeza de la banda de los malhechores que había invadido Camdless-Bay, cosa que el mensajero de Harvey no había podido decir a James Burbank, el grito de Zermah había revelado bien claramente la parte tan directa que había tomado en el rapto de la niña.

Y, por otra parte, ¿no le había reconocido Alicia en el momento en que la embarcación se alejaba? Sí; la justicia federal haría bien pronto confesar a este miserable a qué sitio había llevado a sus víctimas, castigándole por los crímenes que había cometido y que no podría negar.

Desgraciadamente, nada vino a confirmar las hipótesis de James Burbank relativas a la llegada de la flotilla nordista a las aguas del San Juan. En efecto, en aquella fecha, 3 de marzo, ningún buque había dejado todavía las aguas del Saint-Mary. Esto se supo bien pronto por las noticias que uno de los capataces fue a buscar aquel mismo día a la ribera opuesta del río. Ningún buque había aparecido todavía a la altura del faro de San Pablo. Todo se limitaba a la ocupación de Fernandina y del fuerte Clinch. Parecía, pues, que el comodoro Dupont no quería avanzar sino con cierta circunspección hasta el centro de Florida. En cuanto a Jacksonville, el partido de la insurrección continuaba dominando. Texar, después de la expedición a Camdless-Bay, había reaparecido

en la ciudad. Allí organizaba la resistencia para el caso en que los cañones de Stevens intentaran franquear la barra del río. Sin duda, algún falso aviso le había llamado la víspera con su banda de saqueadores. Pero, después de todo, ¿no era suficiente la obra de venganza de Texar, ahora que la plantación estaba devastada, los almacenes y los talleres destruidos por el incendio, los negros dispersos en los bosques del condado, sin que pudieran encontrar abrigo en sus chozas derruidas, la pequeña Dy secuestrada, sin que quedase el más pequeño rastro?

De esto último se convenció por completo James Burbank cuando, durante la mañana, Walter Stannard y él recorrieron inútilmente la ribera derecha del río, registrando las más pequeñas ensenadas, hasta que llegaron frente a la Bahía Negra. ¿Les sería preciso penetrar en aquella laguna en que vivía Texar? ¿No era probable, por el contrario, que Dy y Zermah no hubieran sido conducidas a este sitio, donde sería tan natural llevar las investigaciones?

Por otra parte, ¿sería esto posible en aquel momento? ¿No sería mejor esperar a que Texar y sus partidarios estuvieran reducidos a la impotencia por la llegada de los federales? A la señora Burbank, en el estado en que se encontraba; a Alicia, que no podía separarse de ella; a Edward Carrol, obligado a permanecer en el lecho durante algunos días, ¿hubiera sido posible dejarlos solos en Castle-House, cuando era de temer un segundo ataque de los asaltantes?

Y aún era más desesperante que James Burbank no pudiera pensar en quejarse ante los tribunales, acusando a Texar de la devastación del dominio y del rapto de Zermah y de la niña. El solo magistrado ante el cual hubiera podido dirigirse, era el autor mismo de estos crímenes. Debía, pues, esperar que la justicia regular recobrase su autoridad y su prestigio en Jacksonville.

- Sí, James -dijo entonces Stannard-; los peligros que amenazan a la pobre niña son terribles; pero Zermah está con ella, y podéis confiar con que la defenderá.

- Hasta la muerte, sí -respondió James Burbank-; mas, ¿y cuando Zermah falte?

- Escuchadme, mi querido James -respondió Stannard-. Reflexionando en ello, se ve claramente que no está en el interés de Texar llegar a este extremo. Él no ha dejado todavía a Jacksonville; por consiguiente, en tanto que esté allí, pienso que nuestras víctimas no tienen que temer ningún acto de violencia. ¿No puede ser la niña una garantía y servirle de rehenes contra las represalias que exigirá también la justicia federal, por haber depuesto a las autoridades regulares de Jacksonville y devastado las propiedades de un nordista? Evidentemente, sí. Su interés, por tanto, está en conservarlas, y vale más esperar a que Dupont y Sherman sean los dueños del territorio, para obrar contra él.

- ¿Y cuándo lo serán? -exclamó James Burbank.

- Mañana, hoy quizá. Pero, de todos modos, os lo repito, Dy es la salvaguardia de Texar. Por eso él ha aprovechado la ocasión de secuestrarla, sabiendo bien que así os hacía padecer, mi pobre James; ¡y el miserable lo ha conseguido completamente!

Así razonaba Stannard y había serios motivos para creer que su razonamiento era justo. ¿Logró convencer a James Burbank? Evidentemente, no. ¿Le comunicó un poco de esperanza? No mucha. ¡Esto era imposible! Pero James Burbank comprendió que debía hablar delante de su mujer como Walter Stannard hablaba delante de él; de otra manera, la señora Burbank no hubiera sobrevivido a este último golpe, y cuando estuvo de vuelta en su habitación, hizo valer ante su esposa estos argumentos que no podían convencerle.

Durante este tiempo, Perry y los demás capataces visitaban los diferentes cuarteles de Camdless-Bay. Aquello era un espectáculo aterrador. Hasta parecía impresionar fuertemente a Pigmalión, que los acompañaba. Este hombre libre no había creído conveniente seguir a los esclavos emancipados, dispersos por las hordas de Texar. Esta libertad de ir a dormir en los bosques, de sufrir el frío y el hambre, le parecía excesiva. Así es que había preferido quedarse en Castle-House, aunque debiera, como Zermah, desgarrar su acta de emancipación para conquistar el derecho de permanecer allí.

- Ya ves, Pig -le repetía Perry-, la plantación está devastada; nuestros talleres convertidos en ruinas. Ve aquí lo que nos ha costado la libertad concedida a las gentes de tu color.

- Mr. Perry -respondía Pigmalión-, podéis creerme, no es culpa mía.

- Por el contrario, es culpa tuya y muy tuya. Si tú y otros como tú no hubieseis aplaudido a todos esos declamadores que tronaban contra la esclavitud; si hubieseis protestado contra las ideas de los hombres del Norte; si hubieseis tomado las armas para rechazar las tropas federales, nunca Mr. Burbank hubiera tenido el pensamiento de emanciparos y este desastre no hubiera venido sobre Camdless-Bay.

- Pero ¿qué debo hacer yo ahora? -replicaba, desolado, Pigmalión-. ¿Qué puedo hacer yo, señor Perry?

- Voy a decírtelo, Pig. Y lo que voy a decirte es lo que debieras hacer, si hubiese en ti el menor sentimiento de justicia. Tú eres libre, ¿no es verdad?

- Así parece.

- Por consecuencia, tú te perteneces.

- Sin duda alguna.

- Y si te perteneces, nadie te impide disponer de ti como te plazca.

- En efecto, así es, Mr. Perry.

- Pues bien; yo en tu lugar, Pig, no dudaría; iría a proponerme a la plantación vecina; me revendería allí como esclavo, y el precio de mi venta se lo mandaría a mi antiguo dueño para indemnizarle del perjuicio que le he causado dejándome emancipar.

¿Hablabas el capataz seriamente? No se sabe de cierto; tan capaz era el hombre de decir tonterías cuando la emprendía con su tema favorito. En todo caso, el infeliz Pigmalión, completamente desconcertado, irresoluto, aturdido, no respondió nada.

Mas lo que era demasiado cierto es que el acto de generosidad llevado a cabo por James Burbank había atraído la desgracia sobre su familia y la ruina sobre la plantación de Camdless-Bay. Demasiado se veía que el desastre material debía suponer una suma considerable. No quedaba nada de las chozas de los negros, destruidas por completo después de haber sido saqueadas. De los talleres y almacenes no se veía más que un montón de cenizas, resto del incendio, de las cuales se escapaban todavía humaredas grises. En el sitio de los almacenes que servían para apilar las maderas ya vendidas, en lugar de las fábricas en que se encontraban los aparatos para preparar el algodón, las prensas hidráulicas para disponerlo en balas, las máquinas para la manipulación de la caña de azúcar, no había más que muros ennegrecidos, prontos a hundirse, y montones de ladrillos enrojecidos por el fuego en el sitio en que se elevaba la chimenea de la fábrica. Además, en la superficie de los campos de cafetales, arrozales, huertas y terrenos reservados para la cría de animales domésticos, ahora degollados o dispersos, la devastación era completa, como si una manada de bestias feroces hubiese acampado en el rico dominio durante largas horas.

En presencia de este lamentable espectáculo, la indignación de Perry no podía contenerse. Su cólera se escapaba entre palabras amenazadoras. Pigmalión no se hallaba tranquilo, ni muchísimo menos, al ver las feroces miradas que el capataz lanzaba sobre él. Así es que determinó dejarle y dirigirse a Castle-House, con el fin, decía, de reflexionar más despacio acerca de la proposición de venderse que le había hecho Mr. Perry. Y acaso el día no fue suficiente para que madurara su plan, pues cuando le llegó la noche no había tomado ninguna decisión respecto al asunto.

Entretanto, aquel mismo día, algunos de los antiguos esclavos habían vuelto secretamente a Camdless-Bay. Ya se imaginará cuál debió de ser su desolación cuando no encontraron ni una barraca en pie entre tanta ruina y despojo.

James Burbank dio las órdenes necesarias para que se atendiese a sus necesidades del mejor modo posible. Cierta número de estos negros pudo ser alojado en el interior del recinto, en la parte de los cobertizos respetada por el incendio. Se les empleó primeramente en dar sepultura a aquellos de sus

compañeros muertos en defensa de Castle-House y a los cadáveres de los bandidos que habían sido muertos en el asalto, pues los heridos se los habían llevado sus camaradas. También se dio sepultura a los dos desgraciados negros degollados en el momento en que Texar y sus cómplices les sorprendieron en su puesto, cerca de la pequeña bahía de San Marino.

Después de atendidas estas obligaciones, James Burbank no podía pensar todavía en la reorganización de su dominio. Era preciso esperar a que la cuestión entre el Norte y el Sur se decidiese en el Estado de Florida. Otros cuidados mucho más graves todavía preocupaban su espíritu. Intentaba todo cuanto estaba en su poder por encontrar las huellas de su hija y de Zermah. Además, la salud de la señora Burbank estaba muy comprometida. Alicia no la dejaba ni un instante; y la cuidaba con solicitud filial. Pero era preciso hacer venir un médico a su lado.

Había uno en Jacksonville que poseía toda la confianza de la familia. Este médico no vaciló un instante en ir a Camdless-Bay en el momento en que se le avisó. Prescribió algunos remedios, sobre todo el reposo y la calma. ¿Pero era esto posible, en tanto que la pequeña Dy no estuviera al lado de su madre? Para conseguir este resultado, James Burbank y Walter Stannard, prescindiendo de Edward Carrol que se veía obligado a no salir en algunos días, decidieron explorar las dos riberas del río. Registraban uno por uno los islotes del San Juan; interrogaban a las gentes del país, se informaban en los más insignificantes caseríos del condado, prometían dinero en gran cantidad a quien proporcionara un indicio cualquiera, mas todos sus esfuerzos eran infructuosos.

¿Cómo se les hubiera podido informar de que era en el fondo de la Bahía Negra donde se hallaba oculta la guarida de Texar? Nadie lo sabía. Y por otra parte, Texar, para mejor sustraer a sus víctimas a todas las investigaciones, ¿no las habría llevado hacia la parte alta del curso del río? ¿No era el territorio bastante grande y no había sobrados escondites en los vastos bosques del centro, en medio de los inmensos pantanos de Florida, en el fondo de sus inaccesibles desiertos, para que el villano pudiese ocultar sus dos víctimas tan perfectamente que no se pudiera, ni por casualidad, llegar hasta ellas?

Al mismo tiempo, por el médico que iba a Camdless-Bay, James Burbank estaba diariamente enterado de lo que pasaba en Jacksonville y en el condado de Duval.

Los federales no habían hecho ninguna demostración nueva sobre el territorio floridiano; esto, por desgracia, era demasiado cierto. ¿Es que tal vez habían recibido instrucciones especiales de Washington, ordenando a las tropas que se detuvieran en la frontera sin franquearla? Semejante actitud hubiera sido desastrosa para los intereses de los unionistas establecidos en los territorios del

Sur, y más particularmente para James Burbank, tan comprometido por sus últimos actos, que tanto habían exacerbado a los confederados. Fuese de ello lo que quisiera, era lo cierto que la escuadra del comodoro Dupont se encontraba todavía en los pasos del Saint-Mary; y si la banda de Texar había sido llamada con los tres cañonazos disparados la noche del 2 de marzo era sin duda porque las autoridades de Jacksonville se habían dejado sorprender por una falsa alarma, error al cual debía Castle-House el haber escapado al pillaje y a la devastación.

¿Mas estaría satisfecho Texar, y no pensaría en repetir una expedición que no debía considerar completa, puesto que James Burbank no estaba entre sus manos? Esta hipótesis era poco probable. Sin duda la devastación de Camdless-Bay y el rapto de Dy y de Zermah bastaban por el momento para sus fines. Por otra parte, algunos buenos ciudadanos no habían temido manifestar su disgusto y su desaprobación en el asunto de Camdless-Bay y hacia el jefe de los amotinados de Jacksonville. Mas, fuerza es decirlo: la opinión de éstos no era bastante para preocupar a Texar. Dominaba más que nunca el condado de Duval y en su banda de forajidos. Estas gentes vagabundas, aventureros sin escrúpulos, se despachaban a su gusto.

Diariamente se entregaban a toda clase de fiestas, que degeneraban en orgías. El ruido de ellas llegaba hasta la plantación y el cielo reflejaba el fulgor de las iluminaciones, de suerte que se podía tomar su luz por los resplandores de algún nuevo incendio. Las gentes honradas, obligadas a callarse, sufrían el yugo de esta facción, sostenida por el populacho del condado.

Preciso es hacerlo constar; la inacción momentánea de la armada federal venía singularmente en ayuda de las nuevas autoridades del país. Estas se aprovechaban de dicha inacción para hacer correr el rumor de que los nordistas no pasarían las fronteras; que tenían orden de retroceder en Georgia y en las Carolinas; que la península de Florida no sufriría la invasión de las tropas antiesclavistas; que su cualidad de antigua colonia española la ponía fuera de la cuestión que los Estados Unidos querían resolver por la suerte de las armas, etc. En todos los condados se produjo de este modo una corriente más favorable que adversa a las ideas de las cuales se llamaban representantes aquellos partidarios de la violencia. Esto se vio bien claro en diversos puntos, pero sobre todo en la parte septentrional de Florida, del lado de la frontera georgiana, donde las gentes del Norte fueron muy mal tratadas, y los propietarios de plantaciones perseguidos, diseminados sus esclavos, sus talleres, almacenes y fábricas destruidos por el incendio; sus establecimientos devastados por las tropas confederadas, como Camdless-Bay acababa de serlo por las gentes de Jacksonville. Sin embargo, no había indicios, hasta entonces por lo menos, de que la plantación pudiera temer un nuevo ataque. Ni Castle-House un nuevo

asedio. Mas, ¡cuánto deseaba James Burbank que los federales fuesen dueños del territorio! En el actual estado de cosas no podía intentarse nada contra Texar ni perseguirle ante la justicia por hechos que no podrían ser desmentidos esta vez, ni obligarle a revelar en qué sitio ocultaba a Dy y Zermah, la valerosa mestiza que, como se recordará, había querido quedarse como la última esclava en Camdless-Bay.

En tal situación, ¡qué serie de angustias pasaban James Burbank y los suyos en presencia de esta tardanza tan prolongada! No podían creer, sin embargo, que los federales pensasen en estacionarse en la frontera georgiana. La carta de Gilbert decía claramente que la expedición del comodoro Dupont y del ejército de Sherman tenía Florida por objetivo. Después de esta carta, ¿habrían llegado órdenes contrarias a la bahía de Edisto? ¿Acaso algún éxito de las tropas confederadas obtenido en Virginia o en las Carolinas obligaría al Gobierno de Washington a detenerse en su marcha hacia el Sur? ¡Qué serie de inquietudes permanentes para esta familia, castigada desde el principio de la guerra! ¡Cuántas catástrofes debía esperar aún!

Así transcurrieron los cinco días siguientes a la invasión de Camdless-Bay. Ninguna noticia de las disposiciones tomadas por los federales, ninguna noticia de Dy ni de Zermah, a pesar de que James Burbank había hecho los imposibles para descubrir sus huellas, y no hubiese dejado transcurrir ni un solo día sin intentar algún nuevo esfuerzo.

Así llegó el día 9 de marzo. Edward Carrol estaba completamente curado. Ya iba, por consiguiente, a poder acompañar a sus amigos para ayudarles en todas las investigaciones que hicieran. La señora Burbank se encontraba todavía en un estado de debilidad extrema. Parecía que su vida amenazaba marcharse con sus lágrimas. En su delirio llamaba a su hija con voz desgarradora; quería correr en su busca; y estas crisis iban seguidas de síncope que ponían su vida en peligro. ¡Cuántas veces temió la pobre Alicia que esta madre infortunada muriese entre sus brazos!

Un solo rumor referente a la guerra llegó a Jacksonville en la mañana del 9 de marzo.

Desgraciadamente, este rumor era a propósito para dar nuevas fuerzas a los partidarios de la idea separatista.

Según dicho rumor, el general confederado Van Dom había rechazado las fuerzas de Curtís el 6 de marzo, en el combate de Bentonville, en Arkansas, y después había obligado a los federales a batirse en retirada sobre Pea-Ridge. En realidad, no había habido más que un ligero tiroteo con la retaguardia de un pequeño cuerpo nordista y este éxito de los sudistas iba a ser bien pronto compensado con la brillante victoria de Pea-Ridge.

Esto bastó, sin embargo, para provocar entre los sudistas un exceso de insolencia sobre la que ya tenían, y en Jacksonville celebraron esta acción sin importancia como una completa derrota del ejército federal. De esto procedían las nuevas orgías y extraordinarias fiestas, cuyo ruido repercutía dolorosamente en Camdless-Bay.

Tales eran los hechos que llegaron a oídos de James Burbank, cuando aquel día, hacia las seis de la tarde, volvió de una nueva exploración en la ribera izquierda del río.

Un habitante del condado de Putnam creía haber encontrado huellas de Dy y de Zermah en el interior de un islote del San Juan, a algunas millas más arriba de la Bahía Negra. En la noche precedente, este hombre decía haber oído como un llamamiento desesperado, y acudía a comunicar el hecho a James Burbank.

Además, el confidente de Texar, Squambo, había sido visto navegando con su esquife alrededor de este islote. No cabía duda de que se había logrado ver al indio, y este detalle fue confirmado por un pasajero del *Shannon*, que, volviendo de San Agustín, había desembarcado cerca de Camdless-Bay.

No era preciso más para que James Burbank se lanzase sobre esta pista. Edward y él, acompañados de los negros, entraron en una embarcación y remontaron el curso del río, aprovechando el flujo. Después de haberse dirigido rápidamente hacia el indicado islote, lo habían registrado con cuidado minucioso, pero inútilmente; sólo encontraron algunas cabañas de pescadores, abandonadas ya, que no les revelaron huella ni traza ninguna. Hasta parecía que dichas cabañas no habían sido recientemente ocupadas.

Bajo las arboledas impenetrables del interior no se descubría ni el más leve vestigio de seres humanos.

Nada había en las orillas que indicase siquiera que una embarcación había atracado allí. No encontraron al indio Squambo por ninguna parte; y si había venido a rondar alrededor del islote probablemente no habría desembarcado en él.

Es decir, que esta expedición quedó sin resultado, como tantas otras. Era preciso volver a la plantación con la certidumbre de haber seguido esta vez también una falsa pista.

Como siempre, aquel día James Burbank, Walter Stannard y Edward Carrol hablaban de su inútil expedición en el momento en que se hallaban reunidos en el patio. Hacia las nueve de la noche, Alicia, después de haber dejado a la señora Burbank un poco tranquila, más bien que dormida, en su habitación, fue a unirse con ellos y supo de sus labios que esta última tentativa no había dado tampoco ningún resultado.

La noche era bastante oscura; la luna, que se hallaba en su primer cuarto,

iba a desaparecer bajo el horizonte hacia el Oeste.

Un profundo silencio reinaba en Castle-House, en la plantación y en toda la extensión del río. Los negros que habían vuelto, retirados a los cobertizos y acostados sobre la paja, que remplazaba las camas de sus viviendas, comenzaban a dormirse. El silencio que reinaba sólo era turbado por clamores lejanos, por detonaciones de fuegos artificiales que venían de Jacksonville, donde se celebraba con gran algazara el éxito de los confederados.

Cada vez que estos ruidos llegaban hasta el patio, era un nuevo y doloroso golpe asestado a la desgraciada familia Burbank.

- Será preciso -dijo Edward Carrol- saber de una vez lo que ha sucedido, y asegurarse de si los federales han renunciado a sus proyectos sobre Florida.

- Sí, es preciso -respondió Stannard-. No podemos vivir más tiempo en esta incertidumbre.

- Tenéis razón. Yo iré a Fernandina mañana mismo, y de este modo sabremos a qué atenernos.

En este momento golpearon ligeramente en la puerta principal de Castle-House, del lado del río.

Un grito iba a escaparse del pecho de Alicia, que se lanzó hacia la puerta. James Burbank la contuvo. Y como no habían respondido al primero, un nuevo golpe resonó más distintamente.

Capítulo XIV

DURANTE ALGUNAS HORAS

James Burbank avanzó hacia el umbral. No esperaba a nadie. Mas, ¿quién sabe si sería alguna importante noticia de Jacksonville, llevada por John Bruce, a quien ya en otra crítica ocasión había enviado su corresponsal, Mr. Harvey?

El que llamaba lo hizo por tercera vez, con más impaciencia.

- ¿Quién está ahí? -preguntó James Burbank.

- Yo -respondieron sencillamente.

- ¡Gilbert! -exclamó Alicia.

No se había engañado al escuchar la única palabra que fuera de la casa se había pronunciado. Mas, ¿cómo Gilbert en Camdless-Bay? ¿Gilbert, apareciendo de repente en medio de su familia, feliz sin duda por venir a pasar algunos días con ella, y sin saber nada de los desastres que la habían herido!

En un instante, el joven teniente estuvo en los brazos de su padre, en tanto que un hombre que le acompañaba cerraba la puerta con cuidado, no sin haber echado antes una mirada de exploración hacia fuera para convencerse de que nada les amenazaba.

Era Mars, el marido de Zermah, el cariñoso criado del joven teniente Gilbert Burbank.

Después de haber abrazado a su padre, Gilbert se volvió, y reparando en Alicia, le cogió las manos y se las estrechó en un irresistible movimiento de ternura.

- ¿Y mi madre? -dijo-. ¿Dónde está mi madre? ¿Es verdad que está moribunda?

- ¿Acaso sabes ya..., hijo mío...? -preguntó James Burbank.

- Sí, lo sé todo; la plantación devastada por los bandidos de Jacksonville; el ataque de Castle-House, mi madre muerta tal vez.

La presencia del joven en el país, donde corría personalmente tantos peligros, se explicaba ya.

Lo que había pasado era lo siguiente:

Desde la víspera, varios cañoneros de la flotilla del comodoro Dupont habían subido algo por encima de las bocas del San Juan; después de haber remontado parte del río, se vieron obligados a detenerse ante la barra, a cuatro millas más abajo de Jacksonville. Algunas horas más tarde, un hombre que decía ser uno de los guardas del faro de San Pablo, llegó a bordo del cañonero del comandante Stevens, en el cual Gilbert desempeñaba el cargo de segundo. Allí este hombre habló de todo lo que había pasado en Jacksonville, así como de la invasión de Camdless-Bay, de la dispersión de los negros y de la situación de la señora Burbank, acaso moribunda. ¡Júzguese lo que pasaría en el alma de Gilbert al escuchar la relación de tan deplorable acontecimiento!

Entonces sintió un irresistible deseo de ver a su pobre madre. Con permiso del comandante Stevens, dejó la flotilla y entrando en un esquife, acompañado de su fiel Mars, pudo pasar inadvertido (o al menos él así lo creía), en medio de tinieblas, y tomar tierra, media milla más abajo de Camdless-Bay, a fin de evitar el desembarque en el pequeño puerto de la plantación, que acaso estuviera vigilado, y acababa de aparecer bruscamente en medio de la familia.

Mas lo que él ignoraba, lo que no podía saber, era que había caído en un lazo tendido por Texar. Este, a toda costa, había querido procurarse esta prueba que le faltaba para los tribunales de justicia; la prueba de que James Burbank estaba en correspondencia con el enemigo. Así fue que, con este objeto, a fin de atraer al joven teniente a Camdless-Bay, un guarda del faro de San Pablo, que se le había vendido, se encargó de hacer conocer a Gilbert una parte de los hechos de que Castle-House acababa de ser teatro, y más particularmente del estado de su madre. Gilbert partió en las condiciones referidas, y fue espiado durante todo el tiempo que empleó en remontar el río; pero al introducirse por entre los cañaverales que cubren por aquella parte la ribera del San Juan, había logrado, sin darse cuenta de ello, despistar a las gentes de Texar encargadas de seguirle. No obstante, si estos espías no le habían visto desembarcar en el sitio que lo hizo por bajo de Camdless-Bay, esperaban confiados apoderarse de él a su vuelta, puesto que toda aquella parte de la ribera se encontraba encomendada a su vigilancia.

- ¡Madre mía, madre mía! -exclamó Gilbert-. ¿Dónde estás?

- Heme aquí, hijo mío -respondió la señora Burbank.

Al decir esto, apareció en el descansillo de la escalera del patio; bajó lentamente apoyándose en el pasamanos, y se dejó caer sobre un diván, sostenida por Gilbert, que la cubría de besos.

Por adormecida que estuviese, la enferma había percibido la llamada en la puerta de Castle-House. En seguida, reconociendo la voz de su hijo, se había encontrado con bastantes fuerzas para levantarse, bajar, unirse a Gilbert y llorar

con él y con todos los suyos sus desgracias.

El joven la estrechaba entre sus brazos.

- ¡Madre, madre mía! -exclamaba-. ¡En qué estado te vuelvo a ver! ¡Qué enferma estás! Mas, vivirás; nosotros te curaremos, sí; todos estos malos días van a terminar pronto, y pronto también estaremos reunidos todos. Nosotros te devolveremos la salud. No temas nada por mí, madre mía. Nadie sabrá que Mars y yo hemos venido aquí.

Conforme hablaba Gilbert, que veía a su madre debilitarse, ensayaba a reanimarla con sus caricias.

Entretanto, Mars parecía haber comprendido que Gilbert y él no conocían en toda su extensión la desgracia que había herido a la familia. James Burbank, Carrol y Stannard, silenciosos, inclinaban la cabeza. Alicia no podía contener sus lágrimas. Además, la pequeña Dy no estaba presente, ni Zermah tampoco, que hubiera debido adivinar que su marido estaba en la sala y había llegado a Camdless-Bay, y que la esperaba.

Con estos pensamientos, con el corazón oprimido por la angustia, mirando a todos los rincones del patio, se dirigía a James Burbank para preguntarle:

- ¿Qué hay, además, señor?

Mas en aquel instante se levantó Gilbert.

- ¿Y Dy? -exclamó-. ¿Es que Dy está acostada? ¿Dónde está mi hermanita?

- ¿Dónde está Zermah? -dijo Mars.

Un instante después, el joven oficial y Mars lo sabían todo. Según subían por la ribera, frente a Camdless-Bay, desde el sitio en que habían dejado su esquiife, habían visto perfectamente, a pesar de las sombras de la noche, todas las ruinas acumuladas sobre la plantación.

Pero habían llegado a creer que todo se limitaba a algún desastre material, consecuencia de la emancipación de los negros. Ahora ya no ignoraban nada. El uno no encontraba a su hermana en la casa, el otro no hallaba tampoco a su mujer. ¡Y nadie para decirles en qué sitio escondía Texar las víctimas secuestradas desde hacía seis días!

Gilbert volvió a arrodillarse junto a su madre, y mezclaba sus lágrimas a las de ella. Mars, con la faz inyectada y el pecho palpitante, iba y venía de un lado a otro sin poder contenerse. Al fin su cólera estalló.

- ¡Voy a matar a Texar! -exclamó-. Iré a Jacksonville mañana, esta noche.

- Sí, vamos, Mars, vamos -respondió Gilbert.

James Burbank les detuvo.

- Si no hubiese habido más que eso, no hubiera esperado yo a que tú vinieras, hijo mío. Sí; ese miserable hubiera pagado ya con su vida todo el mal que nos ha causado. Pero ante todo es preciso que diga lo que él solo puede

decir. Y cuando yo te hablo así, Gilbert, cuando a Mars y a ti os recomiendo que esperéis, es que es preciso esperar.

- Sea, padre mío -respondió el joven-; pero al menos registraré el territorio, buscaré.

- ¿Y crees tú que no lo he hecho ya? -exclamó Burbank-. Ni un solo día ha pasado sin que hayamos recorrido las riberas del río, los alrededores de la Bahía Negra, los islotes que pueden servir de guarida a Texar. Ni un solo indicio, nada hemos hallado que pudiera ponernos sobre la pista de las infelices secuestradas, ¡de tu hermana, Gilbert; de tu mujer, Mars! Carrol y Stannard lo han intentado todo conmigo. Hasta aquí nuestras investigaciones han sido inútiles.

- Mas, ¿por qué no acudir a las autoridades de Jacksonville? ¿Por qué no perseguir ante los tribunales a Texar, como culpable de haber lanzado esa tropa de bandidos sobre Camdless-Bay, y de haber secuestrado...?

- ¿Por qué? -respondió James Burbank-. Porque Texar domina ahora por completo en el país; porque todo el que es honrado, tiembla ante esa banda de forajidos que está a sus órdenes porque el populacho está a su favor, así como las milicias del condado.

- ¡Yo iré a matar a Texar! -repitió Mars, como si estuviese bajo la obsesión de una idea fija.

- Ya le matarás cuando sea tiempo de ello -respondió James Burbank-. Ahora, hacer tal cosa sería agravar la situación.

- ¿Y cuándo? -preguntó Gilbert.

- Cuando los federales sean dueños de Florida, cuando hayan tomado a Jacksonville.

- ¿Y si entonces es demasiado tarde?

- ¡Hijo mío, hijo mío, no digas eso, yo te lo suplico! -exclamó la señora Burbank.

- No, Gilbert, no digáis eso -añadió Alicia.

James Burbank cogió la mano de su hijo entre las suyas.

- ¡Gilbert, escúchame! -le dijo-. Nosotros queríamos, como tú y como Mars, hacer en Texar una justicia inmediata en el caso de que se hubiera negado a confesar lo que ha sido de Dy y de Zermah. Pero en interés de tu hermana, en interés de tu mujer, Mars, nuestra cólera ha debido ceder ante la prudencia.

»Todo hace creer, en efecto, que entre las manos de Texar, Dy y Zermah son rehenes, con los cuales él se ha procurado una salvaguardia. Ese miserable deber temer, y con razón, el ser perseguido por haber ocupado el puesto de los honrados magistrados de Jacksonville, por haber desencadenado una banda de malhechores sobre Camdless-Bay, por haber incendiado y saqueado la plantación de un nordista. Si yo no lo creyese así, Gilbert, ¿te hablaría con esta

convicción? ¿Tendría la suficiente energía para esperar?

- ¿Y no estaría yo muerta? -dijo la señora Burbank.

La desgraciada madre había comprendido que, si su hijo iba a Jacksonville, caería en manos de Texar. ¿Y quién, entonces, hubiera podido salvar a un oficial de la armada federal caído en poder de los sudistas, en el momento en que los federales amenazaban Florida?

Sin embargo, el joven oficial no era dueño de sí. Se obstinaba en partir, y, como Mars, repetía: «¡Yo mataré a Texar!»

- Vamos, pues -dijo éste.

- Tú no irás, Gilbert.

La señora Burbank se había levantado haciendo un supremo esfuerzo, y fue a colocarse delante de la puerta. Mas, aniquilada por este esfuerzo, y no pudiendo sostenerse, cayó al suelo.

- ¡Madre mía! -gritó el joven.

- ¡Quedaos, Gilbert! -dijo Alicia.

Fue preciso conducir a la señora Burbank a su habitación, donde quiso permanecer a su lado. Después, James Burbank se reunió de nuevo con Edward Carrol y Walter en el patio.

Gilbert estaba sentado en el diván, con la cabeza apoyada entre las manos; Mars, un poco retirado, no hablaba una palabra.

- Ahora, Gilbert -dijo James Burbank-, estás en posesión de ti mismo; habla, pues. De lo que vas a decirnos dependerán las resoluciones que hemos de tomar. Nosotros no tenemos esperanza más que en la pronta llegada de los federales al condado. ¿Han renunciado a su proyecto de ocupar Florida?

- No, padre mío.

- ¿Dónde están?

- Una parte de la escuadra del comodoro Dupont se dirige en este momento hacia San Agustín, a fin de establecer el bloqueo de la costa.

- Pero, ¿no piensan en hacerse dueños del condado de San Juan? -preguntó vivamente Edward Carrol.

- Toda la parte baja del curso del río nos pertenece -respondió el joven teniente-; nuestros cañoneros están ya anclados en el río, a las órdenes del comandante Stevens.

- ¿Están en el río y no han procurado todavía apoderarse de Jacksonville? - exclamó Stannard.

- No, pues los buques se han visto obligados a detenerse ante la barra a cuatro millas aproximadamente por bajo del puerto.

- ¡Los cañoneros detenidos por un obstáculo insuperable! -dijo James Burbank.

- ¡No, padre mío! -respondió Gilbert-. Detenidos por falta de agua. Es preciso esperar que la marea sea bastante fuerte para que podamos pasar esta barra; y aun así, la operación será bastante difícil. Pero Mars conoce perfectamente los pasos, y él es el que nos va a servir de práctico.

- ¡Esperar! ¡Siempre esperar! -exclamó James Burbank-. ¿Y cuántos días?

- Tres a lo más, y veinticuatro horas solamente si el viento nos viene favorable, y nos empuja, prestándonos fuerza para pasar la barra.

¡Tres días o veinticuatro horas! ¡Cuán largo va a parecer este tiempo para los habitantes de Castle-House! Y, entretanto si los confederados comprendiesen que no pueden defender la ciudad, si la abandonasen como han abandonado a Fernandina, el fuerte Clinch y los otros puntos de Georgia y de Florida septentrional, ¿no huiría Texar con ellos? Y, entonces, ¿a qué punto podría irse a buscarle?

Y, sin embargo, dirigirse a él en el momento en que daba e imponía la ley en Jacksonville, en que el populacho le sostenía con sus violencias, era imposible. No había remedio; era preciso esperar.

Stannard preguntó a Gilbert si era verdad que los federales habían sufrido un descalabro en el Norte y qué consecuencias se podían esperar de la derrota de Bentonville.

- La victoria de Pea-Ridge -respondió el joven teniente-, ha permitido a las tropas de Curtis recobrar el terreno perdido en un instante. La situación de los nordistas es excelente; ahora asegurar su éxito completo en un plazo fijo, es difícil de decir. Cuando hayan ocupado los puntos principales de Florida, impedirán el contrabando de guerra que se hace por los pasos del litoral, y las municiones y las armas no tardarán en faltar a los confederados. En consecuencia, antes de poco tiempo este territorio habrá recobrado la calma y seguridad bajo la protección de nuestra escuadra. Sí... ¡Dentro de algunos días! ¡Pero, entretanto...!

La idea de su hermana, expuesta a tantos peligros, le vino a la imaginación con tal fuerza, que Burbank mismo hubo de llevar la conversación a otro asunto, y empezó a tratar la cuestión de los beligerantes. ¿No podía Gilbert darles aún algunas otras noticias que no hubiesen podido llegar a Jacksonville o por lo menos a Camdless-Bay?

Había, en efecto, algunas, y de gran importancia para los nordistas de los territorios de Florida.

Ya se recordará que, a consecuencia de la victoria de Donelson, el Estado de Tennessee, casi entero, había entrado bajo la dominación de los federales. Éstos, combinando un ataque simultáneo de su ejército y su flota, pensaban hacerse dueños de todo el curso del MississippL Habían bajado por el curso de

este río hasta la isla 10, donde sus tropas iban a ponerse en contacto con la división del general Beauregard, encargado de la defensa del río. El día 24 de febrero, las brigadas del general Pope, después de haber desembarcado en Commerce, en la ribera derecha del río, acababan de rechazar el cuerpo de ejército de J. Thomson; pero llegadas a la isla 10 y a la población de Nueva Madrid, se vieron obligadas a detenerse ante el formidable sistema de defensa preparado por Beauregard. Si desde la derrota de Donelson y de Nashville todas las posiciones del Mississippi, por la parte superior de Memphis, se podían considerar como perdidas, en cambio, se podían todavía defender muy bien las que se encontraban en la parte inferior. En este punto era donde iba a librarse en breve una batalla, acaso decisiva en toda la guerra.

Mas, entretanto, la rada de Hampton-Road, a la entrada de James-River (río de Santiago), había sido teatro de un combate memorable. En este combate acababan de ponerse a prueba las primeras muestras de esos navios acorazados cuyo empleo ha cambiado la táctica naval y modificado las marinas del Antiguo y del Nuevo Mundo.

Con fecha 5 de marzo, él acorazado *Monitor*, buque federal construido por el ingeniero sueco Ericsson, y el buque confederado *Virginia*, antiguo *Merrimak*, transformado, se hallaban prestos a lanzarse al mar, el uno en Nueva York y él otro en Norfolk.

Hacia esta época una división federal, reunida bajo las órdenes del capitán Marston, se encontraba anclada cerca de Newport-News. Esta división se componía de los buques *Congress*, *Saint-Laurence* y *Cumberland*, y de dos fragatas de vapor.

De repente, el día 8 de marzo por la mañana, aparece el *Virginia*, mandado por el capitán Buchanan. Seguido de algunos otros buques de menor importancia, se arroja primero sobre el *Congress*, después sobre el *Cumberland*, al cual atraviesa con su espolón y echa al fondo, con ciento veinte hombres de su tripulación. Volviendo después sobre el *Congress*, le destroza a cañonazos y pronto fue pasto de las llamas. Solamente la oscuridad le impidió destruir los otros tres buques de la escuadra federal.

Difícilmente podría imaginarse el efecto que produjo esta victoria de un pequeño buque acorazado sobre los navíos de alto bordo del Gobierno de la Unión. Esta noticia se propagó con rapidez verdaderamente maravillosa, produciendo consternación profunda entre todos los partidarios del Norte, puesto que un *Virginia* podía llegar hasta el mismo río Hudson y echar a pique los buques de Nueva York, y, al mismo tiempo, una alegría excesiva entre los sudistas que veían ya el bloqueo levantado y el comercio libre de nuevo en todas sus costas.

Era precisamente este éxito marítimo el que había sido tan calurosamente celebrado la víspera en Jacksonville. Los confederados podían creerse ya al abrigo de los ataques de la escuadra federal. Acaso, pensaban, las consecuencias de esta victoria de Hampton-Road harán que la flotilla del comodoro Dupont sea llamada inmédiatamente hacia el Potomac o el Chesapeake. Ningún desembarco amenazaría ya a Florida. Las ideas esclavistas, apoyadas por la parte más violenta de las poblaciones del Sur, triunfarían indudablemente.

Esto sería la consolidación de Texar y sus partidarios en una situación en que tanto mal podían hacer.

Mas los confederados se habían precipitado al gozar del triunfo; y estas noticias, conocidas ya en el Norte de Florida, las completó Gilbert concretando los rumores que circulaban hasta el momento en que él había dejado uno de los cañoneros del comandante Stevens.

El segundo día de combate naval en Hampton-Road fue efectivamente de un éxito muy distinto al primero. Era la mañana del 9 de marzo; en el momento en que el *Virginia* se disponía a lanzarse sobre la *Minnesota*, una de las fragatas federales, apareció ante él un enemigo cuya presencia ni siquiera sospechaba. Era una máquina extraña, que se había desprendido de un costado de la fragata, «una caja de queso colocada sobre una balsa», dijeron que era los confederados. Esta caja de queso era el *Monitor*, mandado por el teniente Warden. Había sido enviado por aquellos sitios para destruir las baterías del Potomac; pero llegado a la embocadura del James-River, el teniente Warden oyó los cañonazos de Hampton-Road, y durante la noche condujo el *Monitor* al sitio del combate.

Situados a diez metros el uno del otro, estas dos formidables máquinas de guerra, se cañonearon durante cuatro horas. Después se abordaron sin gran resultado. Al fin, el *Virginia*, destrozado hasta en su línea de flotación y próximo a hundirse, se vio obligado a huir en dirección de Norfolk. El *Monitor*, que debía zozobrar también nueve meses más tarde, había vencido completamente a su rival. Gracias a él, el Gobierno federal acababa de recobrar su superioridad en las aguas de Hampton-Road, allí donde pocas horas antes había sufrido un descalabro.

- No, padre mío -dijo Gilbert terminando su relato-; nuestra escuadra no ha sido llamada hacia el Norte. Los seis cañoneros del capitán Stevens han anclado delante de la barra del San Juan, y yo os lo afirmo, dentro de tres días, a lo más, seremos los dueños del río y de Jacksonville.

- Bien ves entonces, Gilbert, que es preciso esperar y volverte de nuevo a bordo. Mas, ¿no temes que mientras remontabas el río para venir a Camdless-Bay te hayan seguido?

- No, padre mío -respondió el joven teniente-. Tanto Mars como yo

debemos haber pasado sin ser vistos.

- ¿Y ese hombre que ha ido a comunicarte lo que había pasado en la plantación, el incendio, el saqueo, la enfermedad de tu madre? ¿Quién es ese hombre?

- Ha dicho que es uno de los guardianes que han sido despedidos del faro de San Pablo, y venía a prevenir al comandante Stevens del peligro que corrían los nordistas en esta parte de Florida.

- ¿Sabía él que tú estabas a bordo?

- No, y hasta parece que se ha sorprendido mucho al saberlo -replicó el joven teniente-. Mas, ¿por qué todas esas preguntas, padre mío?

- Es que temo siempre algún lazo por parte de Texar. El sospecha, más que sospecha, sabe que tú sirves en la marina federal. Acaso haya sabido que estabas a las órdenes del comandante Stevens, y temo que haya querido atraerte...

- No temáis nada, padre mío. Hemos llegado a Camdless-Bay sin que nadie nos haya visto remontar el río, y lo mismo sucederá cuando nos volvamos.

- ¡Para ir a bordo, no a otra parte!

- Os lo he prometido, y os lo cumpliré, padre mío. De vuelta a bordo estaremos Mars y yo antes que sea de día.

- ¿A qué hora partiréis?

- Al descenso de la marea; es decir, hacia las dos y media de la mañana.

- ¡Quién sabe lo que sucederá! -dijo Edward Carrol-. Acaso los cañoneros de Stevens no estén detenidos durante tres días delante de la barra del San Juan.

- En efecto, hasta que el viento sea favorable para empujar bastante agua sobre la barra- respondió el joven teniente-. Aunque debiéramos sufrir una tempestad, me alegraría que sobreviniese. ¡Que podamos nosotros hallarnos frente a frente a esos miserables, y entonces...!

- ¡Yo mataré a Texar! -repitió Mars.

Era ya algo más de medianoche. Gilbert y Mars no debían abandonar Castle-House antes de dos horas largas, puesto que era preciso esperar a que la marea descendiese y les permitiera reunirse a la escuadrilla del comandante Stevens. La oscuridad sería entonces bastante profunda, y había muchas probabilidades de que pudieran pasar inadvertidos aunque hubiese numerosas embarcaciones con la misión de vigilar el curso del San Juan por la parte inferior de Camdless- Bay.

Gilbert quiso, entretanto, subir al lado de su madre. Cuando entró en la alcoba de ésta, vio a Alicia sentada a la cabecera del lecho. La señora Burbank, aniquilada por el último esfuerzo que acababa de hacer, había caído en una especie de letargo muy agitado, a juzgar por los sollozos y suspiros que se escapaban de su pecho.

El joven no quiso turbar este estado de sopor en el cual había más abatimiento que sueño. Se sentó cerca del lecho, después que Alicia le hubo hecho señas de que no hablara. Así, silenciosamente, velaron juntos a aquella pobre mujer, a quien la desgracia acaso no había concluido de herir todavía. Pero, ¿qué necesidad de palabras tenían ellos para cambiar sus pensamientos? Ninguna. Ambos sufrían el mismo tormento y se comprendían sin decirse nada, porque se hablaban con el corazón.

En fin, la hora de salir de Castle-House llegó. Gilbert se levantó, tendió la mano a Alicia y ambos se inclinaron sobre la señora Burbank, cuyos ojos, medio cerrados, no pudieron ver a los jóvenes.

Después, Gilbert puso su labios suavemente sobre la frente de su madre, que la joven besó también después de él. La señora Burbank experimentó algo como un doloroso estremecimiento; pero no vio a su hijo retirarse, ni a Alicia seguirle para darle el último adiós.

Gilbert y ella se reunieron con James Burbank y sus amigos, que no habían salido del patio. Mars, que había salido a explorar los alrededores de Castle-House, entraba en aquel momento.

- Es hora de partir, padre mío -dijo el joven oficial.

- Sí, Gilbert -respondió James Burbank-. ¡Parte, pues! Ya no nos veremos hasta que lo hagamos en Jacksonville.

- Sí, hasta Jacksonville; es decir, hasta mañana mismo, si la marea nos permite franquear la barra.

- ¡Pero es preciso vivir para entonces; no lo olvides, Gilbert!

- Sí, viviremos.

El joven abrazó a su padre, estrechó las manos de su tío Edward y de Stannard, y después, abriendo la puerta dijo;

- Vamos, Mars.

Los dos, remontando la ribera derecha del río, a lo largo de los límites de la plantación, marcharon rápidamente durante media hora. No encontraron a nadie por el camino. Llegados al sitio en que habían dejado escondido su esquife, entre un espeso macizo de cañas, se embarcaron para tomar el curso de la corriente que debía arrastrarlos con rapidez hada la barra del San Juan.

Capítulo XV

SOBRE EL SAN JUAN

El río estaba entonces desierto en aquella parte de su curso. Ni una sola luz aparecía en la ribera opuesta. Las luces de Jacksonville se ocultaban detrás del recodo que hace la bahía de Camdless-Bay, extendiéndose hacia el Norte. Solamente sus reflejos subían por encima, tiñendo de resplandores rojizos la capa de nubes más próximas.

Aunque la noche estuviera oscura, el esquife podía tomar *fácilmente* la dirección de la barra; mas como no se desprendía ningún vapor de las aguas del río, hubiera sido fácil perseguir el esquife si alguna embarcación confederada lo hubiera esperado al paso, cosa que Gilbert y su compañero no creían fuera motivo de temer.

Ambos, absortos en el mismo dolor, guardaron un profundo silencio.

Ciertamente, en lugar de ir río abajo hubieran querido atravesarlo para ir a buscar a Texar hasta Jacksonville, y encontrarse frente a frente con él.

En vez de descender por el San Juan, hubieran deseado remontarlo para registrar todos los bosques y todas las bahías de sus riberas. Donde James Burbank no había encontrado nada, ellos encontrarían tal vez. Y sin embargo, comprendían que era más prudente esperar. Cuando los federales fuesen dueños de Florida, Gilbert y Mars podrían obrar con más probabilidades de éxito en lo que se relacionaba con Texar. Por otra parte, el deber les ordenaba llegar antes que fuese de día a la flotilla del comandante Stevens. Si la barra se encontraba practicable más pronto de lo que se esperaba, era preciso que el joven teniente estuviera en su puesto de combate, y Mars en el suyo, para conducir los cañoneros a través del canal, cuya profundidad y sinuosidades conocía mejor que nadie.

Mars, sentado en la popa del ligero esquife, manejaba su remo con vigor. Delante de él, Gilbert observaba cuidadosamente el curso del río en su parte superior, presto a señalar cualquier obstáculo o cualquier peligro que se presentara bien fuese alguna barca o algún tronco arrastrado por la corriente de

las aguas. Después de haberse apartado oblicuamente de la ribera derecha, a fin de tomar el centro del canal, la ligera embarcación no tenía más que dejarse llevar por el curso de la corriente, adquiriendo rapidez en la marcha por sí misma. Hasta entonces bastaba un movimiento de la mano de Mars, bien dado a babor, bien a estribor, para que llevase una dirección conveniente.

Verdad es que hubiera sido mejor no alejarse de la faja de sombra que proyectaban sobre la orilla del río los árboles y las cañas gigantes de la ribera del San Juan. A lo largo, bajo la sombra oscura de las espesas ramas, se corrían menos riesgos de ser vistos; pero un poco más abajo de Camdless-Bay, un recodo muy acentuado del río envía la corriente hacia el lado opuesto. Allí se forma un gran remanso que hubiera hecho la marcha del esquife infinitamente más lenta y penosa. Así es que Mars, no viendo nada sospechoso río abajo, procuró abandonarse a las rápidas aguas del centro, que descienden ligeramente hacia la desembocadura. Desde el pequeño puerto de Camdless-Bay hasta el sitio en que la flotilla estaba anclada por bajo de la barra, habría aproximadamente cuatro o cinco millas, y con la ayuda de la corriente, bajo el empuje del brazo vigoroso de Mars, el esquife no tendría dificultad ninguna en recorrerlas en dos horas. Estarían, por consiguiente, de vuelta a bordo antes que las primeras luces del día hubiesen iluminado la superficie del San Juan.

Un cuarto de hora después de su embarque, Gilbert y Mars estaban en pleno río. Mas, una vez allí, comprendieron que si su rapidez era considerable, la dirección de la corriente les llevaba hacia Jacksonville. Acaso inconscientemente, Mars empujaba hacia este lado, como si se sintiera atraído por irresistible tentación. Sin embargo, era preciso evitar aquel lugar maldito, cuyos alrededores debían estar vigilados con más atención que toda la parte central del río.

- ¡Derecho, Mars, derecho! -se contentó con decir el joven marino.

El marido de Zermah obligó al esquife a seguir el curso de la corriente a un cuarto de milla de la ribera izquierda.

El puerto de Jacksonville no estaba sombrío ni silencioso durante la noche. Numerosas luces se veían correr sobre los muelles y oscilar en las embarcaciones y en la superficie de las aguas. Algunas cambiaban de sitio rápidamente, como si se hubiera organizado una activa vigilancia en un extenso radio.

Al mismo tiempo, cánticos, mezclados con gritos, indicaban que los placeres y las orgías continuaban perturbando la ciudad. Parecía que Texar y sus partidarios seguían creyendo en la derrota de los nordistas en Virginia y en la retirada probable de la armada federal de las costas de Florida, o acaso aprovechaban los últimos días de su dominación para entregarse a todos los

excesos, en medio de una población ebria de whisky y de gin.

Entretanto el esquife continuaba deslizándose a lo largo de la corriente. Gilbert tenía ya motivo para creer que bien pronto estaría al abrigo de todos los peligros que hubieran podido amenazarle, desde el instante que había pasado de Jacksonville. Mas, de repente, hizo a Mars una seña para que se detuviera. A menos de una milla por bajo del puerto acababa de descubrir una línea de manchas negras, sembradas como una serie de escollos de una ribera del río a la otra.

Era una línea de embarcaciones apostadas en aquel sitio, que impedían el paso del San Juan.

Evidentemente, si los cañoneros llegaban a franquear la barra, aquellas embarcaciones eran impotentes para detenerlos, y no tendrían otro remedio que batirse en retirada; pero en el caso de que las chalupas federales intentaran remontar el río, podrían muy bien oponerse a su paso. Sin duda, por esta razón, habían venido allí durante la noche a formar una línea de observación y defensa. Todas estaban inmóviles a través del San Juan, sea que se mantuviesen así con sus remos, sea que estuvieran sujetas con dobles anclas. Aunque no se les veía, no cabía duda alguna de que a bordo de ellas había gran número de hombres armados para la ofensiva y para la defensiva.

Sin embargo, Gilbert observó que la línea de embarcaciones no obstruía todavía el paso del río cuando él había subido por allí para llegar a Camdless-Bay. Esta precaución no había sido tomada hasta después del paso del esquife; y acaso en previsión de un ataque, que en realidad no era de temer en el momento en que el joven teniente dejaba la flotilla del comandante Stevens.

Fue preciso, pues, abandonar el centro del río a fin de procurar ocultarse lo más posible a lo largo de la ribera derecha. Tal vez, pensaban, el esquife pasaría sin ser notado, maniobrando por entre los cañaverales y a la sombra de los árboles de la orilla. En todo caso, no existía otro medio de evitar el obstáculo que en su marcha se presentaba.

- Mars, trata de remar sin ruido hasta el momento en que hayamos pasado esa línea -dijo el joven teniente.

- Está bien, Mr. Gilbert.

- Quizás haya que luchar con los remolinos; si es preciso ayudarte lo haré.

- No es necesario -respondió Mars.

Y haciendo virar su esquife, lo dirigió rápidamente del lado de la ribera derecha, cuando no estaba ya más que a trescientas yardas de la línea de embarcaciones.

Puesto que el esquife no había sido visto mientras atravesaba oblicuamente el río, que es donde más fácilmente hubiera podido serlo, ahora que se confundía

con las sombrías masas de la orilla, era imposible que fuera descubierto. A no ser que la extremidad de la línea de embarcaciones se apoyase en la misma ribera, era indudable que el esquife podría franquearla; pero en medio del río, es decir, en el canal mismo, hubiera sido más que imprudente al intertarlo.

Mars remaba en medio de una oscuridad que hacía más profunda todavía la espesa cortina de los árboles. Evitaba cuidadosamente tropezar con los troncos de árboles cortados, cuyas cabezas emergían en muchos puntos, y el remar demasiado fuerte, hiriendo el agua con suavidad, aun cuando a veces tenía que vencer una contracorriente, que ciertas derivaciones de los remolinos hacían bastante ruda. Marchando en estas condiciones, Gilbert retrasaría una hora, sin duda, su llegada; pero poco importaría que entonces fuese ya de día, pues estaría bastante cerca del sitio en que los cañoneros estaban anclados para no tener nada que temer de las embarcaciones de Jacksonville.

Hacia las cuatro de la mañana, el esquife había llegado a la altura de la línea de embarcaciones. Como Gilbert lo había previsto, dada la poca profundidad del río en este sitio, el paso había sido dejado libre en toda la longitud de la ribera. Un poco más allá, una punta que se internaba en el San Juan destacaba confusamente su masa negra, cubierta de gigantescos bambúes.

Se trataba, pues, de bordear esta punta, muy oscura por la parte alta del río. Por la parte baja, al contrario, las masas de verdura cesaban bruscamente y el litoral, menos en declive por efecto de su aproximación a la desembocadura del San Juan, se desarrollaba en una serie de bahías y pantanos, formando una especie de playa muy baja y muy descubierta. No había allí ni un árbol; por consecuencia, nada de cortina que les prestase oscuridad. Las aguas mismas, por esta razón, se presentaban mucho más claras. No era, pues, imposible que un punto negro y movedizo como el esquife, demasiado pequeño para que dos hombres pudiesen echarse en él, fuese visto por alguna embarcación que rondase a lo largo de la punta.

Más allá, es cierto, los remolinos no se sentían ya. Era una corriente bastante viva que seguía la dirección de la ribera, sin buscar la del canal. Si el esquife doblaba felizmente esta punta, sería rápidamente arrastrado hacia la barra y llegaría en poco tiempo al punto en que se estacionaban los cañoneros del comandante Stevens.

Para conseguirlo, Mars se escurría a lo largo de la ribera con una extrema prudencia. Sus ojos procuraban atravesar las tieneblas, observando la parte baja del curso del río. Iba tocando a la orilla lo más posible, luchando contra el remolino, que era todavía muy violento al chocar con la punta. El remo se plegaba al impulso de sus brazos vigorosos, mientras que Gilbert, con la mirada vuelta hacia la parte superior del río, no cesaba de examinar su extensa

superficie.

Entretanto, el esquife se aproximaba poco a poco a la punta. Algunos minutos más, y habría alcanzado su extremidad, que se prolongaba en la forma de una lengua de tierra. No distaban ya más que unas veinticinco o treinta yardas, cuando de repente, Mars se detuvo.

- ¿Estás cansado? ¿Quieres que te remplace? -preguntó el joven teniente.

- ¡Ni una palabra, Mr. Gilbert! -respondió Mars.

Y, al mismo tiempo, de dos violentos golpes de remo lanzó el esquife oblicuamente, como si hubiera querido estrellarse contra la orilla. Tan pronto como estuvo al alcance de su mano, se agarró a una de las ramas que pendían sobre las aguas, y después, apoyándose en ella, hizo desaparecer la ligera embarcación entre un oscuro escondite de verdura. Un instante después, arrollada la amarra del esquife a las ramas de un bambú, Gilbert y Mars, inmóviles, se encontraban en medio de una oscuridad tan densa que ni ellos mismos podían verse.

Esta maniobra no había durado diez segundos.

El joven teniente cogió entonces por el brazo a su compañero con intención de pedirle explicación de todo aquello, cuando Mars, extendiendo el brazo a través del follaje, mostró un punto movable sobre la parte menos sombría de las aguas.

Era una lancha tripulada por cuatro hombres. Esta lancha remontaba la corriente después de haber doblado la lengua de tierra y llevaba la dirección como si se dispusiese a ir a lo largo de la ribera por encima de la ensenada de arena.

Gilbert y Mars tuvieron entonces el mismo pensamiento. Ante todo, y a pesar de todo, volver a bordo. Por consiguiente, si el esquife era descubierto, no dudarían en saltar a tierra, y metiéndose por entre los árboles huirían por la ribera hasta la altura de la barra.

Después, cuando fuese de día, ya haciendo señales al más próximo de los cañoneros, ya llegando hasta él a nado, harían todo lo que fuese humanamente posible para llegar a su puesto.

Mas un instante después iban a comprender que tenían cortada la retirada por tierra. En efecto, cuando la lancha llegó casi frente al esquife, a unos veinte pies de la espesura en que éste se ocultaba, se entabló una conversación entre las gentes que tripulaban la lancha y otra media docena de personas, cuyas sombras aparecían por entre los árboles, sobre el ribazo de la costa.

- ¿Está hecho lo más difícil? -gritaron desde tierra.

- Sí -respondió un hombre desde la lancha-; doblar esta punta con la marea baja es tan difícil como remontar un rápido.

- ¿Vais a anclar en este sitio ahora que hemos desembarcado sobre la punta?
- Sin duda alguna, en medio del remolino, así guardaremos mejor la extremidad de la línea de barcas.

- Está bien; durante este tiempo, nosotros vigilarémos la ribera, y a menos que se arrojen en los pantanos, tengo la creencia de que no se nos escapan.

- ¿Y si lo han hecho ya?

- No, no es posible. Han de intentar volver a bordo antes que sea de día. Como no pueden franquear la línea de embarcaciones, probarán a deslizarse a lo largo de la ribera, y nosotros estaremos aquí para detenerlos en su marcha.

Este breve diálogo era suficiente para hacer comprender lo que había sucedido. La salida de Gilbert y de Mars debió de haber sido notada. En esto no cabía duda.

Si mientras remontaban el río para llegar al puente de Camdless-Bay habían podido escapar a las embarcaciones *encargadas* de cortarles el paso, ahora que el río estaba interceptado y que se les espiaba la vuelta, les sería bien difícil, si no imposible, llegar al sitio en que anclaban los cañoneros.

En suma; en aquellas condiciones, el esquife se encontraba preso entre los hombres de la embarcación y los que acababan de desembarcar en la punta. Por consiguiente, si la huida había llegado a ser imposible descendiendo por el río, no lo era menos por el estrecho camino que quedaba en tierra entre las aguas del San Juan y los pantanos del litoral.

Gilbert, pues, acababa de saber que su viaje por el San Juan había sido conocido, pero pensaba que acaso ignorasen que su compañero y él habían desembarcado en Camdless-Bay, y sobre todo que uno de ellos fuese el hijo de James Burbank, oficial de la marina federal, y el otro uno de sus marineros. No sucedía nada de esto desgraciadamente, y el joven oficial no pudo ya dudar del peligro que le amenazaba cuando escuchó las últimas frases que aquellas gentes cambiaron entre sí.

- Conque..., velad bien -dijeron desde tierra.

- ¡Sí, sí! -contestaron los del río-. Un oficial federal es siempre buena presa, tanto más si este oficial es el propio hijo de uno de los condenados nordistas de Florida.

- Y que esto nos será bien pagado, puesto que es Texar quien paga.

- Es posible, sin embargo, que no consigamos apoderarnos de ellos esta noche, si han logrado ocultarse en algún escondite de la ribera; pero cuando sea de día, registraremos bien todos los agujeros, de modo que no pueda escaparse ni una rata.

- No olvidemos que hay recomendación expresa de cogerlos vivos.

- ¡Sí, convenido! Y en el caso de que los arrestemos en la ribera, no

tendremos más que avisar para que la lancha venga a recogerlos, a fin de conducirles a Jacksonville.

- Sí. Pero no será necesario, porque, a menos que haya necesidad de darles caza, aguardaremos anclados aquí.

- Y nosotros en nuestro puesto, a través del camino.

- Pues, ¡vamos! ¡Buena suerte! Verdaderamente, mejor hubiera sido pasar la noche bebiendo en las tabernas de Jacksonville.

- Sí, sobre todo si esos dos truhanes se nos escapan. Pero, no; mañana por la mañana se los presentaremos atados de pies y manos a Texar.

Después de esta conversación, la lancha se alejó a una distancia de dos remos. El ruido de una cadena que se desenrollaba indicó que su ancla estaba en el fondo. En cuanto a los hombres que ocupaban el borde de la ribera, si no se les oía hablar, se escuchaba el ruido de sus pasos sobre las hojas secas desprendidas de los árboles.

Por consiguiente, tanto por el lado del río como por tierra, era imposible la fuga.

Acerca de esto reflexionaban Gilbert y Mars. Ni uno ni otro habían hecho un solo movimiento ni pronunciado una sola palabra. Nada, por consiguiente, podía denunciar la presencia del esquife en aquel sitio, embutido como estaba contra la espesura del ramaje. Pero aquel escondite constituía una verdadera prisión, de la cual era imposible huir. Admitiendo que no fuesen descubiertos durante la noche, ¿cómo escaparían a las miradas de sus perseguidores cuando fuese de día? Además, la captura del joven teniente significaba no sólo su vida amenazada, de la cual había hecho ya voluntario sacrificio como soldado, sino que, si llegaba a probar que había desembarcado en Castle-House, su padre sería de nuevo reducido a prisión por los partidarios de Texar, acusando a James Burbank de estar en connivencia con los federales, lo cual probarían con facilidad. Si la prueba le había faltado a Texar cuando acusó por vez primera a James Burbank, no le faltaría en esta ocasión, cuando tuviese a Gilbert en su poder. Y entonces, ¿qué sería de la señora Burbank? ¿Qué sería de Dy y de Zermah, cuando el padre, el hermano, el marido, no pudiesen ya continuar sus investigaciones?

Todos estos pensamientos se presentaron en un instante en la mente del joven oficial, adivinando en seguida las fatales consecuencias de tales hechos.

Así, pues, en el caso de que ambos fueran presos, no quedaría más que la esperanza de que los federales se apoderaran de Jacksonville antes que Texar tuviese tiempo de ponerse en salvo y de hacer mayores daños. Puede ser que entonces se les libertara bastante a tiempo para que la sentencia, a la cual seguramente no escaparían, no fuese ejecutada. ¡Sí, toda esperanza estaba allí, y

no había otra, ni había que buscarla en ninguna otra parte! Pero ¿cómo apresurar la llegada del comandante Stevens y de sus cañoneros hacia la parte superior del río? ¿Cómo franquear la barra del San Juan, si el agua faltaba todavía? ¿Cómo guiar la flotilla a través de las sinuosidades del canal, si Mars, que debía dirigirla, caía entre las manos de los sudistas?

Gilbert debía, pues, arriesgar hasta lo imposible por volver a bordo antes que fuese de día, y ante todo era preciso partir sin perder un instante. ¿Era esto practicable? ¿No podía Mars, lanzando violentamente el esquife a través de los remolinos, devolverle la libertad? Mientras que las gentes que desde la embarcación vigilaban perdían el tiempo, ya en levar el ancla, ya en lanzar la cadena, ¿no podría tomarles bastante delantera para ponerse fuera de su alcance?

No; eso hubiera sido comprometerlo todo, y el joven teniente lo sabía bien. El remo de Mars no podía luchar con ventaja contra los cuatro remos de la lancha, y el esquife no tardaría en ser alcanzado mientras procuraba desfilarse a lo largo del río. Obrar de esta suerte era, por consiguiente, correr tras una pérdida segura.

¿Qué hacer entonces? ¿Convenía esperar? Mas el día iba a aparecer muy pronto. Eran ya las cuatro y media de la mañana; algunas nubecillas blancas flotaban en el horizonte hacia el Este.

Sin embargo, importaba mucho tomar pronto un partido; y Gilbert se decidió por el siguiente, que comunicó a Mars, inclinándose hacia su oído, para hablar en voz baja.

- No podemos esperar más tiempo -le dijo-. Cada uno de nosotros está armado con un revólver y un cuchillo. En la embarcación hay cuatro hombres; no son más que dos contra uno. Nosotros tendremos la ventaja de la sorpresa. Vas a empujar vigorosamente el esquife a través del remolino y a lanzarle contra la embarcación, con algunos golpes de remo. Estando anclada no podrá evitar el abordaje. Caeremos sobre esos hombres y les heriremos, sin darles tiempo de prepararse, y nos largaremos rápidamente. Así, antes que los de la orilla hayan podido dar la voz de alarma, acaso hayamos podido franquear la línea de lanchas. ¿Has comprendido, Mars?

Mars, por toda contestación, sacó su cuchillo de la vaina y se lo colocó en la cintura, al lado de su revólver. Hecho esto, largó suavemente la amarra del esquife, y tomó su remo para empujarlo vigorosamente.

Mas en el momento en que iba a comenzar su operación, Gilbert le detuvo con un gesto.

Una circunstancia inesperada vino a hacerle modificar inmediatamente sus proyectos.

Con las primeras luces del día, una espesa niebla comenzaba a elevarse y

extenderse sobre las aguas.

Parecían húmedas masas de algodón en rama que se desenvolvían sobre la superficie del río, besando sus rizadas corrientes. Estos vapores, formados en el mar, venían del lado de la desembocadura del río, y arrojados por una ligera brisa, remontaban lentamente el curso del San Juan. Antes de un cuarto de hora, tanto Jacksonville, sobre la ribera izquierda, como los macizos árboles sobre la ribera derecha, todo habría desaparecido en el amontonamiento de aquellas brumas algo amarillentas, cuyo olor característico inundaba el valle.

¿No era esto la salvación deseada para el joven teniente y su compañero? En lugar de arriesgarse en una lucha desigual, en la cual podían sucumbir los dos, ¿por qué no intentar deslizarse a través de la niebla? Gilbert creyó, por lo menos, que esto era lo mejor que podía hacerse, y por esto fue por lo que detuvo a Mars, en el momento en que éste iba bruscamente a separarse de la ribera. Se trataba, por el contrario, de seguir silenciosa y prudentemente, evitando el ser vistos por los de la embarcación y el tropezar con ésta, cuya silueta, ya indecisa, iba a borrarse del todo muy pronto.

Mas entonces las voces comenzaron a oírse de nuevo.

Los que estaban en tierra gritaban a los del río:

- Mucho cuidado con la niebla.

- No hay cuidado. Vamos a levar el ancla ahora mismo y a aproximamos más a la orilla.

- Está bien; pero no dejéis de estar en comunicación con la línea de lanchas. Si pasan algunos por ahí cerca, prevenidles que crucen el río en todos sentidos hasta que desaparezcan las nieblas.

- ¡Sí, sí! No temáis nada, y velad bien, por si acaso esos bribones quieren escaparse por tierra.

Evidentemente, esta precaución, perfectamente indicada, iba a ser puesta en práctica en seguida, y un buen número de lanchas se dedicarían a cruzar el río desde una orilla a otra. Gilbert lo sabía, pero no dudó ni un instante. El esquife, dirigido silenciosamente por Mars, abandonó el escondrijo de verdura y avanzó lentamente a través de los remolinos.

La niebla parecía hacerse más espesa, por más que empezase a estar iluminada por una semiclaridad amarillenta.

Ya no se veía nada, ni aun en el radio de algunas yardas.

Si el esquife tenía la buena suerte de no abordar a la lancha de sus perseguidores, que estaba anclada de través, tenía muchas probabilidades de pasar sin ser visto. Y, en efecto, pudo evitarlo, en tanto que los hombres que la tripulaban se entretenían en levar ancla, con un ruido de cadenas que indicaba, poco más o menos, el sitio de donde debían apartarse los perseguidos.

El esquife pasó, y Mars pudo remar con un poco más de violencia y ligereza.

Lo difícil entonces era seguir una dirección conveniente sin exponerse a tomar el canal por el medio del río. Era preciso, al contrario, mantenerse a corta distancia de la ribera derecha. En efecto, nada había que pudiera guiar el esquife a través de las aguas, a no ser el leve rumor del río que se acentuaba al pasar rozando con la orilla. El día empezaba ya a clarear. Sus reflejos aumentaban por encima de la masa de vapores, no obstante lo cual, la niebla continuaba muy espesa sobre la superficie del San Juan.

Durante media hora, el esquife vagó, por decirlo así, a la ventura. Algunas veces una tenue silueta aparecía inopinadamente. Había motivos para temer que fuese una lancha, aumentada desmesuradamente por efecto de la refracción, fenómeno observado muy comúnmente a través de las nieblas del mar. En estos casos todos los objetos aparecen con una rapidez verdaderamente fantástica, produciendo una impresión como si fuesen de inmensas dimensiones. Esto lo observaron Gilbert y Mars varias veces. Felizmente, lo que en algunas ocasiones tomaron por un barco, no solía ser más que un leño arrastrado por la corriente, alguna roca emergiendo de las aguas, o un pie derecho enclavado en el río y cuya punta se perdía entre los vapores y las nieblas.

Varias parejas de pájaros pasaban también, desplegando unas alas desmesuradas, y si no se les veía, se oía al menos el grito que lanzaban a través del espacio. Otros se elevaban desde el mismo lecho del río, en el momento en que el esquife se aproximaba, haciéndoles huir, pero hubiera sido imposible averiguar si iban a posarse sobre la orilla, a algunos pasos solamente, o si volvían a sepultarse en las aguas del San Juan.

De todos modos, puesto que la marea descendía siempre, Gilbert estaba seguro de que el esquife, arrastrado por el reflujo, ganaba camino hacia el sitio en que se hallaban los cañoneros del comandante Stevens. Sin embargo, como la corriente era mucho menos rápida, no había nada que pudiese hacer creer al joven oficial que había por fin pasado la línea de embarcaciones que le acechaba. Acaso, por el contrario, era de temer que se hallasen entonces a su altura y fueran a chocar bruscamente contra una de dichas lanchas.

Así, pues, la eventualidad de grave peligro no había desaparecido. Bien pronto observaron que el esquife se encontraba más expuesto que nunca. De vez en cuando, y con cortos intervalos, Mars se paraba, dejando su remo bajo las aguas. Ruido de remos lejanos o próximos, se dejaban oír en un radio no muy extenso. Diversos gritos se cruzaban de unas lanchas a otras. Algunas formas, cuyos delineamientos apenas se dibujaban, se veían pasar rápidamente a través de las nieblas. Eran, efectivamente, embarcaciones en marcha, que era preciso

evitar. Varias veces ocurría que los vapores se abrían repentinamente, como si un fuerte soplo hubiera penetrado en su masa. El alcance de la vista se prolongaba hasta una distancia de algunos centenares de yardas. Gilbert y Mars procuraban entonces reconocer su posición sobre el río. Pero aquella claridad se borraba en seguida, y el esquife no tenía más remedio que dejarse arrastrar por la corriente.

Eran ya poco más de las cinco de la mañana. Gilbert calculó que debían de encontrarse entonces a unas dos millas del sitio en que anclaban los cañoneros federales. En efecto, no habían alcanzado todavía la barra del río, la cual hubiese sido fácilmente reconocida por la corriente, por las numerosas estrías que formaban las aguas, que se mezclan y chocan allí con estrépito ante el cual los buenos marinos no pueden engañarse. Si el esquife hubiera franqueado la barra, Gilbert se hubiese creído relativamente en seguridad, pues no era probable que las embarcaciones que le perseguían quisieran aventurarse a tal distancia de Jacksonville, bajo el fuego de los cañoneros.

Los dos escuchaban, pues, inclinándose casi hasta el ras del agua. Pero su oído, tan ejercitado, no había podido percibir nada. Preciso era que se hubiesen extraviado, ya hacia la derecha, ya hacia la izquierda del río. En tal caso, ¿no sería mejor tomarlo oblicuamente hasta llegar a una de las orillas y esperar, si era necesario, a que la niebla fuese algo menos espesa, para ponerse de nuevo en buen camino?

Esto era el mejor partido que podía tomarse. En efecto, los vapores comenzaban a subir hasta las más altas zonas. El sol, que se veía ya por encima de ellos, los elevaba y les daba calor. Visiblemente, la superficie del San Juan iba a reaparecer en una vasta extensión, mucho antes que el cielo pudiese verse con claridad. Después la cortina se desgarraría poco a poco y los horizontes saldrían de las brumas. Podría ser que entonces, estando ya a una milla de la barra, pudiesen los fugitivos divisar los cañoneros, a los cuales les sería fácil arribar.

En este momento, un ruido de aguas que se entrechocaban se dejó oír. Casi en seguida, el esquife comenzó a girar como si hubiese sido llevado por una especie de torbellino. Ya no había medio de engañarse.

- ¡La barra! -gritó Gilbert.

- Sí, la barra -respondió Mars-; y una vez franqueada, en algunos minutos estaremos en los cañoneros.

Mars había vuelto a coger su remo y procuraba sostener el esquife en buena dirección.

De repente, Gilbert le detuvo. Durante un esclarecimiento rápido de los vapores, acababa de observar una embarcación velozmente guiada que seguía el mismo camino que ellos. Los hombres que la tripulaban, ¿habrían visto el esquife? ¿Querrían, quizás, interceptarles el paso?

- Viremos a babor -dijo el joven.

Mars hizo evolucionar el esquife, y con algunos golpes de remo lo hubiera lanzado en sentido contrario.

Mas de este lado se oyeron algunas voces, que gritaban acaloradamente. Había de seguro, en esta parte del río, varias lanchas que lo cruzaban por precaución.

Súbitamente, y como si una inmensa escoba hubiese barrido por completo el espacio, los vapores cayeron convertidos en agua menudísima sobre la superficie del San Juan.

Gilbert no pudo contener un grito.

El esquife se hallaba rodeado de una docena de lanchas que vigilaban esta parte del canal, cuyo sinuoso pasaje cortaba la barra después de formar una larga línea oblicua.

- ¡Allí van! ¡Allí van!

Tales fueron las exclamaciones que los de las lanchas se lanzaron de unos a otros.

- ¡Sí, aquí estamos! -respondió el joven teniente-. ¡Mars! Revólver y cuchillo en mano, a defendernos.

¡Defenderse dos contra una treintena de hombres! En un instante tres o cuatro barcas habían abordado el esquife. Varias detonaciones sonaron. Sólo los revólveres de Gilbert y Mars, a los cuales se quería coger vivos, habían hecho fuego. Tres o cuatro hombres de las embarcaciones fueron muertos o heridos. Pero en esta lucha desigual, ¿cómo era posible que Gilbert y su compañero no sucumbiesen?

El joven teniente, a pesar de su heroica resistencia, fue atado y transportado a una de las lanchas.

- ¡Huye, Mars, huye! -le dijo Gilbert por última vez.

De una cuchillada, Mars se desembarazó del hombre que le sujetaba. Antes que hubieran podido cogerle, el intrépido marido de Zermah se había precipitado en el río. En vano procuraron prenderle. Muerto o vivo, había desaparecido en medio de los remolinos de la barra, cuyas aguas tumultuosas se cambian en torrente cuando crece la marea.

Capítulo XVI

EL JUICIO

Una hora más tarde la barca que conducía a Gilbert atracaba en el muelle de Jacksonville. Se habían oído los tiros de revólver, disparados por el teniente Burbank en la parte inferior del río. Al escucharlos pensaron si se trataría de un combate formal entre las embarcaciones confederadas y las lanchas del comandante Stevens. Hasta llegaron a temer que los cañoneros de la flotilla federal hubiesen franqueado la barra.

Todo esto no había dejado de causar seria emoción entre los habitantes de la ciudad. Una parte de la población se había dirigido rápidamente hacia las estacadas. Las autoridades civiles, representadas por Texar y sus más decididos partidarios, no habían tardado en seguir el mismo camino. Todos miraban en dirección de la barra, que ya en aquellos momentos estaba completamente desembarazada de nieblas. Anteojos de todas clases funcionaban incesantemente. Pero la distancia era demasiado grande, cerca de tres millas, para que desde allí se pudiera comprender la importancia del combate y sus resultados.

De todos modos, lo que se veía perfectamente era que la flotilla se mantenía siempre en el mismo sitio en que había anclado la víspera, y que Jacksonville no debía temer nada todavía de un ataque inmediato por parte de los cañoneros del comandante Stevens. Los más comprometidos entre los habitantes de la ciudad, tenían aún suficiente tiempo para prepararse a huir hacia el interior de Florida.

Por otra parte, aunque Texar y dos o tres de sus compañeros tenían más motivos que los demás para temer por su seguridad propia, comprendieron bien que no había razón para alarmarse por aquel incidente.

El español sabía perfectamente que se trataba de la captura del esquife, del cual, a toda costa, quería apoderarse.

- Sí, a toda costa -repitió Texar, tratando de reconocer la embarcación que avanzaba hacia el puerto-. A toda costa este hijo de Burbank, que ha caído en el lazo que le he tendido. Ya tengo la prueba de que James Burbank está en

comunicación con los federales. ¡Sangre de Dios! En cuanto haya hecho fusilar al hijo, no pasarán veinticuatro horas sin que haga fusilar al padre.

En efecto, a pesar de que su partido era dueño de Jacksonville, Texar, después de la absolución pronunciada por los tribunales a favor de James Burbank, había querido esperar una ocasión propicia para hacerle arrestar de nuevo. Se le había presentado una oportunidad de atraer a Gilbert a una celada; Gilbert, una vez reconocido como oficial federal, detenido en país enemigo, sería condenado como espía, y Texar podría llevar hasta el último extremo su venganza.

Las circunstancias vinieron a servirle mejor de lo que hubiera podido desear. Era, en efecto, el hijo del colono nordista el que conducía la embarcación al puerto de Jacksonville. Que Gilbert fuese solo, que Mars se hubiera salvado o se hubiese ahogado, poco le importaba, puesto que el joven oficial había sido preso. Ya no había más que llevarle ante un comité, compuesto de partidarios de Texar, y que él presidiría en persona.

Gilbert desembarcó en medio de los gritos y de las amenazas de todo el populacho, que le conocía perfectamente. El joven oficial acogió con desdén todos aquellos clamores. Su actitud no demostró ningún temor, a pesar de que hubo necesidad de llamar una guardia de soldados para que protegieran su vida contra las violencias de la multitud. Mas cuando vio al raptor de su hermana, no fue dueño de sí mismo, y se hubiera arrojado sobre Texar si no hubiese sido detenido por los soldados que le custodiaban.

Texar no hizo un solo movimiento: no pronunció una sola palabra; hasta afectó no ver al joven oficial, y con la más perfecta indiferencia le dejó alejarse en medio de los clamores tumultuosos.

Algunos instantes después, Gilbert Burbank fue encerrado en la cárcel de Jacksonville. No podía hacerse ilusiones acerca de la suerte que le reservaban los sudistas.

Una hora después, Harvey, el corresponsal de James Burbank, estaba a la puerta de la prisión, y trataba de ver a Gilbert; pero no le fue permitido. Por orden de Texar, el joven teniente fue incomunicado. Este deseo de Harvey no tuvo otro resultado que el de ser activamente vigilado por los sudistas.

No se ignoraban las relaciones que tenía con la familia Burbank, y entraba en los proyectos de Texar que el encarcelamiento de Gilbert no fuese conocido inmediatamente en Camdless-Bay. Una vez pronunciado el fallo y publicada la condena, habría ocasión de hacer saber a James Burbank lo que había pasado; y cuando él lo supiese, no tendría ya tiempo de huir de Castle-House para librarse de la venganza de Texar.

Sucedió, pues, que Harvey no pudo enviar un emisario a Camdless-Bay. Por

otra parte, las autoridades habían decretado una especie de embargo sobre las embarcaciones de Jacksonville, y toda comunicación quedó interrumpida entre la ribera izquierda y la ribera derecha del río.

La familia Burbank no debía, pues, saber nada respecto a la prisión de Gilbert. Mientras que estaba en la creencia de que el joven había llegado sin novedad a los cañoneros de Stevens, el oficial era detenido en la cárcel de Jacksonville.

¡Con qué emoción se escuchaba en Castle-House si alguna detonación lejana anunciaba la llegada de los federales al otro lado de la barra! Jacksonville en poder de los nordistas, Texar en las manos de James Burbank, y éste en libertad de emprender de nuevo con su hijo y con sus amigos, aquellas investigaciones que hasta entonces no habían dado resultado alguno.

¡Pero nada se dejaba oír en la parte inferior del río! El capataz Perry, que llegó a explorar el San Juan hasta la línea de barcas; Pig y uno de los subcapataces enviados por la ribera hasta tres millas por bajo de la plantación, obtuvieron el mismo resultado. La flotilla del comandante Stevens estaba anclada en el mismo sitio, y no parecía que hiciera ningún preparativo para aparejar y subir hasta la altura de Jacksonville.

Y por otra parte, ¿cómo hubiera podido franquear la barra? Admitiendo que la marea la hubiese dejado practicable más pronto de lo que se esperaba, ¿cómo se aventuraría a través de los pasos del canal, cuando el solo piloto que conocía todas las sinuosidades no estaba allí? En efecto, Mars no había reaparecido.

Y si James Burbank hubiese sabido lo que había pasado después de la captura del esquife, no hubiera podido creer otra cosa sino que el valeroso compañero de Gilbert había perecido entre los remolinos del río. Si Mars se hubiese podido salvar, ganando la ribera derecha del San Juan, ¿no hubiera sido su primer cuidado volver a Castle-House, puesto que le era imposible regresar a bordo?

Mars no apareció en la plantación. Al día siguiente, hacia las once de la mañana, el comité se había reunido, bajo la presidencia de Texar, en la misma sala del Palacio de Justicia donde se reunió el día en que Texar se había constituido en acusador de James Burbank. Esta vez los cargos que pesaban sobre el joven oficial eran suficientemente graves para que no pudiese escapar a su suerte. Puede decirse que estaba condenado con anticipación.

Una vez resuelta la cuestión del hijo, Texar se ocuparía de la cuestión del padre. La pequeña Dy entre sus manos, la señora Burbank sucumbiendo a los golpes recibidos..., ¡bien vengado iba a quedar el miserable! Parecía que tenía de su parte todas las circunstancias y que todo venía a servirle según sus deseos, y a punto para satisfacer su implacable odio.

Gilbert fue sacado del calabozo. La multitud le acompañó con sus gritos como el día anterior. Cuando entró en la sala del comité, donde se encontraban ya los más ardientes partidarios de Texar, le recibieron con los más violentos clamores.

- ¡A muerte el espía! ¡A muerte!

Esta era la acusación que le lanzaba el vil populacho, acusación inspirada por Texar.

Gilbert, sin embargo, había recobrado toda su sangre fría, y logró dominarse hasta delante de Texar, que no tenía ni siquiera el pudor de recusarse en semejante asunto.

- ¿Os llamáis Gilbert Burbank y sois oficial de la marina federal? -dijo.

- Sí.

- ¿Y ahora teniente a bordo de uno de los cañoneros del comandante Stevens?

- A bordo del *Ottawa*.

- ¿Sois el hijo de James Burbank, un americano del Norte, propietario de Camdless-Bay?

- Sí.

- ¿Confesáis haber dejado la flotilla anclada en la barra en la noche del diez de marzo?

- Sí.

- ¿Confesáis haber sido capturado cuando intentabais volver a bordo del *Ottawa* en compañía de un marinero de vuestro buque?

- Sí.

- ¿Queréis decir qué habéis venido a hacer a las aguas del San Juan?

- Un hombre se ha presentado en el cañonero en que yo soy segundo, y me ha hecho saber que la plantación de mi padre acababa de ser devastada por una cuadrilla de malhechores, y que Castle-House había sido sitiado por esos bandidos. Yo no tengo que decir al presidente que me juzga a quién incumbe la responsabilidad de estos crímenes.

- Y yo -respondió Texar- no tengo que decir a Gilbert Burbank que su padre había desafiado a la opinión pública, dando libertad a sus negros, que un decreto ordenaba la dispersión de los manumitidos, y que este decreto debía ser puesto en ejecución.

- Con incendio y pillaje -replicó Gilbert-; con un rapto, del cual Texar es personalmente autor.

- Cuando esté delante de mis jueces responderé -replicó fríamente Texar-. Gilbert Burbank, no intentéis cambiar los papeles. Vos sois un acusado, no un acusador.

- Sí, un acusado, en este momento al menos -respondió el joven oficial-. Pero los cañoneros federales no tiene más que franquear la barra del San Juan para apoderarse de Jacksonville, y entonces...

Tumultuosos gritos estallaron en aquel momento; eran amenazas de muerte contra el joven oficial que osaba desafiar cara a cara a los sudistas.

- ¡A muerte, a muerte! -vociferaron por doquier.

Al presidente del comité le costó mucho trabajo calmar a la multitud. Después continuó el interrogatorio.

- ¿Nos diréis, Gilbert Burbank, por qué la noche última habéis dejado vuestro cañonero?

- Lo he dejado para venir a ver a mi madre moribunda.

- ¿Confesáis, entonces, que habéis desembarcado en Camdless-Bay?

- No tengo por qué ocultarlo.

- ¿Y ha sido únicamente por ver a vuestra madre?

- Únicamente.

- Tenemos, sin embargo, motivo para pensar -replicó Texar- que teníais otro objeto.

- ¿Y cuál?

- El de conversar con vuestro padre, James Burbank, ese nordista sospechoso, desde hace mucho, de sostener inteligencias con la armada federal.

- Bien sabéis que eso no es cierto -replicó Gilbert, llevado de una indignación bien natural-. Si he venido a Camdless-Bay, no es como oficial, sino como hijo.

- O como espía -replicó Texar.

Los gritos redoblaron. «¡A muerte el espía!»

Gilbert comprendió que estaba perdido; y lo que más le afligió fue el conocer que su padre estaba perdido también.

- Sí -replicó Texar-; la enfermedad de vuestra madre no es más que un pretexto para dar cuenta a los federales del estado de la defensa del San Juan.

Gilbert se levantó.

- He venido para ver a mi madre moribunda -respondió-, y vos lo sabéis bien. Jamás hubiera creído que en un país civilizado se considerase un crimen el que un soldado viniese al lecho de muerte de su madre, aun cuando fuese en territorio enemigo. El que censure mi conducta, que diga si él no hubiera hecho otro tanto respondiendo a su conciencia.

Un auditorio compuesto de hombres en quienes el odio no hubiera extinguido toda sensibilidad, no habría podido menos de aplaudir esta declaración tan noble y franca. No sucedió así. Fue acogida con vociferaciones y con aplausos para Texar cuando éste declaró que, recibiendo un oficial en tiempo

de guerra, James Burbank no era menos culpable que este oficial. Existía, por consecuencia, la prueba que Texar había deseado tanto; la prueba de la connivencia de James Burbank con el ejército del Norte.

Por consiguiente, el comité, teniendo en cuenta las confesiones de Gilbert, condenó a muerte al joven oficial de la armada federal.

Gilbert Burbank fue de nuevo conducido a su prisión, en medio de los gritos del populacho, que exclamaba: «¡A muerte, a muerte el espía!»

Al día siguiente un destacamento de la milicia de Jacksonville se presentaba en Camdless-Bay. El oficial preguntó por Mr. Burbank.

James Burbank se presentó. Edward Carrol y Walter Stannard le acompañaban. Alicia había quedado al lado de la señora Burbank.

- ¿Qué se me quiere?

- ¡Leed esta orden! -respondió el oficial, entregándole un pliego.

Era la orden de prender a James Burbank, de Camdless-Bay, como cómplice de Gilbert Burbank, teniente de la marina federal, condenado como espía por el comité de Jacksonville, y que debía ser fusilado en las cuarenta y ocho horas siguientes.

(1) Cerca de tres mil hectáreas.

This file was created

with BookDesigner program

bookdesigner@the-ebook.org

03/03/2013